

A man with dark, curly hair and a goatee, wearing a dark leather jacket, is the central figure. He has extensive tattoos on his neck, chest, and arms. He is looking directly at the camera with a serious expression. The background is dark and out of focus, showing some architectural details.

REZA TUS ORACIONES,  
PEQUEÑA CIERVA,  
PORQUE SOY TU SALVACIÓN...

# SALVACIÓN

SELENA WINTERS

SALVACIÓN

SELENA WINTERS

# ÍNDICE

[Dedicación](#)

[Lista de Reproducción](#)

[Nota del autor](#)

1. [Dante](#)
2. [Madison](#)
3. [Dante](#)
4. [Madison](#)
5. [Madison](#)
6. [Madison](#)
7. [Dante](#)
8. [Dante](#)
9. [Madison](#)
10. [Dante](#)
11. [Madison](#)
12. [Dante](#)
13. [Madison](#)
14. [Dante](#)
15. [Madison](#)
16. [Dante](#)
17. [Madison](#)
18. [Dante](#)
19. [Madison](#)
20. [Epílogo](#)

[Sobra del autora](#)

## DEDICACIÓN

A TODAS LAS CHICAS A LAS QUE NO LES IMPORTARÍA SER ACOSADAS Y ATADAS POR UN ATRACTIVO sacerdote tatuado que lleva una máscara de esquí y quiere hacerles cosas impías...

SALVACIÓN LISTA DE REPRODUCCIÓN

“Back of my Mind”—Two Feet  
“Closer”—Nine Inch Nails  
“The Beach”—Neighbourhood  
“Unholy”—Sam Smith (Feat. Kim Petras)  
“Three Feet Away”—Vanglowe, Quantum  
“Please”—Omid, Ex Habit  
“Abuse me”—Ex Habit  
“Doesn’t Rain in Hell”—Elvis Drew, Avivian  
“Lose Myself”—REYKO  
“Dangerous Woman”— Level 8, R3YAN, BLVKES  
Listen to the playlist on Spotify [here](#)

Puedes encontrar la lista de reproducción en Spotify [aquí](#).

## NOTA DEL AUTOR

HOLA LECTORES,

Esta historia explora el romance oscuro y contiene contenido explícito que puede no ser adecuado para todos los lectores. Incluye temas de dominancia, comportamiento psicótico, posesividad y escenas maduras explícitas presentadas junto a asuntos delicados que pueden resultar angustiosos o desencadenantes para algunas personas.

Por favor, consulta esta lista completa de advertencias a continuación para información sobre posibles desencadenantes.

Aconsejo discreción al lector y recomiendo continuar solo si se sienten cómodos con los temas mencionados. Tengan por seguro que la historia termina en un final feliz asegurado sin cliffhanger ni infidelidades.

# TRIGGER WARNINGS

- ASESINATO Y VIOLENCIA
- ASESINO EN SERIE
- ACOSO
- VIOLENCIA
- JUEGO DE ASFIXIA
- JUEGO CON CUCHILLOS
- JUEGO PRIMAL
- FETICHE DE PROCREACIÓN
- CONSENTIMIENTO DUDOSO
- SADISMO
- ESCENAS DE SEXO EXPLÍCITAS
- ELOGIOS
- MÁSCARAS

## DANTE

—PERDÓNAME, PADRE, PORQUE HE PECADO.

*Pecado.*

Una palabra que, hasta hace cuatro años, era la definición de mi vida. Todo lo que representaba giraba en torno al pecado. No era el hombre de Dios que soy hoy, aunque lucho a diario con mi fe. Sabía que el camino que estaba siguiendo me llevaría a la muerte. Después de perder demasiado pronto a todos los que amaba, mi única oportunidad de sobrevivir era encontrar un nuevo llamado.

La fe no es constante. Es como una montaña rusa, especialmente para un hombre tan atormentado como yo.

—Ha pasado una semana desde mi última confesión.

Suspiro pesadamente, dándome cuenta de que es Elaine Masters. Una confesora habitual en mi confesionario, que normalmente confiesa pecados triviales como pensar en otros hombres que no son su marido. Es pecado actuar pero no fantasear, al menos no en mi libro. Muchos hermanos no estarían de acuerdo conmigo, pero solo es humano imaginar.

Lo más difícil de hacerme sacerdote fue renunciar a las mujeres. Sin embargo, si no hubiera cambiado mi vida cuando lo hice, probablemente estaría muerto. Nadie aquí en Fordhurst sabe nada sobre mi pasado, y espero que siga así hasta que esté muerto y enterrado.

La población del pueblo es mínima aquí, y sus mayores problemas normalmente se extienden a qué escuela asistirán sus hijos o quién hizo los mejores pasteles para la venta benéfica de repostería. Es aburrido, pero eso es exactamente lo que necesito.

—Padre? —pregunta Elaine.

*Mierda.*

No he escuchado su confesión, pero no importa. Cada semana, le doy la misma penitencia. Normalmente, trato de convencerla de que no es una buena razón para confesarse, pero no funciona. Hoy, paso directamente a la penitencia.

—Para su penitencia, debe rezar diez avemarías —me pellizco el puente de la nariz—. Por favor, rece el acto de contrición, hija mía.

Elaine comienza la oración, recitándola sin mucho significado. A veces me pregunto por qué los penitentes habituales se molestan ya que claramente no se arrepienten de sus "pecados". Los confesionarios siempre han sido mi mayor odio como sacerdote.

—Yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —

digo las palabras rituales.

—Amén —responde Elaine.

—Da gracias al Señor, porque Él es bueno —continúo con el ritual.

—Porque para siempre es su misericordia —recita Elaine.

—Ve en paz —le digo, despidiéndola de mi confesionario.

—Gracias, Padre.

Escucho que se abre la puerta y sale. La esperanza se enrosca en mí de que Elaine haya sido el último penitente de hoy. Tres confesiones hoy, y normalmente, esa es la mayor cantidad en un día en este pueblo.

Estoy a punto de salir del confesionario cuando se abre la puerta y alguien se sienta al otro lado. Todo lo que escucho es una respiración pesada que llena el confesionario por un tiempo. Nos enseñan a ser pacientes con el penitente.

—Perdóname, Padre, porque he pecado —resuena una dulce voz del otro lado, una que no reconozco—. Hace dos años de mi última confesión.

Me enderezo, al escuchar que el confesor no es un habitual del confesionario. Aprieto la mandíbula, tratando de ignorar mis impulsos mientras me pregunto qué cuerpo y rostro pertenecen a esa voz tan dulce e inocente.

—Estos son mis pecados. Huí de mi esposo la noche siguiente a decir mis votos. Rompí los votos que hice ante los ojos del Señor.

*Huyó de su esposo.*

Apenas es un pecado si el hombre la lastimó, pero entonces, ¿quién define lo que abarca el pecado?

—¿Fue cruel contigo este hombre? —le pregunto.

—¿Importa, Padre? Seguramente, es pecado romper un voto sagrado.

—Las circunstancias sí importan, hija mía. Si fue abusivo, entonces es natural huir.

Se hace silencio por mucho tiempo hasta que finalmente dice: —Sí, fue cruel.

Aprieto la mandíbula, deseando saber más—. ¿De qué manera?

La mujer se aclara la garganta—. No estoy segura de que entrar en detalles ayude en algo. Simplemente deseo confesar mis pecados, Padre.

—Estoy aquí para escuchar tus pecados y ayudarte a entender mejor tus acciones —frunzo el ceño, dándome cuenta de que estoy actuando como un loco en este momento—. Para que no cometas los mismos errores.

Suspira profundamente antes de hablar—. Mi esposo era físicamente abusivo. Por eso huí. Me lastimó y... —se detiene—. No deseo entrar en detalles.

Mis nudillos se vuelven blancos mientras agarro la barra ante mí con tanta fuerza que podría arrancarla. Todavía no la he visto, pero la voz de esta mujer me hace extrañamente posesivo. Los sentimientos oscuros y lascivos de mi juventud surgen a primer plano en mi mente. Puedo sentir que es joven, y como hombre comprometido con Dios durante cuatro años, lo más fácil podría hacerme estallar.

—Ya veo, entonces tus acciones estarían justificadas a los ojos de nuestro Señor —me froto la nuca, tratando de controlarme—. Es él quien debería buscar el perdón.

Ella se ríe, pero hay un tono triste en su risa—. Mi esposo no es un hombre que se disculpe por sus acciones.

Conocí a hombres como el que ella describe antes de convertirme en el sacerdote de este pequeño pueblo—. Conozco el tipo —digo, deslizándome en una peligrosa comodidad con esta chica—. No te culpes por sus acciones.

—Gracias, Padre. —Hay unos momentos de silencio—. Entonces, ¿no hay penitencia para mí? —confirma.

—Así es, hija.

—¿Le importaría si habláramos cara a cara? —pregunta.

Una sensación de alarma hormiguea por mi cuello al darme cuenta de lo peligroso que sería eso—. Por supuesto que no —respondo, aunque debería negarme, y alcanzo la puerta del confesionario—. Salga.

Es como invitar a un cordero a la guarida del león. Mi corazón late frenéticamente mientras salgo y cierro la puerta, observando cómo se abre la suya. Contengo la respiración, esperando ver si es tan divina como su voz.

El tiempo se detiene cuando la mujer más impresionante sale con el cabello castaño oscuro que le llega a la cintura y una figura curvilínea hecha para ser adorada por las manos de un hombre, mis manos, para ser exactos.

Toda la sangre de mis venas se precipita hacia el sur, haciéndome agradecer las holgadas vestiduras sacerdotales cuando sus ojos azul pálido se conectan con los míos. La electricidad chupa el oxígeno del aire mientras lucho por respirar lo suficiente.

Sus ojos se ensanchan mientras me recorren, desde mi fornido cuerpo hasta el pequeño tatuaje visible sobre el cuello de mi sotana. —Hola —dice, con la garganta temblando al tragar—. Soy Madison.

*Madison.*

Es malditamente divina. Deshace todo lo que he tratado de huir en un segundo. La oscuridad que todavía vive latente dentro de mí. La oscuridad que intenté enterrar.

—Es un placer conocerte, Madison —le tiendo la mano para que la estreche—. Soy Dante.

Toma mi mano, entreabriendo los labios. Sus labios son malditamente hermosos. Una química eléctrica fluye entre nosotros. Es absorbente y adictiva. Se lame esos gruesos y jugosos labios como si intentara tentarme a entrar. Maldición.

—También es un placer conocerte, Dante —ronronea.

Incluso escucharla decir mi nombre suena sexy.

Sé sin lugar a dudas que moriría protegiéndola de cualquier hombre que intentara lastimarla. Que mataría a cualquier hombre que intentara algo. Cualquier hombre que incluso pensara en tocarla porque es mía.

—¿Cuánto tiempo llevas huyendo? —le pregunto.

Mi pregunta la saca del trance mientras niega con la cabeza—. Nueve meses, Padre. —Su actitud cambia, los hombros se hunden cuando el peso de la carga la aplasta. Quiero cargar esa carga. Quiero encontrar a quien la hizo sentir así y aplastar su maldito cráneo con mis propias manos.

Aprieto los puños a los costados, sabiendo que no puedo obligarla a decirme quién la persigue. Y sin embargo, necesito saberlo. Se ha despertado una obsesión en mí desde un maldito encuentro. Descubriré quién la persigue y, una vez que sepa quién es, rastrearé al bastardo y me aseguraré de que nunca piense en ella de nuevo.

Ella es mía. Una pesadilla que nunca vi venir. El tranquilo pueblo de Fordhurst, Wyoming, acaba de convertirse en un campo de batalla. Y sé lo suficientemente bien que la oscuridad dentro de mí nunca retrocede ante una pelea. Si Madison supiera lo que es bueno para ella, seguiría corriendo y nunca miraría hacia atrás. Porque la perseguiré.

## MADISON

FORDHURST, WYOMING, ES MI CUARTO PUEBLO EN NUEVE MESES Y MI TERCER CONDADO. TEMO que él siempre me encontrará sin importar cuán lejos corra.

El sacerdote aquí es menos condenatorio que en los pueblos anteriores, pero también es el hombre más pecaminosamente atractivo que he visto. Un sacerdote no debería verse de la forma en que él se ve.

Estoy nerviosa mientras camino hacia la iglesia, sabiendo que este pueblo es religioso, y si quiero encajar, necesito actuar como tal. La fe no es algo que alguna vez haya tenido, incluso de niña, a pesar de que mis padres decían que éramos un hogar cristiano. Realmente risible, que mis padres se proclamen cristianos, considerando a qué se dedican. Sin embargo, estoy desesperada por encontrar un lugar al que pertenecer.

*¿Qué mejor momento para visitar que un domingo por la mañana?*

Sé en el fondo que hay otro motivo oculto. Mi conversación con el sacerdote ayer por la tarde me acaloró por todas las razones equivocadas.

Es increíblemente hermoso con el pelo corto a los costados y más largo arriba. Tiene una barba bien arreglada y ojos marrones oscuros en los que podría perderme. Sin mencionar, detecté que tenía tinta justo por encima del cuello de su sotana. Y su altura es una ventaja también, ya que debe medir un metro noventa y cinco, que es la altura perfecta para mí, midiendo un metro ochenta. Parece un chico malo increíblemente guapo haciéndose pasar por un hombre de Dios.

Trago saliva mientras subo los escalones de la iglesia, tratando de alejar los pensamientos sobre el hombre con el que soñé anoche. Algunas personas me miran extraño mientras paso junto a ellos, a pesar de que llevo puesto mi vestido más adecuado para la iglesia que termina debajo de la rodilla y tiene cuello de polo. Siento que no se debe a mi atuendo sino a que nadie me conoce. Este es el pueblo más pequeño en el que he tratado de establecerme. Tengo la esperanza de que esta vez será diferente.

"Bienvenida, querida", dice una anciana acercándose a mí. "¿Eres nueva aquí?"

Asiento. "Sí, acabo de alquilar una casa a las afueras del pueblo hace dos días".

Ella sonríe. "¿Cómo te llamas?"

"Madison, ¿y tú?" Pregunto.

"Betty. ¿De dónde eres?"

Una pregunta inocente que me eriza el vello de la nuca. "Kansas", miento.

"Oh, eso está lejos. ¿Qué te trae a Wyoming?"

*Estoy huyendo de mi abusivo y criminal esposo, que me persigue por todo el país.*

"Estoy buscando un cambio", digo encogiéndome de hombros. "Este lugar parece seguro e idílico".

Su ceño se frunce. "Oh, es un pueblo encantador, pero no es exactamente la capital del empleo aquí. ¿Qué calificaciones tienes?"

*¿Calificaciones?*

Si no hubiera sido por mis padres y Eric interponiéndose en mi camino, tendría experiencia en un bufete de abogados. Puede que tenga mi título, pero ¿de qué sirve si no tengo experiencia?

"Soy camarera", miento, negando con la cabeza. "Sé que hay una cafetería, un bar y una cafetería, y esperaba..."

"Es difícil encontrar una vacante, me temo, pero puedes intentarlo". Pone su mano sobre mi muñeca. "¿Tienes un plan de respaldo?"

Asiento. "Tengo dinero si lo necesito para sobrevivir un tiempo". Me doy cuenta de que una chica de mi edad normalmente no tendría dinero, así que miento. "Mis padres me dejaron una herencia".

Mis padres no me darían una mierda. Después de todo, fueron ellos quienes me entregaron a Eric, mi esposo, para saldar una deuda. El dinero es de Eric. Es una de las razones por las que está tan enojado porque le robé y escapé en nuestra noche de bodas antes de que pudiera tocarme.

"Oh, lo siento por tu pérdida", dice, apretando mi brazo.

Le sonrío. "Gracias". Miro mi reloj. "Será mejor que encontremos nuestros asientos porque el sermón comenzará pronto. Fue un placer conocerte".

Ella asiente. "Por supuesto".

Me alejo y encuentro un asiento cerca de la parte de atrás, con la esperanza de pasar desapercibida. Lo último que quiero es llamar la atención sobre mí misma. Así es como he pasado mi vida desde que escapé de mi esposo, escondiéndome en las sombras.

Mi corazón late con fuerza mientras registro la sala llena de feligreses, buscando al sacerdote. Un hombre que fue tan amable conmigo anoche y por el que tengo una atracción secreta. Como si fuera una señal, camina hacia el altar y abre la biblia.

Quedo hipnotizada por él, luchando por mantener mi mente fuera de la alcantarilla mientras flexiona los músculos que esconde debajo de esas túnicas. Y entonces, levanta la vista, y sus ojos se conectan con los míos al instante, haciendo que mi ritmo cardíaco se dispare fuera de control.

Un destello de fuego entra en esos hermosos ojos marrones mientras sostiene mi mirada. Es una mirada que enciende mi propia alma. El tipo de mirada que un sacerdote no debería darle a ninguna mujer. Me pregunto momentáneamente si estoy imaginando cómo me mira.

Me muerdo el labio inferior, sabiendo que estallaré en llamas en cualquier momento si no rompo su mirada.

Cuando su lengua se desliza sobre su labio inferior, estoy bastante segura de que estoy a punto de morir. Los pensamientos que me evoca en la mente acerca de él entre mis muslos deberían ser ilegales en una iglesia. Es oficial. Voy al infierno porque no puedo dejar de pensar en ensuciarme con un sacerdote. A pesar de que nunca he tenido relaciones sexuales con nadie, para disgusto de mi ex.

Finalmente, rompe la mirada y se aclara la garganta, llamando la atención de todos al frente.

"Buenos días y gracias por acompañarme en mi sermón dominical", dice esa voz aterciopelada y rica resonando por la iglesia.

Aprieto los muslos y me concentro en el hombre que despertó el dolor entre ellos. Este será

un largo y tortuoso sermón, y los pensamientos que tengo son lo suficientemente malos como para enviarme directamente a las puertas del infierno.

Pero no puedo evitarlo. A medida que avanza el sermón, estoy demasiado absorta en mis fantasías sobre él para concentrarme en lo que está diciendo. Lo imagino con su sotana a un lado y su cuerpo musculoso moviéndose contra el mío, deslizándose piel contra piel mientras susurra promesas pecaminosas en mi oído antes de capturar mis labios en un beso profundo.

Nos imagino follando contra el altar, nuestros gemidos resonando en toda la iglesia mientras Dios nos mira desde arriba con una mirada desaprobatoria. Pero entonces esos maravillosos ojos oscuros vuelven a encontrar los míos, y todos los pensamientos sobre lo que es y no es apropiado se desvanecen.

Aun así, sé que es un sacerdote sin importar qué y que nunca rompería ese voto que le ha hecho a Dios.

*Puede que sea malo imaginarlo, pero no es pecado si no actúo. ¿Verdad?*

Al menos, eso es lo que me digo a mí misma mientras repito sin vergüenza la fantasía en mi cabeza, sin escuchar una palabra de lo que está diciendo. Temo que asistir a la iglesia en este pueblo será mi pasatiempo favorito.

## DANTE

MI MENTE NO ESTÁ EN ESTE PUTO SERMÓN. LOS PASAJES DE LA BIBLIA SALEN DE MI LENGUA CON una precisión cuidadosa, pero mi mente está en la cloaca. Madison está aquí. Mi obsesión. Solo la conocí anoche y ya le pedí a un viejo contacto que encontrara todo lo que pudiera sobre ella.

Es un fantasma. Sin registros.

O su nombre no es Madison Danes como dice, o alguien muy poderoso la persigue y ha sellado sus registros.

Allí se sienta al fondo de mi iglesia. Puede que me lo imagine, pero parece que me está comiéndome con los ojos desde allí atrás. Y probablemente sea mi mente desquiciada inventándoselo. La quiero como nunca he querido a una chica. Me he vuelto loco fantaseando con todas las cosas sucias que quiero hacerle. Es mía, y sin embargo no puedo tenerla. A menos que quiera renunciar a mis votos.

Pero estoy a esto de hacerlo después de una conversación con ella. Dios sabe lo que podría pasar si llegara a conocerla mejor. Estará montando mi polla en el puto altar antes de lo que canta un gallo.

Esta mañana tuve que rezar diez avemarías después de la sesión de pajas más intensa desde que me ordené. Valió la pena, sin embargo, fantasear con esa hermosa criatura retorciéndose debajo de mí mientras la follaba como un salvaje. Lo más enfermo fue que imaginé perseguirla primero, alimentándome de su miedo, y luego llenarla de mi semen una vez que la atrapé. Nunca he querido estar dentro de una mujer tan desesperadamente como quiero estar dentro de la dulce pequeña Madison.

*Mierda.*

No me puedo creer que esté dando mi sermón dominical con una polla tan dura como una barra de acero bajo mis hábitos.

Solo estoy pasando por las formalidades. ¿Qué harían mis feligreses si supieran los pensamientos enfermos y retorcidos que pasan por mi mente?

Al menos se sentó atrás. Presiento que mis instintos primarios se habrían desatado si hubiera estado más cerca. El pueblo perdería la cabeza si me detuviera a mitad del sermón y me llevara a rastras a la nueva chica fuera de mi iglesia al bosque como un puto neandertal para aprovecharme de ella.

Sus brillantes ojos azules son tan intensos, incluso desde atrás. Es como si pudiera ver hasta lo más profundo de mi alma.

Finalmente, el pasaje termina y cierro el sermón. Es en ese momento que la gente se pone de pie y habla entre sí. Mi enfoque está en Madison. Ella mira hacia la puerta un par de veces, como si considerara escapar. No puedo dejar que se escape tan fácilmente, así que me dirijo hacia ella.

—Madison —digo su nombre y su cabeza da un latigazo.

—Hola, padre —dice, sonriendo dulcemente—. Gran sermón.

—Gracias —digo, juntando las manos tras la espalda—. ¿Te gustaría unirse a alguno de los clubes de la iglesia? Como eres nueva en la ciudad, podría ayudarte a conocer gente.

Su garganta se mueve. —Posiblemente. Me gusta mantenerme para mí misma, sin embargo —retuerce los pulgares juntos, nerviosa—. ¿Qué clubes tienen?

—¿Por qué no te muestro la lista? —Señalo hacia la parte trasera de la iglesia—. Solo nos llevará unos minutos.

*Malísima puta idea.*

Y sin embargo, mi lado oscuro toma el control. Sé que no debería ir atrás con Madison. Es demasiado tentadora.

Sus mejillas se oscurecen mientras se lame el labio inferior, atrayendo toda mi atención hacia ellos. La idea de que cierre esos hermosos labios rosados alrededor de mi polla mientras se la fuerzo hasta el fondo de la garganta hace que gotee en mis calzoncillos. —Claro.

—Sígueme —digo, caminando por la iglesia, que se está vaciando.

Una vez que llegamos al pasillo trasero, abro la puerta de la oficina. No dejo que la gente venga aquí atrás. Estaremos solos, pero no puedo evitarlo. Ese lado pecaminoso de mí ya está en la superficie, listo para destrozarse a esta belleza.

—Aquí dentro.

Madison se muerde el labio inferior y mira fijamente la oscuridad antes de avanzar hacia la guarida del león. Tiene razón en dudar.

Enciendo la luz y mi polla palpita cuando la veo en medio de mi oficina. En medio de mi territorio, lista para follar.

Una vez que estamos solos en mi oficina, con la puerta cerrada, sé que haré algo de lo que me arrepentiré. —Así que, Madison. ¿Cuáles son tus intereses?

Se encoge de hombros. —Me gusta pintar.

Sonrío. —Tenemos un club de arte que se reúne aquí los jueves por la noche. ¿Eso te vendría bien?

Ella sonríe tan ampliamente que me duele el pecho. —Sí, suena maravilloso.

—Perfecto, anotaré tu nombre. —Me apoyo contra la puerta, bloqueando su única salida—. ¿Quieres hablar más sobre lo que te preocupaba ayer?

Su garganta se mueve y niega con la cabeza. —No, ya dije demasiado.

—No tienes que temerme nada, Madison. Lo que compartamos entre nosotros no saldrá de estas paredes. Te lo prometo.

Sus mejillas se ponen rosadas mientras me mira. —Una de las razones por las que huí de mi marido fue porque se puso violento en nuestra fiesta de bodas e intentó violarme.

Mi cuerpo se pone rígido con la palabra violar. Y sé que necesito averiguar el nombre del hombre. No respirará por mucho tiempo.

—Habíamos esperado hasta casarnos, pero una vez que trató de hacer eso en la fiesta... —niega con la cabeza—. No pude hacerlo, padre. Supe que era un error.

Así que en realidad no está casada. Perfecto. —Eso significa que nunca consumaste tu matrimonio, Madison. Significa que podrías anularlo.

Asiente. —Lo intenté, pero sus hombres me lo impidieron, y fue entonces cuando escapé.

Doy un paso adelante, con la sangre bombeando por mis venas. —¿Y habías tenido relaciones con algún otro hombre antes de esto? —pregunto, sabiendo lo inapropiado que es preguntarle eso.

Frunce el ceño y niega con la cabeza. —No. Soy virgen.

Gruño, lo que hace que dé un paso atrás. —Joder —gruño, haciéndola jadear.

—¿Pasa algo malo? —retrocede hasta que su culo golpea mi escritorio, con aspecto temeroso.

Doy un paso adelante. —Sí, Madison. Hay algo muy malo —respiro, moviéndome hacia ella—. Desde que te vi ayer por la tarde, he estado tan duro como una puta roca. —Me quito la sotana de sacerdote para que pueda ver la protuberancia de mi polla en mis vaqueros, tirándola al suelo—. Mira lo que me estás haciendo. —Agarro mi polla a través de la tela, tirando—. Cuatro años desde que hice mis votos, y ni una sola vez he querido a una mujer desde entonces. Hasta que entras tú, convirtiéndome en un animal salvaje.

Sus ojos azules se dilatan mientras frunce los labios. —Dante —murmura mi nombre. —Debería irme.

Ladeo la cabeza. —No. —Le agarro la muñeca.

Ella trata de soltarse, pero aprieto mi agarre, no para hacerle daño, solo para evitar que se escape.

Contiene la respiración, y puedo ver el miedo brillar en sus ojos.

Una punzada de culpa me atraviesa, pero mi hambre por ella ensombrece eso.

—Padre, por favor... —susurra, temblándole la voz. Está asustada, pero hay un indicio de curiosidad y deseo en sus ojos.

—Nunca te haré daño, pero no te alejas de mí. ¿Entendido? —Me doy cuenta de que ser demasiado dominante hará que se sienta como si estuviera de vuelta con su capullo de marido.

Asiente con la cabeza. —De acuerdo. —Su mirada cae sobre mi mano agarrando su muñeca.

La suelto, observándola frotarse el lugar donde estaba mi mano. —Eres un sacerdote, sin embargo. No puedes estar con una mujer por tus votos.

—Que le den a mis votos —respondo. La ira no es característica, ni siquiera de mi lado más oscuro. Normalmente, siempre estoy en control.

*¿Qué coño me ha hecho esta chica?*

Ella me mira, con sus ojos azules llenos de preocupación. —¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que eres mía. Madison. Mía. ¿Entendido?

Ella niega con la cabeza. —Eso es una locura. Solo nos conocimos...

Le agarro la garganta, apretando y cortando su frase.

—No, no es una locura —la interrumpo—. Estás destinada a ser mía. Fuiste enviada aquí para mí. Puedo sentirlo.

Sus ojos se ensanchan, conteniendo la respiración. Coloca una temblorosa mano sobre mi muñeca pero no intenta aflojarla.

—Es demasiado pronto. Apenas nos... —se ahoga.

La atraigo bruscamente para que nuestros cuerpos estén pegados. —¿Sientes lo que me haces?

Restriega su entrepierna contra la mía, gimiendo. —Sí. Esto está tan mal.

—Entonces, ¿por qué se siente tan jodidamente bien? —gruño, enredando mis dedos en su suave cabello castaño—. Tan malditamente dulce —ronroneo mientras inhalo su aroma, que huele a lirios y lavanda al mismo tiempo—. Me haces querer ser un hombre malo, Madison. Soy un hombre malo detrás de todo.

Madison gime, buscando fricción en mi dura polla. —Lo siento, padre.

—Llámame Dante, pequeña cierva —exijo, mientras se borra todo el sentido común y el pasado que intenté enterrar se abre camino hasta la superficie.

Su garganta se mueve mientras alza una ceja, interrogativa. —¿Dante? —Está pensado como una pregunta, pero joder, suena perfecto saliendo de esos dulces y cerezos labios.

—Sí. —Le agarro las caderas y la obligo a envolverme las piernas con más fuerza, levantándola hacia la pared. He encontrado una nueva adicción. Madison jodida Danes. Aunque no estoy seguro de que ese sea su verdadero nombre. Ella jadea cuando su espalda golpea la pared. —Quiero oírte decir mi nombre.

—Pero esto no es...

Presiono mis labios contra los suyos y meto mi lengua en su boca, besándola con todo el deseo reprimido de cuatro putos años. Durante cuatro años he sido célibe. Todo lo que hizo falta fue que esta belleza entrara al confesionario para deshacerlo todo. Hay muchas chicas jóvenes y hermosas que viven en este pueblo, pero ninguna me había hecho pensar en renunciar a mis votos.

Ella gime mientras froto mi dura longitud contra ella, desesperado por deshacernos de la ropa y reventarle la cereza justo aquí, en la parte de atrás de la iglesia.

—Joder, eres tan malditamente perfecta.

Los ojos de Madison están dilatados mientras me mira. —¿Y si alguien nos pilla?

Gimo ante lo deliciosamente inocente que es. —No te preocupes, pequeña cierva. No te follaré ahora mismo.

—¿No lo harás? —pregunta, sonando decepcionada—. Oh.

—¿Querías que lo hiciera? —respiro.

Se encoge de hombros. —No lo sé. Sé que nunca he estado tan excitada. —Se aferra a mis músculos duros, gimiendo—. No eres lo que debería ser un sacerdote.

—Y voy a hacer algo que un sacerdote no debería —murmuro, subiéndole la falda del vestido hasta las caderas y colocándola sobre el escritorio.

—¿Qué estás...?

Le arranco las bragas, gruñendo cuando veo su coño empapado y acurrucado entre sus muslos. —Voy a probarte. ¿Está bien?

Ella se estremece. —Sí. —Se muerde el labio y sostiene mi mirada. —Dante.

Gruño, los ojos se me cierran mientras con ella aquí así, mi pasado vuelve precipitadamente. Antes de ser sacerdote, el sexo era una gran parte de mi vida. Hasta que cambié mis caminos y dejé esa vida. De alguna manera, esta belleza ha borrado cada plan cuidadosamente trazado que he hecho desde entonces.

Incluso mientras trato de razonar conmigo mismo, deslizo mi lengua entre sus labios y saboreo. Es más dulce que la puta miel. —Joder, nena —respiro, plantando suaves besos en sus muslos internos—. Sabes a pecado.

—Dante —respira, clavándome los dedos en el pelo.

Chupo su clitoris en mi boca, haciéndola chorrear.

Sus caderas se despegan del escritorio mientras busca más. —Sé una buena chica y quédate quieta para mí —exijo, mirándola desde entre sus muslos.

Ella chupa su labio inferior de la manera más excitante, arrugando la nariz de placer mientras trabajo mi lengua dentro y fuera de su coño virgen. Mi cuerpo está tan al borde mientras siento mi polla tensarse contra mis pantalones como si quisiera rasgarlos.

Nunca he estado tan excitado, pero quizás sea el filo prohibido de lo que estamos haciendo.

La congregación ni siquiera se había ido cuando traje a mi pequeña cierva aquí atrás. Cualquiera podría entrar buscándome y todo lo que he construido se derrumbaría, sin embargo no me importa.

Deslizo un dedo dentro de su coño virgen, gruñendo mientras siento que sus músculos se tensan a mi alrededor. Está cerca mientras lamo y chupo su clítoris. Mi otra mano permanece apretada alrededor de su cadera.

Echa la cabeza hacia atrás, gimiendo mi nombre de una manera que me excita como nada puede.

Siento que la tensión en su cuerpo aumenta a medida que se acerca al clímax, y puedo decir que quiere llegar al orgasmo para mí.

Gime y se estremece, aferrándose a los bordes del escritorio mientras se corre. Madison tiembla tan fuerte que apenas puedo mantenerla en su sitio.

Finalmente, se derrumba contra mí, y sé que es hora de que nos separemos antes de ir demasiado lejos, antes de que haga algo que podría arruinarnos a los dos.

Intenta alcanzarme, pero me levanto rápidamente, con la respiración entrecortada. —Tienes que irte ahora —digo con firmeza. He perdido totalmente el control y necesito tomarme un minuto para pensar. Un momento para hacer una pausa. Podría perderlo todo tan jodidamente rápido. Si la gente de mi pasado me alcanza, puedo decirle adiós a mi dulce cierva.

No dice una palabra, salta del escritorio y se apresura hacia la puerta sin mirar atrás hacia mí. Tan pronto como se va, me dejo caer en la silla del escritorio con un profundo suspiro. El caos siempre me sigue al final. Había esperado que finalmente hubiera roto el ciclo oscuro después de cuatro años de estar libre de él. Es más difícil de lo que pensaba que el leopardo cambie sus manchas.

## MADISON

AQUELLA MAÑANA, APENAS PUEDO CONCENTRARME EN OTRA COSA QUE NO SEA LO OCURRIDO EN la parte trasera de la iglesia.

Llegué al orgasmo mientras el sacerdote me lamía, y me encantó cada segundo. Fue incorrecto. Pecaminoso. Hay oscuridad en él, lo percibo cuando miro en sus ojos. Y me asusta un poco, pero no es como Eric, mi marido.

Me sentí tan culpable como pecadora cuando se enfadó y me pidió que me fuera.

Caminando por la calle principal de Fordhurst, es casi imposible no sentirme cohibida cuando la gente murmura y me mira. Sé que es porque soy nueva, pero me preocupa que de alguna manera alguien sepa sobre la forma en que llegué al pueblo y seducí al sacerdote.

Se me revuelve el estómago cuando me detengo frente a la cafetería del pueblo, Sunshine Diner. No es un nombre original, pero necesito un trabajo para echar raíces aquí y dejar de gastar el dinero que le robé a Eric.

Abro la puerta, y la campana de arriba suena, señalando mi llegada.

Una mujer se acerca, sonriendo ampliamente. "¿Quieres una mesa?"

Niego con la cabeza. "No, esperaba dejar mi currículum". Levanto el trozo de papel. "Soy nueva en el pueblo y busco trabajo".

Su ceño se frunce, y su expresión se vuelve dura. "No tenemos vacantes".

Asiento. "Pensé que podría ser el caso, pero me preguntaba si podrías guardar mi currículum por si surge alguna vacante".

Ella frunce la nariz pero me arrebató el currículum de la mano. "Se lo pasaré al jefe, pero él rara vez está aquí ya que está ocupado en la iglesia".

"¿En la iglesia?" pregunto.

Ella alza una ceja. "Sí, el padre Jenson es el dueño del restaurante". Mira por las grandes ventanas delanteras. "Ahora que lo pienso, él es dueño de gran parte de este pueblo. Era rico antes de hacerse sacerdote, así que invirtió en la comunidad local".

Se me hunde el estómago y asiento, desesperada por salir de allí. "Oh, ya veo. Bueno, gracias por tu ayuda". Le doy un saludo incómodo y luego me dirijo a la salida de la cafetería, solo para estrellarme contra una sólida pared de músculos.

Inclino el cuello para mirar esos hermosos ojos marrones oscuros que me miraron entre los muslos solo ayer por la mañana.

"Hola, Madison", murmura, retrocediendo para poner distancia entre nosotros. "¿Qué estás

haciendo aquí?"

Miro a la camarera, pero ella ya ha desaparecido. "Estaba dejando mi currículum ya que soy nueva en el pueblo". Vuelvo a mirarlo, y la intensidad de su mirada me roba el aliento. "Ella mencionó que eres el jefe. No lo sabía".

"Estoy seguro de que puedo encontrar un puesto para ti en algún lugar, pero la cafetería no tiene vacantes". Se pasa una mano por el pelo. "¿Por qué no pasas por la iglesia esta tarde y miramos las opciones?"

Se me seca la boca porque no creo que sea buena idea que estemos solos, no después de lo que pasó después de su sermón. "¿Estás seguro de que es buena idea?" digo, asegurándome de que nadie más pueda oírlo.

Sonríe, y es condenadamente desgarrador lo hermoso que se ve. "No, pero deberías venir de todos modos". Un destello de travesura se enciende en sus ojos, y sé que está pensando en lo que pasó ayer. "¿Qué tal un desayuno por mi cuenta?" pregunta.

Estar en su presencia ya es lo suficientemente difícil. "Oh, no podría..."

"Puedes y lo harás", dice, bajando su voz una octava. "Siéntate conmigo". No es una pregunta sino una exigencia, mientras me coloca la mano en la espalda y me conduce hacia una mesa vacía.

"Está bien", murmuro.

La camarera, que fue antipática con mi currículum, se acerca con una sonrisa falsa pegada en la cara. "¿Qué puedo ofrecerle, señor?" pregunta.

"Tráeme un plato de pancakes", dice Dante, mirándola con severidad. "Y lo que Madison quiera".

Sostengo su mirada de muerte. "Tomaré pancakes también, y un capuchino, por favor".

"Enseguida".

Va a buscar nuestro pedido, dejándonos a Dante y a mí solos. Es sexy con su sotana de sacerdote, pero con ropa informal me dan ganas de arrodillarme y rogarle que me quite la virginidad. Una camiseta ajustada se estira sobre su pecho muscular, y la tinta que noté sobre su cuello antes es aún más visible en su pecho y brazos, haciendo que se me haga agua la boca.

Junta las yemas de sus dedos mientras me mira. "Debería disculparme por lo de ayer".

"¿Disculparse?" confirmo. "¿Por qué?"

Un destello de diversión brilla en sus ojos oscuros mientras niega con la cabeza. "Creo que sabes por qué". Suspira pesadamente. "Me aproveché y lo siento mucho que llegara tan lejos".

Asiento. "Por supuesto. Lo siento también".

"¿Por qué te estás disculpando? No hiciste nada malo".

Me encojo de hombros. "Fui una participante voluntaria".

Trabaja la mandíbula y noto que flexiona los dedos. "Ese no es el punto. Estoy en una posición de autoridad y me aproveché".

Un silencio tenso y pesado se instala entre nosotros hasta que la camarera vuelve con nuestro pedido. "¿Puedo ofrecerles algo más, jefe?"

Niega con la cabeza, sin apartar los ojos de mí. "No".

Es peligroso que me mire así en público. Una mirada tan cruda que es impía. Y sin embargo, no rompe el contacto visual. "A comer", dice, una vez que se ha ido.

Mi estómago ruge ya que no he comido nada hoy. "Gracias".

Inclina la cabeza. "De nada, pequeña corza".

Cojo el tenedor, probando los pancakes. "Está delicioso", digo, cerrando los ojos ante el dulce sabor del jarabe de arce.

"No tan delicioso como lo que probé ayer por la mañana".

Me tenso ante eso, inundándoseme las venas de calor y encendiéndome por dentro. "No deberías mencionar eso. Después de todo, acabas de disculparte por ello".

Se ríe entre dientes, claramente encontrando divertido mi malestar. "Quizás mi disculpa no fue exactamente sincera. Quiero hacerte mucho más, pequeña corza", murmura, con los ojos fijos en los míos. "Pero tengo votos que cumplir".

Me recorre la decepción mientras asiento. "Sí, lo sé". Bajo la mirada a los pancakes y muevo un trozo por mi plato.

"¿A qué te dedicabas antes de venir a Fordhurst?" pregunta, cambiando rápidamente de tema.

Trago saliva. "En realidad, nunca he tenido un trabajo".

Su mandíbula se tensa. "Entonces, ¿qué trabajo te gustaría hacer?"

Me muerdo el interior de la mejilla. "Camarera habría estado bien, pero estoy abierta a cualquier cosa". No quiero parecer desesperada, pero se me acabará rápido si sigo gastando mi dinero.

Dante se aclara la garganta. "Tengo una vacante en la librería. Creo que es la única que hay por el momento".

Se me abren los ojos. "Guau, ¿también eres dueño de la librería?"

"Soy dueño de algunos lugares del pueblo, sí".

"¿Por qué te molestas en ser sacerdote?"

Su mirada se agudiza sobre mí, un destello peligroso en los ojos. "Porque estoy tratando de mantener a raya una parte de mí. Y volverme a Dios parecía la mejor manera de hacerlo".

Mis ojos bajan a la tinta de su pecho y brazos. "Debo admitir que no encajas con el estereotipo de sacerdote. Estoy segura de que tu pasado no es lo que nadie esperaría". Un destello de fuego entra en sus ojos, y agrego rápidamente: "No es que sea asunto mío, por supuesto".

Sus labios se tuercen en una sonrisa burlona, y hay un breve silencio antes de que responda. "Todo el mundo tiene un pasado, Madison. Algunos simplemente son más coloridos que otros". Su mirada se demora en mí, intensa y pesada. "Al igual que todos tienen secretos".

Asiento en respuesta porque él conoce mi secreto. Al menos fragmentos. Que estoy huyendo de mi marido abusivo. Quiero conocer sus secretos, pero no indago.

Doy otro sorbo a mi bebida. "¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Fordhurst?"

Alza una ceja. "Cuatro años", responde tras una pausa, sin revelar nada.

La conversación se estanca, haciendo que quiera salir de allí lo antes posible. Todo en lo que puedo pensar alrededor de este hombre son cosas sucias e ilícitas.

Vacíó mi plato, saboreando el último bocado de los deliciosos pancakes. "Gracias por el desayuno, Dante", digo.

La forma en que me mira es incorrecta y pecaminosa cuando empuja la silla hacia atrás, poniéndome de pie. Una sensación de pesadez llena la habitación, acumulándose la tensión entre nosotros como una carga eléctrica.

Dante se pone de pie y se acerca a mí, agarrándose la muñeca. "Nos vemos esta tarde, ¿verdad?" pregunta, pero no suena como una pregunta. Suena como una exigencia. Y prácticamente me derrito en un charco por él cuando me toca.

"Claro, ¿a qué hora?" chillo.

Sonríe con suficiencia. "Alrededor de las seis. Nos vemos entonces, pequeña corza?"

Me estremezco, sin saber por qué ese apodo me afecta tanto. Al apartarme, intento mantener la distancia con él. Después de todo, estamos en público. Se me olvida responder, así que reitera. "Nos vemos entonces, ¿verdad? No me decepciones, Madison".

Asiento, con la boca demasiado seca para responder, y luego salgo corriendo de la cafetería lo más rápido posible.

Dios santo, me voy directa al infierno. Seducir a un sacerdote ya es bastante malo, pero seguir por este camino es peligroso para los dos. Podría arruinar su carrera y obligarme a dejar este pueblo antes de echar raíces. Estoy harta de mudarme.

Apenas puedo moverme lo suficientemente rápido mientras corro por la calle, mirando apenas adónde voy. Y entonces choco contra una chica de mi edad, desparramando sus compras por el suelo.

"Lo siento mucho!" digo, agachándome para ayudarla a recogerlas. "No sé qué me pasa esta mañana. Estoy siendo una completa patosa".

Ella me sonríe y niega con la cabeza. "No te preocupes. A mí también me han pasado ese tipo de días".

La tensión dentro de mí se alivia cuando la ayudo a recoger el resto de la compra. "Soy Eva, por cierto. No creo haberte visto antes".

"Madison". Niego con la cabeza. "No, llegué este fin de semana".

Parece un poco sorprendida. "Oh, ¿estás aquí de vacaciones?"

"No, espero quedarme". Le paso la bolsa de la compra que recogí. "Alquilé una cabaña a las afueras del pueblo".

"¿No la cabaña del granjero John?"

Asiento. "¿Por qué? ¿Es malo?"

Se ríe. "No, es que lleva vacía tanto tiempo que pensé que nadie la alquilaría".

"Eso explica por qué es un poco una pocilga". Miro a mi alrededor por la calle. "Este lugar tiene una ferretería, ¿verdad?"

Eva hace una mueca. "Sí, pero es condenadamente cara. Mejor ir a la ciudad, pero está a treinta minutos en coche".

Trago saliva, ya que no tengo permiso de conducir. Eso dificulta mi huida de Eric. "¿Hay autobús?"

"No con regularidad. Te diré qué, ¿por qué no vienes conmigo a la ciudad el viernes? Voy de todos modos. Puedes venir conmigo si quieres".

Me siento un poco desconfiada, ya que rara vez confío en gente que no conozco. Sin embargo, parece que no tengo otra opción. "¿Estás segura?"

Ella asiente. "Sí, no es molestia para mí".

"Está bien".

Me da su teléfono móvil. "Pon tu número y te enviaré un mensaje con la hora a la que pasaré a recogerte. La cabaña está de camino a Buffalo".

Pongo mi nuevo número, agradecida de habérmelo memorizado. "Aquí tienes. Nos vemos el viernes". Me dispongo a irme.

"Espera, Madison".

Vuelvo a mirarla.

"Unas amigas y yo vamos a tomar algo esta noche. Deberías unirte".

Me late rápido el corazón y sudo de las palmas porque la idea de hacer amigas me asusta. Si hiciera amigas aquí y luego me encontraran, dificultaría más la huida. Sin embargo, hace una eternidad que no salgo de noche. "Claro, mándame los detalles por mensaje, ¿vale?"

Ella asiente. "Lo haré".

Y entonces se va en la dirección opuesta mientras yo sigo adentrándome en el pueblo. Puede que no haya ferretería, pero planeo explorar el lugar. Después de todo, no tengo nada mejor que

hacer hasta más tarde, cuando tengo una reunión con un sacerdote pecaminosamente guapo que me vuelve loca de deseo.

Debería cancelar y no presentarme, ya que lo que hicimos ayer después de su sermón estuvo mal. No cabe duda de que él no solo pretende hablar de mis opciones esta tarde. Si nuestro tiempo a solas ayer demostró algo, es que el sacerdote tiene un control sospechosamente bajo sobre sus impulsos.

## MADISON

LOS TERRENOS DE LA IGLESIA ESTÁN INQUIETANTEMENTE TRANQUILOS DURANTE MI PASEO HACIA la imponente estructura, haciendo que mi corazón lata con un ritmo errático.

Me arropo con más fuerza en mi abrigo y tomo una respiración profunda. La grava cruje bajo mis pies mientras camino hacia la entrada de la iglesia, mi mente retrocede a lo que sucedió la última vez que estuve en este edificio con el sacerdote.

—Sólo respira, Madison —murmuro, enderezando los hombros.

La pesada puerta de madera chirría al abrirse, y entro en la tenuemente iluminada iglesia, el aroma a libros viejos e incienso inundando mis sentidos. Lo veo al final del pasillo, de espaldas a mí, y mi pulso se acelera.

Mi cabeza es un torbellino de pensamientos, pero cuadro los hombros y me obligo a caminar hacia él. Cada paso resuena en el espacioso y sagrado lugar a medida que la distancia entre nosotros se acorta constantemente.

—Dante —llamo cuando estoy lo suficientemente cerca.

Él se da vuelta, y sus oscuros ojos se encuentran con los míos—. Madison, te he estado esperando... —se detiene cuando nota cómo estoy vestida—. Espero que no te hayas arreglado por mí.

—Voy camino a un bar en el pueblo y pensé en pasar por aquí —me arropo con más fuerza en la chaqueta para ocultar mi escote —.

Sus ojos se oscurecen—. Ni de coña vas a ningún bar —gruñe.

Ladeo la cabeza, sin saber si me divierte más el tono enfadado de su voz o el hecho de que un sacerdote acaba de decir “ni de coña” en su iglesia—. ¿Perdón?

Él se acerca marchando —. ¿Con quién vas?

—Con Eva y unas chicas que no conozco, ¿por qué?

Su mandíbula se tensa—. Muchos hombres de este pueblo intentarán ligar contigo.

Me río—. ¿Y eso qué más da?

No lo veo venir, pero él estalla, agarrándome fuerte de las caderas—. Mi punto es que me perteneces —aprieta el agarre en mis caderas, y me pregunto si este hombre es tan oscuro como mi marido. Si me haría daño. Algo me dice que no es el caso. Confío en él, a pesar de mí misma.

—¿Pertenecer a un sacerdote? —cuestiono—. ¿Cómo funcionaría eso considerando tu voto de castidad?

Gruñe, sus ojos ardiendo—. No me pongas a prueba, pequeña cierva.

Aclaro mi garganta y me zafó de su agarre—. He venido a hablar sobre la oportunidad de trabajo en la librería. ¿Deberíamos hablar de eso?

Parece irritado por el cambio de tema pero asiente—. Sí, claro, hablemos del trabajo —da un paso atrás, creando distancia entre nosotros. Su mirada, sin embargo, sigue siendo tan intensa como antes.

Respiro hondo, recobrando la compostura—. Aquí está mi currículum, aunque, como dije, nunca he tenido un trabajo estable. Se trata principalmente de mi educación —saco el papel doblado de mi bolso.

Él lo toma de mí, rozando sus dedos contra los míos y enviando una descarga eléctrica a través de mí. Sus ojos recorren el documento, nunca dejando mi rostro demasiado tiempo—. Impresionante educación, pequeña cierva. Tan impresionante que te sobrecalifica para el trabajo.

Rechino los dientes ya que mis padres me enviaron a la Facultad de Derecho de Harvard, no por mi bien, sino por el de ellos. Creían que les beneficiaría tener un abogado en la familia para sacarlos de situaciones comprometidas, pero después de graduarme, no me permitieron solicitar un trabajo. En cambio, estuve a la espera por si tenían algún problema legal con su negocio—. Sin embargo, me encanta leer. Los libros son una pasión para mí.

Asiente—. Bien, tienes el trabajo. Puedes empezar mañana si quieres.

Perfecto. Cuanto antes consiga un trabajo, antes dejo de gastar el dinero que le robé a mi marido—. Suena bien.

—Necesitaré una copia de tu identificación. Sígueme —camina hacia la parte trasera de su iglesia, a la oficina donde ayer arrasamos con las normas. El calor se filtra por mi cuerpo cuando los recuerdos de lo que sucedió vuelven precipitadamente. Un escalofrío me recorre, pero no de frío.

—Aquí tienes —le entrego la identificación que me había creado para mi nueva identidad—. ¿Puedes copiarla rápido? Tengo que irme o llegaré tarde.

Su mandíbula se tensa mientras la pone en la fotocopidora y saca una fotocopia. Una vez terminado, se vuelve hacia mí y la sostiene fuera de mi alcance.

—No quiero que salgas vestida así.

—Qué pena, voy a salir. —Suspiro—. Hace tanto que no salgo de noche. Necesito esto.

Entorna los ojos y me agarra de nuevo, esta vez con más fuerza, estrellando mi cuerpo contra el suyo—. Recuerda a quién perteneces, Madison —dice, y antes de que pueda protestar, me besa, un beso áspero y posesivo que me deja sin aliento.

Se aparta, y sus oscuros ojos arden con fiera posesión—. Recuerda quién es tu dueño, o no te gustará lo que le pase al hombre que se atreva a acercarse a ti —susurra.

Un escalofrío me recorre. No tengo ni idea de qué clase de hombre estoy tratando. ¿Cuán oscuro y peligroso es? Se esconde tras la sotana, actuando como un hombre de Dios ante el público, pero cuando estamos a solas, no tiene nada de santo.

—¿Qué le pasa a él, Dante? —pregunto.

Se queda en silencio por un momento, estudiándome, la amenaza no expresada pesando en el aire. Luego sonrío con suficiencia—. Digamos que deseará no haberse cruzado en mi camino.

Está mal lo húmeda que me pone su naturaleza dominante y posesiva. La diferencia entre él y Eric es que Dante es un hombre de verdad. A Eric no le importaría que otro me tocara. No le importa nada. Todo lo que le importa son las apariencias.

—De acuerdo —respiro.

—Buena chica —me elogia, soltándome y devolviéndome mi identificación—. ¿Y dónde exactamente es esa “noche de fiesta”?

Un escalofrío me recorre la columna vertebral. —¿Por qué quieres saberlo?

Su mirada es inquebrantable—. ¿En qué bar, Madison?

—Quedé con ellas en El Cuervo —tartamudeo, preguntándome qué me hizo divulgar la información.

—El Cuervo —repite, retrocediendo—. No llegues tarde, Madison. No querrías decepcionar a tus nuevas amigas.

Trago saliva con fuerza, mi corazón desbocado mientras me doy la vuelta para salir de su oficina. De repente, la perspectiva de una noche de fiesta parece mucho menos atractiva. Aun así, estoy a punto de salir de la oficina cuando su voz me detiene.

—Espera.

Lo miro por encima del hombro.

—¿Cómo vas a llegar al pueblo? Noté que no tienes coche.

—Andando —respondo simplemente.

—Sobre mi cadáver —agarra sus llaves de la mesa—. Te llevo.

—No es...

—No se discute —gruñe, agarrando su abrigo y poniéndoselo sobre la camisa clerical—. Ahora al coche.

Suspiro y me dirijo a la salida de la iglesia, dolorosamente consciente de lo cerca que está este dios de hombre. Desbloquea su Honda Civic. Un coche que no le pega en apariencia. Me lo imagino montando una motocicleta en otra vida o conduciendo un viejo Mustang.

—¿Qué estás mirando, Madison? Sube al coche.

Sacudo la cabeza, tratando de salir de mi ensoñación mientras me siento en el asiento del pasajero, cruzando los brazos sobre el pecho y mirando por la ventana.

El ambiente en el coche es tenso mientras el motor cobra vida y Dante se incorpora a la carretera principal hacia el pueblo.

El silencio en el interior del vehículo es ensordecedor mientras conducimos—. ¿Estás haciendo pucheros? —pregunta.

Niego con la cabeza pero no lo miro—. No.

—Tu tono sugiere que me estás mintiendo.

Me encojo de hombros en respuesta.

—Deja de comportarte como una mocosa —su voz es un gruñido—. O te pondré sobre mis rodillas.

Un rubor repentino se extiende por mis mejillas y una revoloteo se enciende en mi estómago. La amenaza debería provocar miedo, pero en cambio despierta emoción. Mi respiración se entrecorta y cruzo las piernas, retorciéndome incómoda en el asiento del coche.

—Quieres que te azote, ¿verdad?

Niego con la cabeza y lo miro—. No.

—Desafiante y malcriada —se pasa una mano por la mandíbula cubierta de barba incipiente—. Me lo voy a pasar bien contigo, nena.

Nena.

Oírlo llamarme así casi me hace gemir—. Pero no puedes —suelto—. Eres un sacerdote, Dante —no lo miro a los ojos, mirando los edificios que pasan—. No podemos... no puedes hacer eso —puedo sentir sus ojos sobre mí. Hay un largo silencio, el único sonido es el zumbido del motor y el ocasional coche que pasa.

—Haré lo que me salga de los cojones. —Se detiene frente a El Cuervo y apaga el motor, frunciendo el ceño—. Gracias por traerme, nos vemos mañana...

—Tomaré una copa. Ya que estoy aquí, qué demonios. —Abre la puerta.

—Pero...

Aprieta mi muslo, callándome a media frase—. Silencio, pequeña cierva. Me sentaré lejos de ti. No levantaremos sospechas. Necesito estar donde tú estás.

—Pero, Dante...

La voz de Dante es firme y resuelta, sus oscuros ojos brillando con una intensidad peligrosa mientras se inclina más cerca—. Finge que no me conoces —sugiere, la comisura de su boca esbozando una sonrisa torcida—. Estaré lo suficientemente cerca para asegurarme de que ningún cabrón piense en acercarse a ti —sus palabras envían un escalofrío emocionante por mi columna vertebral. Es posesivo, dominante incluso, pero de la forma más extraña, me hace sentir segura.

Con un suspiro de resignación, asiento, sabiendo que discutir con él sería inútil—. De acuerdo —murmuro, bajando del coche y arreglándome la chaqueta.

Esta va a ser una noche rara. Lo dejo entrar primero. Después de unos minutos, entro en El Cuervo e instantáneamente noto a Eva con las chicas que mencionó. Otras tres están sentadas con ella.

La ansiedad entra al instante. No me desenvuelvo bien entre multitud de gente que no conozco.

—¡Madison! —Eva grita mi nombre.

Fuerzo una sonrisa y me acerco a la mesa—. Hola, Eva. Gracias por invitarme, y perdón por llegar tarde.

Ella agita la mano con desdén—. No te preocupes. —Eva señala a las tres mujeres sentadas con ella—. Madison, ellas son Tessa, Riley y Harper —dice, señalando a cada una. Con su cabello rojo fuego y sus vivaces ojos verdes, Tessa parece irradiar una energía contagiosa. Riley, una morena de actitud tranquila y dulce sonrisa, asiente cortésmente. Harper, la rubia, emana confianza, sus gélidos ojos azules examinándome con curiosidad—. Chicas, ella es Madison —me presenta Eva, cayendo un expectante silencio sobre la mesa.

—Hola Madison, encantada de conocerte —me saluda primero Tessa, su voz burbujeando de entusiasmo—. Espero que seas divertida.

Riley, la callada, extiende una mano por encima de la mesa, murmurando—: Bienvenida, Madison. No hagas caso a Tessa. Es un poco hiperactiva.

Harper se recuesta en su silla, arqueando una ceja—. Entonces, Madison, Eva nos dice que eres nueva en el pueblo. ¿Qué te parece?

Eva interviene antes de que pueda responder, agregando en broma—: Sí, Madison, cuéntanos. Y recuerda, sin presiones, pero tu respuesta determina si te dejamos quedarte en nuestro grupo.

La mesa estalla en carcajadas, aliviando la tensión. Esto se siente menos como un interrogatorio y más como una fiesta de bienvenida.

Sonriendo, me recuesto en la silla, encontrando consuelo en sus risas—. Bueno —comienzo, mirando a cada una—, la verdad es que me gusta aquí. Es... agradable y tranquilo —me encojo de hombros, añadiendo—: Un agradable cambio del ajetreo al que estoy acostumbrada. La mesa se queda en silencio momentáneamente antes de que Tessa rompa el silencio, bromeando sobre cómo la “tranquilidad” no durará mucho si salgo con ellas. Las risas vuelven y me siento a gusto con estas chicas.

Después de unas copas, me siento achispada y olvido que Dante está aquí, observándome como un lobo sobreprotector. Capto su mirada al otro lado de la habitación, y el revoloteo en mi estómago regresa. Es una extraña mezcla de emoción y miedo que no logro comprender. Avanza

la noche, siguen llegando las copas y las carcajadas se hacen más sonoras.

Un hombre se acerca a nuestra mesa, su confiada sonrisa a juego con el contoneo en su paso —. Hola, chicas —dice.

—Hola, Kev —dicen todas ellas con diversos grados de entusiasmo. Centra su atención en mí—. Eres nueva aquí, ¿verdad? —pregunta. Es atractivo de una manera pulcra y arreglada. Aquí no hay nada como Dante.

—Sí, soy Madison —respondo.

Miro a Dante, que ahora se está levantando. Me observa a Kev con una expresión oscura que me envía escalofríos por la espina dorsal.

Kev se sienta en una silla libre junto a mí, inclinándose hacia mí—. Podría enseñarte la ciudad —dice.

Tessa se ríe—. Confiad en que Kev sea el primero en lanzarse a por las nuevas conquistas.

Las otras chicas se ríen.

—Ignóralas —dice Kev—. ¿Qué me dices?

Niego con la cabeza—. Es muy amable de tu parte ofrecerte, pero ya tengo unas guías estupendas —le sonrío a las chicas de la mesa.

—Exacto, no te necesita a ti, Kev —dice Eva.

Miro hacia Dante y está más cerca ahora, con los ojos bailando de rabia apenas contenida.

—Vamos, ellas no pueden mostrarte un buen rato como yo —dice, colocando una mano sobre mi muslo.

—Dije que no, gracias —digo, intentando quitar su mano.

Aprieta con más fuerza, casi haciéndome daño.

—¿Pero qué...?

Dante está ahí antes de que pueda protestar por su obvia indiferencia ante mi desinterés—. Ella no está interesada, Kevin —dice, extrañamente calmado considerando lo peligroso que parecen sus ojos.

El ceño de Kev se frunce—. ¿Qué coño hace un cura en un bar?

Dante se aclara la garganta—. Tomar una copa. No es ilegal. Ahora, quita las manos de la señorita. Ella dijo que no.

Kevin se pone de pie, palideciendo ante el tono de voz de Dante—. Vale, vale. Cálmate —dice, levantando las manos. Retrocede, dejándome con una sensación de alivio.

Si no lo hubiera hecho, odio pensar qué tipo de violencia podría haber recurrido Dante.

La mirada de Dante se suaviza cuando vuelve a centrar su atención en mí—. Perdona, estaba saliendo y lo escuché. No me gusta que los hombres se aprovechen así de las mujeres —echa un vistazo a todas las chicas por igual—. Pasadlo bien el resto de la noche, señoritas —dice mientras sale del bar, dejándome mirando tras él. Está más claro que nunca que Dante es peligroso, pero me siento más atraída por él.

Noto la mirada perpleja que me dirigen las chicas.

—Ha sido raro —dice Harper, frunciendo el ceño—. Nunca he visto al padre Jensen aquí en los cuatro años desde que llegó, y ciertamente no actuando como si fuera a montar una pelea de bar.

Tessa se ríe—. Quizás al cura le gusta la chica nueva.

Trago saliva con dificultad, sintiendo el calor que irradia por mi piel cuando da justo en el clavo, aunque bromeando—. No seas ridícula. Es un cura.

—Sí, un cura que espantó a Kev como un portero curtido —añade Harper, sorbiendo su copa. Sus ojos están puestos en mí, curiosos.

—Ciertamente es diferente —digo.

—Diferente, como en “estoy totalmente colada por nuestro párroco” diferente? —bromea Tessa con una sonrisa traviesa.

Pongo los ojos en blanco, intentando reírme para quitarle importancia—. Sí, claro. Yo y el cura, imagínate —digo, desviando la conversación lejos de Dante.

Tessa y Harper intercambian miradas y se ríen entre dientes, convencidas por mi fingido desinterés. Pero a medida que avanza la noche y fluye el vino, encuentro que mis pensamientos vuelven una y otra vez a Dante, el misterioso cura con un lado peligroso. La noche se difumina en una nebulosa, pero una cosa permanece clara: Dante Jensen es un hombre que no puedo olvidar fácilmente.

## MADISON

—ME DUELE LA CABEZA MIENTRAS ME SIRVO CAFÉ, SABIENDO QUE QUEDARME EN EL BAR CON las chicas hasta la una de la mañana fue una estupidez. Ni hablar de que tomé cuatro o cinco copas de vino de más. Siento que mi cabeza está a punto de partirse en dos.

Y es mi primer día trabajando en la librería. Mi primer día trabajando para Dante.

Al salir al frío de la mañana temprano, me subo la cremallera de la chaqueta, cierro la puerta principal y echo un vistazo a mi pequeña y acogedora cabaña antes de caminar hacia el pueblo. Son dos millas de camino, lo cual no está tan mal. Al menos no está lloviendo.

No llego muy lejos cuando un auto se detiene a mi lado. Me pongo tensa. Es un joven, alguien que no reconozco. —¿Necesita que la lleve? —pregunta con voz amigable.

Dudo, echando un vistazo por el camino. —¿Va hacia el pueblo? —pregunto.

—Sí, yo mismo voy para allá —responde, esbozando una cálida sonrisa. Su actitud es tranquilizadora, así que asiento y me subo al asiento del pasajero.

—Soy Madison, por cierto —digo mientras me abrocho el cinturón.

Él se ríe entre dientes. —Lo sé, Eva no para de hablar de ti. Soy amigo de ella —Extiende una mano—. Jack.

La tomo y la estrecho, sintiéndome más a gusto al saber que este chico es amigo de Eva—. Encantada de conocerte.

Arranca alejándose de mi cabaña—. Si necesitas que te lleve todas las mañanas, puedo ayudarte ya que paso por aquí. Vivo en el campo a una milla carretera abajo —dice.

Sonrío—. Eso sería estupendo, gracias. Todavía no tengo coche propio.

Empezamos una conversación fácil mientras conduce los pocos minutos hasta el centro. Afuera, el mundo se está despertando gradualmente, el sol proyectando largas sombras en la carretera, los campos dorados pareciendo extenderse eternamente.

Antes de lo esperado, reducimos la velocidad, el pueblo asomándose a la vista—. Trabajas en la librería del Padre Jensen, ¿verdad? —pregunta, deteniéndose frente a la pintoresca tiendita.

Asiento, sintiendo una extraña mezcla de anticipación y nervios—. Sí, hoy es mi primer día.

—Buena suerte, entonces —Jack me dirige una rápida sonrisa alentadora—. Lo harás genial —dice.

—Gracias —Me bajo del auto.

—Nos vemos mañana, ¿a la misma hora? —sugiere.

Asiento en respuesta—. Suena perfecto. ¡Muchas gracias de nuevo!

Me hace un saludo militar y luego se aleja por la carretera. Miro la librería y se me revuelve el estómago cuando veo a Dante mirándome a través de la ventana, con una mirada sombría en los ojos.

Cuando entro en la librería, ya está en la puerta esperándome con el ceño fruncido. Me conduce a la sala del personal, que está vacía—. Así que —comienza con voz tensa—, ¿por qué estabas con Jack?

Me muerdo el labio—. Porque Jack me vio caminando por la carretera hacia el pueblo y se detuvo. Es un buen trecho y hace frío, así que acepté.

Gruñe—. No quiero que estés en el auto de ningún hombre que no sea el mío, ¿entendido?

—Sólo está siendo amable y se ofreció a traerme. Acordé que puede llevarme todos los días.

Da un paso adelante—. Ni de coña —advierte. Noto la forma en que se le hincha una vena en la sien—. De ahora en adelante, yo te llevaré.

—Eso no es necesario —objeto.

Sus ojos son oscuros e intensos, sin dar pie a negociación—. Insisto —afirma su voz resonando en la habitación vacía. Antes de darme cuenta, Dante está acortando la distancia entre nosotros, su presencia completamente abrumadora—. Así es mejor, más seguro —murmura con voz baja.

De repente me agarra las caderas con fuerza, su tacto quemando a través de la tela de mi falda. Me mira fijamente a los ojos como si intentara leer los secretos enterrados en mi alma.

—Agradezco el sentimiento, pero no lo rechazaré. No estaba interesado en nada más que amistad.

Enseña los dientes—. Estás poniendo a prueba mi paciencia, pequeña cierva.

Sostengo su mirada de acero—. Estoy harta de que los hombres me mangoneen.

Hay un destello en sus ojos al entender mi significado. Mi marido. Sus formas abusivas.

—Bien —cede—. Pero si incluso piensa en tocarte, te juro por Dios que lo mataré.

Jadeo ante la sinceridad de esa declaración. Dante suena grave.

Se inclina, eliminando el último espacio entre nosotros. Sus labios se encuentran con los míos en un beso tan intenso y abrumador como él.

Jadeo ante la repentina avalancha de placer, mi corazón latiendo con fuerza. A pesar del torbellino de emociones, le devuelvo el beso. Es como si fuéramos imanes, incapaces de resistir la atracción del otro.

—Joder —respira contra mis labios—. Soy adicto a ti, nena.

Gimo mientras me besa y muerde el cuello, devorándome como un animal. Me atrae más cerca, aferrándose a mí con tanta fuerza que casi duele.

—Te deseo tanto, pequeña cierva.

Muerdo mi mejilla interior y lo miro a los ojos—. Te deseo.

Gruñe y me sube a la mesa de la sala del personal, su gruesa erección presionando contra mi centro mientras se para entre mis muslos—. Mi polla está tan dura. Siéntela —exige.

Cuando no me muevo, agarra mi mano y la presiona contra su tiesa polla. Quiero verla, tocarla, chuparla. Lo quiero dentro de mí. Gimo en voz alta.

—¿Sientes lo que me haces?

Asiento en respuesta.

—Usa tus palabras conmigo, Madison.

—Sí, lo siento. ¿Puedo verlo?

Él gruñe, los ojos se le cierran un instante, y luego sus dedos se mueven para desabrocharse el cinturón hasta que el repiqueteo de las campanas en la puerta de la tienda resuena en la parte

de atrás, cortando el aire como una afilada cuchilla e instantáneamente haciendo añicos nuestra burbuja.

Dante se congela, sus dedos se detienen en su cinturón—. Mierda, ¿qué estoy haciendo? —Se pasa una mano por el pelo, librando una guerra en sus ojos.

—Oye, ¿hay alguien aquí? —llama una voz desde la entrada.

—Es Derek, tu colega —dice, alejándose de mí y dejándome sintiéndome fría y decepcionada—. Te presentaré.

Me sorprende la facilidad con la que pasa a estar tan sereno después de que casi perdiéramos el control en la sala del personal de su tienda.

—Ve al baño primero y arréglate. Hice un poco de desastre —murmura, guiñándome un ojo y desapareciendo en la tienda.

Voy al baño, el corazón me late con fuerza cuando veo mi pelo despeinado y los labios hinchados y brillantes por nuestro beso. Y luego mi corazón da un vuelco cuando veo el moretón que se está formando en mi cuello.

—Mierda —murmuro, trazando las líneas con los dedos. Hace que el dolor entre mis muslos sea más fuerte. Rápidamente, saco un poco de maquillaje de mi bolso e intento ocultarlo lo mejor que puedo.

Al pasarme el último corrector, echo un último vistazo en el espejo—. Contrólate, Madison —murmuro a mi reflejo, inhalando un tembloroso suspiro. Vuelvo a pintarme los labios, tratando de reunir un atisbo de normalidad.

Cuando salgo, oigo a Dante y a Derek hablando, sus voces amortiguadas. Esbozo una sonrisa y entro en la habitación, tirando hacia abajo de la falda que de repente se siente demasiado corta.

—Derek, te presento a Madison. Nueva empleada para que te ayude por aquí —me presenta Dante con tono ligero, pero sus ojos cuentan una historia completamente diferente.

—Hola, Madison. Encantado de conocerte —Derek me tiende la mano, ajeno a la tensión. Parece agradable y corriente, en claro contraste con Dante.

—Encantada de conocerte también, Derek —respondo, estrechándole la mano y ofreciéndole una pequeña sonrisa.

Dante da una palmada, el sonido resuena en la tranquila tienda—. Muy bien, Madison, supongo que es hora de que te muestre cómo funciona todo —Su voz es casual, pero sus ojos tienen un brillo peligroso—. Empecemos a entrenarte, ¿de acuerdo? —La comisura de su boca se curva en una sonrisa torcida que me eriza la piel.

Empieza con los clientes, explicando cómo cada uno es tan diferente como los libros en los estantes—. Aprende lo que les gusta, recomiéndales cosas que tal vez no hayan oído, no seas insistente —instruye Dante. Su voz es fácil, como si no hubiéramos estado a punto de perder el control en la sala del personal.

Luego, me muestra las cajas registradoras y explica el proceso de manejar transacciones—. No te equivoques con el cambio —añade—. La gente suele ponerse un poco susceptible.

Asiento en respuesta—. Creo que lo tengo.

Arquea una ceja—. Lo siguiente es en la parte de atrás —Me lleva a la parte trasera—. Inventario, reabastecimiento y creación de exhibiciones —continúa Dante, llevándome por cada rincón de la tienda. Explica cómo gestionar el inventario, reponer los estantes y poner libros en exhibición—. Haz que las exhibiciones sean atractivas —enfatisa—, algo que los haga detenerse y mirar.

El resto de las tareas, como organizar eventos, gestionar pedidos y entregas en línea y administrar los arreglos del club de lectura, se mezclan en una ráfaga. Son lo suficientemente

sencillas, pero tratar de concentrarme cuando Dante está hablando después de besarme es casi imposible.

—Y la limpieza —finaliza Dante, echando un vistazo a la tienda—. Mantén el lugar ordenado y limpio. A nadie le gustan las librerías desordenadas.

Me mira—. ¿Lo entendiste todo? —Su voz es suave, pero esa lujuria cruda sigue chispeando en sus ojos, en completo conflicto con la forma en que está hablando.

—Sí, lo tengo —logro decir.

—Empecemos por organizar las devoluciones —sugiere.

Empiezo a revisar los libros en el mostrador. Mi mente está a un millón de kilómetros de distancia. Y entonces, de repente, siento la mano de Dante rozar la mía. Los dos estamos alcanzando el mismo libro en el mostrador.

Su piel está cálida contra la mía, un fuerte contraste con la fría cubierta de cuero del libro. Rápidamente retiro mi mano, mi corazón latiendo con fuerza, y él hace lo mismo.

Hay un momento de silencio incómodo entre nosotros, pero está cargado—. Ese libro es bastante popular. Recuerda promover las ventas —Echa un vistazo y nota que Derek está en la sala de atrás. Se inclina hacia mí—. Sobre lo que pasó allí atrás, ¿cuándo podemos hacer que vuelva a pasar? —exige.

Se me revuelve el estómago—. Dante, eres un sacerdote. No es...

—¿Parece que me importa una mierda? —Da un paso más, invadiendo mi espacio—. Tengo la polla dura las veinticuatro horas del día mientras pienso en ti. Sigo teniendo que rezar Avemarías porque no puedo dejar de masturbarme, pero preferiría hacerlas por algo mucho más satisfactorio y pecaminoso.

La imagen que aparece en mi cabeza es ardiente. Dante acariciando su polla mientras grita mi nombre. Tragosaliva con dificultad y me concentro en sus ojos. Estoy a punto de hablar cuando suena la campana sobre la puerta y Dante da un paso atrás de inmediato. No hay nada brusco ni sospechoso en sus movimientos.

Mira al cliente y sonríe, caminando para saludarlos. Y lo observo como si estuviera bajo una especie de hechizo.

—Hola, ¿puedo ayudarle a encontrar algo hoy? —Su voz resuena en la tienda, de nuevo el sacerdote educado y amigable.

Trago saliva, volviendo mi atención a los libros del mostrador, pero no puedo quitarme de la cabeza la imagen de los ojos humeantes de Dante clavados en los míos. Pensé que mudarme a un pueblo aún más pequeño que los anteriores simplificaría mi vida y facilitaría mi escape.

Qué equivocada estaba.

No puedo echar raíces porque Eric me encontrará al final. Pero la idea de dejar este pueblo y a Dante... No quiero irme. Y lo peor es que ni siquiera estoy segura de poder mantenerme alejada del enigma que es el Padre Jensen aunque quisiera. Está decidido a tenerme, sin importar los costos.

## DANTE

APARCO MI MOTOCICLETA AL OTRO LADO DE LA CALLE Y ME BAJO. LO ÚLTIMO QUE DEBERÍA estar haciendo es merodear por la casa de Madison después de lo que pasó en el bar el lunes por la noche, pero no puedo evitarlo.

Tuve suerte de que fuera Kevin el que coqueteó con ella. No estaba dispuesto a pelear y se retiró. De lo contrario, no creo que todavía fuera sacerdote. Lo habría golpeado hasta dejarlo hecho pulpa frente a todos. Demonios, incluso podría haberlo asesinado. Y cuando la vi salir del coche de Jack Michaelson, también quería asesinarlo. Lo peor de todo es que Madison insiste en que él la lleve al trabajo todos los días, y ella insinuó que exigirle que la lleve significa que estoy actuando como su bastardo esposo.

*¿Qué me está haciendo esta chica?*

Rara vez saco mi motocicleta del garaje, pero no quiero que nadie me reconozca esta noche. Voy a vigilar a mi bonita cierva. La motocicleta es un pequeño trozo de mi pasado que conservé. Las luces delanteras se apagan, y quedo sumergido en la oscuridad y las sombras.

El suave resplandor de la luz de la ventana de Madison llama mi atención. Me alegro de que haya elegido este agujero de mierda en las afueras de la ciudad donde no hay vecinos cercanos. Es más fácil para mí vigilarla sin ser visto.

Una fascinación voyeurista se apodera de mí mientras la observo trabajando en la cocina, preparando su cena. Oculto por las sombras, no puedo evitar que mis enfermizas y retorcidas fantasías jueguen en mi mente. Me pregunto si le gustaría la mierda en la que solía estar metido.

Mi pasado es oscuro. Y mi apetito sexual siempre fue de naturaleza depravada. Me encanta el juego primitivo. Solía actuar mis enfermizas fantasías con chicas dispuestas. Pero Madison no se parece en nada a ellas. Es inocente. Virgen.

Pero observándola, incluso desde este rincón oscuro, ya no es suficiente. No más.

Lentamente, con la astucia de un depredador, me acerco a su cabaña sin protección. La puerta trasera chirría cuando la empujo para abrirla, mi adrenalina disparándose.

Contengo la respiración mientras me escabullo en su dormitorio, encontrando un par de sus bragas descuidadamente tiradas sobre la cama. La suave tela se siente demasiado íntima en mi mano, una pieza robada de ella. Rápidamente me las meto en el bolsillo, con el corazón laténdome con fuerza en el pecho porque estoy cruzando una línea. Y no me importa. Tengo la polla tan dura como una roca.

La oigo maldecir desde la cocina, y sus pasos se acercan al dormitorio.

*Mierda.*

Rápida y silenciosamente me meto en su armario empotrado. No hay mucho aquí, así que me ajusto fácilmente. Y luego observo a través de las rendijas de la puerta.

Se me corta la respiración cuando Madison entra pisando fuerte en la habitación, con su vestido azul cielo ahora manchado por una gran mancha. Con un suspiro irritado, se quita el vestido, revelando las suaves curvas de su cuerpo, ocultas sólo por un conjunto de lencería blanca de encaje.

—Maldita sea —murmura para sí misma, tirando a un lado el vestido. Mi corazón martillea en mi pecho mientras ella marcha hacia su cómoda, abriendo un cajón para buscar algo. Veo cómo su mano emerge con un vibrador rosado y elegante. Se me seca la garganta y trago saliva con dificultad.

Echa un vistazo por encima del hombro, nerviosa, aparentemente comprobando si está sola. Un suave rubor le sube por las mejillas mientras se sienta en el borde de la cama, se quita las bragas y luego se acuesta. Apenas puedo creer lo que veo al mirar fijamente su coño empapado. Lentamente, con un sentido de aprensión, explora su cuerpo, sus dedos se deslizan desde sus pechos hasta su estómago, luego más abajo.

Cuando el vibrador zumba al encenderse, jadea, y todo su cuerpo se estremece bajo su influencia. Está perdida en su propio mundo, con los ojos cerrados en placer puro, la espalda arqueándose de la cama mientras se retuerce en éxtasis.

Observo, con la polla ya en mi mano mientras la acaricio. Las imágenes en mi mente son enfermizas. Ojalá tuviera puesto mi casco de moto, ya que probablemente saldría de este armario y le daría un susto. Aunque eso está muy mal, considerando que ella tiene miedo y huye de su marido. Un marido que intentó violarla, necesito que sepa que está a salvo conmigo. Nunca la lastimaré. Al menos no a menos que ella lo quiera. Mi lado oscuro no le importa. El lado oscuro la quiere asustada, rota y suplicante.

Aprieto el puño alrededor de mi polla, acariciándome con más fuerza, imaginando su reacción si saliera y la atara a la cama.

Sus gemidos llenan la habitación, una sinfonía de placer en bruto que hace que mi corazón lata con fuerza. Está jadeando, retorciéndose, perdida en la sensación. Y luego, cuando está al borde, su voz rompe el silencio. "Dante", jadea, una y otra vez, como una oración, una súplica.

Me desgarra, resonando en mis oídos. Mi pequeña cierva está llamando mi nombre. Pensando en mí. Imaginándose. Y ese pensamiento, esa realización, me vuelve loco.

Su cuerpo se tensa, con los dedos enterrados profundamente dentro de ella, el vibrador todavía zumbando contra su clítoris. Y luego llega al clímax, su cuerpo temblando con la fuerza de su orgasmo, su voz un grito crudo y quebrado de placer. La vista de ella, tan abierta, tan vulnerable, tan perdida en el placer, es demasiado.

Hay una oleada de humedad que brota de ella, empapando las sábanas debajo de su cuerpo. No puedo evitar gemir ante la vista, con la polla latiendo dolorosamente en mi mano. Y entonces me corro, tapándome la boca con la mano libre para amortiguar los gruñidos de placer.

Mi liberación salpica su ropa, haciendo un desastre. Bien. Ella puede encontrarlo más tarde. Y entonces me congelo, presa del pánico.

*¿Va a buscar ropa fresca en el armario ahora?*

Se apoya el dorso de la mano contra la frente. "Hora de ducharme", se dice a sí misma.

Suelto el aliento que no me di cuenta que estaba conteniendo. Y espero a oír que el agua se enciende en el baño al final del pasillo antes de meterme la polla todavía dura en los pantalones y salir corriendo de su armario. La puerta chirría al abrirse, y hago una mueca, caminando de

puntillas por el pasillo y pasando el baño. Ha dejado la puerta entreabierta, y puedo ver su silueta a través de la puerta de la ducha empañada por el vapor.

Mi polla sigue tan dura como el acero. A pesar de que acabo de correrme mientras la veía tocarse. Ella se da la vuelta, y tomo eso como mi advertencia para moverme. Puede que haya perdido la cabeza con ella. Pero que me atrapen ahora no es una opción. Camino hasta el final del pasillo y salgo silenciosamente por la puerta trasera. El frío aire nocturno me golpea, un fuerte contraste con el calor de la habitación de Madison.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho. La emoción fue intoxicante. No me había sentido tan vivo desde que dejé atrás mi antigua vida hace cuatro años. La necesito. Y lo peor es que ella también me necesita.

Avanzo silenciosamente por su patio delantero hacia mi motocicleta. Y me subo, con el casco en la mano.

—Oye, tú, ¿qué estabas haciendo en el patio de esa chica? —grita alguien.

Miro hacia el recién llegado y veo que es su vecino más cercano, Derek Lane, y es una maldita amenaza cuando se trata de vigilancia del vecindario. Debería haber tenido más cuidado.

Rápidamente me pongo el casco de la moto. —No es asunto tuyo —respondo tan bruscamente como puedo, esperando que no reconozca mi voz. Después de todo, toda la población de Fordhurst me conoce. Enciendo el motor de la moto y la pongo en marcha, acelerando.

—¡Espera! —grita.

Pero no espero. Giro el acelerador, el rugido del motor cortando el aire tranquilo de la noche mientras acelero por la carretera, dejando a Derek Lane confundido. No miro atrás. La adrenalina fluye por mis venas, una mezcla de miedo y exhilaración.

El frío viento nocturno sopla contra mí, pero no hace nada para enfriar el calor bajo mi piel. Miro la cabaña de Madison y su figura, desvaneciéndose en mi espejo retrovisor. Si me hubieran visto entrando por la fuerza en la casa de una mujer joven por la noche, estaría arruinado en este pueblo.

Como sacerdote, debería guiarla, protegerla y rezar por ella. En cambio, la acecho, la deseo, violo su privacidad de la manera más íntima posible. Pero no puedo evitarlo. El pensamiento de ella acostada en esa cama, su cuerpo retorciéndose de placer, llamando mi nombre... es una droga. Y soy un adicto.

Mientras desaparezco en la noche, me queda la hermosa imagen de su cuerpo desnudo retorciéndose en su cama mientras se daba placer.

Ya puedo ver los titulares.

**El sacerdote de Fordhurst sale sigilosamente de la casa de una mujer tarde en la noche.**

Ese es un escándalo para el que este pequeño pueblo no está preparado, especialmente teniendo en cuenta que la chica no tiene ni idea de que yo estaba allí en primer lugar.

## DANTE

EL PRIMER AVISO ES EL CLIC-CLAC DE LOS TACONES ALTOS EN EL SUELO DE PIEDRA DE LA IGLESIA.

*Ella está aquí.*

Mi obsesión. Mi maldito mundo. Mi pequeña cierva.

Mis tendencias oscuras se han vuelto la norma de nuevo. Ella es mía, lo que significa que necesito protegerla. Mantener mis ojos en ella. Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo.

Estoy fuera de mí. Mi adicción es todo consumo. He pasado horas desde que la conocí acechando fuera de su cabaña, observándola cuando cree que está sola. Necesita conseguir unas persianas porque las viejas cortinas de encaje en las ventanas no bloquean a nadie de mirar hacia adentro.

Anoche fui demasiado lejos yendo por detrás y colándome en su cabaña, observando desde el armario mientras se hacía venir. Fue jodidamente perfecto. Y luego me corrí por todas sus cosas como un pequeño pervertido sucio. Está tan jodidamente sexy desnuda como me la imaginé. Y la tendré. La necesito. No hay nada en este mundo que pueda mantenerme lejos de ella.

Me vuelvo para mirarla mientras se pavonea, con la cabeza bien alta y los ojos fijos en mí.

Mi polla es de acero.

Maldita sea.

Le lanzo una sonrisa. “Me alegro de que hayas venido, Madison”.

Obviamente, no estamos solos. Dirijo el club de arte los jueves por la noche, a pesar de no tener ninguna habilidad en el arte yo mismo, pero se espera que esté aquí. Otros siete miembros vienen al club, incluyendo a Elaine Masters, que me vuelve loco con su constante coqueteo.

Esta noche, sé que voy a estar sentado durante toda esta hora con una erección porque esta hermosa criatura me vuelve loco.

Coloco una mano en su espalda mientras se acerca a mí.

Un escalofrío la recorre, llenándome de satisfacción. “Por supuesto, no me lo perdería”, dice.

Carraspeo. “Todo el mundo, me gustaría presentarles a Madison. Es nueva en la ciudad y le gusta pintar, así que se unirá al club”.

Los otros miembros dicen 'Hola' al unísono. Noto el momento en que Elaine la ve, y sus ojos se estrechan. Elaine tiene un lado desagradable y no le gustará que una mujer más joven y hermosa se una al club. Si incluso piensa en ser una perra con ella, la echaré a patadas.

“Toma asiento, Madison”, le digo, conduciéndola a una silla frente a un lienzo en blanco lo más lejos posible de Elaine.

Ella sonríe y toma asiento, se quita la mochila de los hombros y saca sus materiales. “¿Cómo funciona exactamente?”

“Es un lugar para que la gente se reúna y cree. A veces, tenemos temas en los que trabajar. En este momento, estamos trabajando en paisajes de memoria”.

Inhala suavemente. “Tengo el perfecto en el que trabajar”. Hay una mirada triste en sus ojos mientras exhala, y anhelo saber qué hay detrás.

*¿Por qué está aquí?*

*¿Qué hace que mi pequeña cierva funcione?*

“Estupendo, avísame si necesitas algo”. Me alejo de Madison, no deseando llamar la atención sobre el hecho de que quiero devorarla. Mi cuerpo está tenso de anticipación.

Los otros miembros del club de arte ya han comenzado a continuar su trabajo en sus lienzos, y me muevo por la habitación, elogiando sus obras. Me acerco al caballete de Elaine, observando cómo ha creado un increíble paisaje urbano usando matices de azules y morados. Cuando me inclino más cerca, puedo ver cómo ha utilizado la luz para resaltar ciertos elementos y hacerlos destacar contra la oscuridad de la noche. Es impresionante, y me quita el aliento.

“Elaine, esto es increíble”, digo, dando crédito donde se debe a pesar de mi desagrado por lo directa que es. “Tu uso del color es magnífico”.

Ella sonríe. “Gracias, Dante”.

Caminando por la habitación, admirando el trabajo de cada uno, puedo sentir los ojos de Madison sobre mí. Su mirada es eléctrica, haciéndome querer girarme y corresponderla. Pero en cambio, sigo caminando, no queriendo que nadie más note lo que hay entre nosotros.

Si lo hacen, se acabó el juego.

Finalmente, llego al lienzo de Madison, y contengo el aliento. Ella ha pintado un oscuro y abstracto paisaje forestal envuelto en niebla. Es espeluznante y cautivador al mismo tiempo, tanto que casi puedo sentir su amenaza. Perfila gruesos árboles que parecen elevarse hacia un cielo implacable, sus ramas extendiéndose como dedos huesudos aferrándose a las nubes.

Ha añadido vislumbres de criaturas sombrías moviéndose a través de los árboles y parches desnudos de tierra que carecen de vida. Mientras miro con más atención, veo cómo ha usado su habilidad para añadir un tenue resplandor que ilumina partes de su pintura. Parece la luz de las estrellas apenas logrando abrirse paso a través de este mundo desolado que ha creado en el lienzo.

Y no puedo evitar sentir que así es como se siente. Su luz angelical está atrapada en tanta oscuridad que apenas puede encontrar una salida. Hay más en Madison de lo que parece a simple vista. Y necesito descubrir todo sobre ella. Cada pequeño detalle. Hasta que esté desnuda ante mí. Un lienzo completamente abierto.

“Esto es increíblemente expresivo”, digo, incapaz de apartar la vista. “¿Dónde está este lugar?”

“En mi mente”, dice, sin apartar la mirada de su trabajo para mirarme.

Trago saliva. “Cuéntame qué significa”, murmuro, con la voz suave.

Su garganta se mueve, y me mira. “Nada. Es solo una pintura”. Está tratando de esconderse. No puede esconderse de mí. No hay ningún lugar al que pueda ir donde esté a salvo de mí.

La campana de la iglesia suena, señalando que la hora ha terminado. Son las ocho, lo que significa que el club ha terminado.

“Quédate atrás”, le digo en voz baja.

Elaine se acerca a Madison, mirando su pintura. Capta los detalles, frunciendo el ceño. “Esto es muy oscuro”, comenta, rompiendo el pesado silencio entre ellas. “Creo que necesitas

iluminarlo”.

Madison inclina la cabeza, un atisbo de dolor cruza su rostro.

“Elaine”, chasqueo.

Los ojos de Elaine se ensanchan ante el tono de mi voz. “Sí, Padre?”

“Este grupo apoya todos los esfuerzos artísticos. Si no tienes nada alentador que decir, entonces no hables”.

“Padre, simplemente señalé que es muy oscuro y deprimente”.

Quiero arrancarle la cabeza. Tiene suerte de que tenga que mantener la compostura. En mi antigua vida, la habría hecho pedazos por hablarle así a mi pequeña cierva. “Es expresivo y hermoso, y no quiero oír otra cosa negativa de tu boca, o puedes olvidarte de venir a este club”.

Elaine niega con la cabeza. “Lo siento”. Le da a Madison una sonrisa, pero está llena de malicia. “No pretendía ofender”. Se da la vuelta y se aleja contoneándose, dejándome allí con los puños apretados.

Tengo una necesidad desesperada de proteger a esta chica. Y me va a meter en problemas. La violencia es mi segunda naturaleza, y luchar contra ella es difícil.

Me vuelvo hacia ella una vez que los otros miembros se han ido, y solo quedamos nosotros.

“Cuéntame la historia detrás de esta pintura”, le digo.

El aire entre nosotros crepita con anticipación en el momento en que me acerco más.

“Padre, yo...”

“Estamos solos ahora, pequeña cierva. Llámame Dante”, murmuro.

Asiente con la cabeza. “Es una pintura personal”.

“¿Te sientes atrapada?”, le pregunto.

Sus ojos se agrandan. “Sí”, respira.

“¿Por qué?”, le pregunto.

Niega con la cabeza. “He estado atrapada la mayor parte de mi vida”.

“¿No solo los nueve meses que llevas huyendo?”

“No”.

Me acerco más, con los ojos fijos en sus hermosos ojos azul pálido. “Dime de quién estás huyendo. Quizás pueda ayudarte”.

Se ríe, pero es sin humor. “Nadie puede ayudarme”.

“Madison, quiero ayudarte”. La agarro por la muñeca y la arrastro hacia mí, apretando su cuerpo contra el mío. “Déjame ayudarte”.

La ayudaré. Necesita entender que ahora es mía. No hay vuelta atrás. No la dejaré ir, así que si su marido viene a por ella, no estará huyendo. Lo mataré. Mataré a cualquier idiota que piense en hacerle daño.

Sus labios se separan, atrayendo mis ojos hacia ellos. “¿Y qué? ¿Dejar que me ayudes y romper tus votos en el proceso? No seré la razón por la que los rompas”.

Arqueo una ceja. “Creo que ese barco zarpó el día que nos conocimos. Y no soy un buen hombre, Madison. Puede que sea sacerdote ahora, pero antes...” Niega con la cabeza. “Nunca he deseado nada como te deseo a ti”.

Se estremece, sus ojos se dilatan mientras inclina la cabeza hacia mí. Es imprudente y estúpido estar en esta posición con ella en la iglesia donde cualquiera podría entrar, pero no puedo encontrar en mí el preocuparme por ello. En cambio, presiono mis labios contra los suyos y la beso, vertiendo mi deseo y necesidad en ello.

Mis manos se mueven de sus muñecas a la parte posterior de su cabeza, enredándose en su pelo. Nuestras lenguas exploran las bocas de los demás. Lamo arriba y abajo de la longitud de su

cuello, probando y provocando hasta que jadea por mí.

“Te necesito ahora mismo”, respiro contra sus labios.

“Pero, Dante...”

“Deja de preocuparte por mis votos. Ya los rompí, y los romperé un millón de veces más por ti”. Le muerdo el labio inferior y tiro de él. “Déjame mostrarte cómo puede ser el placer entre nosotros”.

Muerde su labio, pero una pequeña sonrisa tira de ellos. Asiente con la cabeza, jadeando cuando la levanto del suelo y la coloco en uno de los bancos. Nuestras manos y labios se exploran mutuamente con un hambre desesperada. La recuesto en el banco, metiendo mis manos debajo de su camisa y jugando con sus pezones duros.

“Dante”, gime mientras los pellizco, su voz haciendo eco suavemente alrededor de la iglesia vacía, pero estoy más allá de preocuparme por nuestro entorno. En cambio, presiono mis labios contra los suyos y la beso, vertiendo mi deseo y necesidad en ello.

Mis manos se mueven de sus muñecas a la parte posterior de su cabeza, enredándose en su pelo. Nuestras lenguas exploran las bocas de los demás. Lamo arriba y abajo de la longitud de su cuello, probando y provocando hasta que jadea por mí.

“Te necesito ahora mismo”, respiro contra sus labios.

“Pero, Dante...”

“Deja de preocuparte por mis votos. Ya los rompí, y los romperé un millón de veces más por ti”. Le muerdo el labio inferior y tiro de él. “Déjame mostrarte cómo puede ser el placer entre nosotros”.

Ella muerde su labio, pero una pequeña sonrisa tira de ellos. Asiente con la cabeza, jadeando cuando la levanto del suelo y la coloco en uno de los bancos. Nuestras manos y labios se exploran mutuamente con un hambre desesperada. La recuesto en el banco, metiendo mis manos debajo de su camisa y jugando con sus pezones duros.

“Dante”, gime mientras los pellizco, su voz haciendo eco suavemente alrededor de la iglesia vacía, pero estoy más allá de preocuparme por nuestro entorno. En cambio, presiono mis labios contra los suyos y la beso, vertiendo mi deseo y necesidad en ello.

Le quito la camisa, dejándola expuesta a mi hambrienta mirada, tirando de las copas de su sujetador para revelar los senos más perfectos que he visto nunca.

“Necesito probarte ahora mismo”.

Ella responde con un asentimiento, sus ojos nublados de anticipación. Deslizo su falda hacia arriba, exponiendo sus bragas de encaje que ya están empapadas. Se las quito y me inclino, inhalando el embriagador aroma de su excitación.

Me muevo más abajo, plantando suaves besos en sus muslos internos, provocándola. Se retuerce debajo de mí, sus manos aferrando el banco en anticipación. Coloco un suave beso en su clítoris, haciéndola jadear. Luego, la separo con mis dedos y me sumerjo, mi lengua trazando los suaves pliegues de su coño, probándola, saboreándola.

“Joder”, jadea, su voz una súplica desesperada.

Respondo presionando mi lengua con más fuerza. Ella se retuerce debajo de mí ahora, sus caderas ondulando en respuesta al ritmo de mi lengua.

Y entonces se me ocurre una idea. Una que es jodidamente incorrecta considerando el simbolismo, pero oh tan emocionante. Me detengo, y Madison gruñe con frustración.

“¿Qué estás...?”

“Silencio, pequeña cierva”, ordeno, agarrando una vela votiva encendida del soporte de velas votivas.

Su ceño se frunce cuando la ve, pero no me cuestiona. En cambio, me mira fijamente.

“Quiero presentarte algo embriagador, pero depende de ti si lo quieres”.

Su garganta se mueve al tragar. “¿Qué es eso?”

“Juego de cera”. Ladeo la cabeza. “El dolor puede hacer que el placer sea mucho mejor”,  
explico, mi voz

## MADISON

UN COCHE PITA FUERA DE LA CABAÑA, Y ME APRESURO A METER EL MÓVIL EN MI BOLSO Y echármelo al hombro.

Me he quedado dormida, algo muy raro en mí.

Eva viene a recogerme para llevarme a Buffalo a visitar la ferretería. La cabaña está muy deteriorada y necesito pintura y unos apliques nuevos para que tenga un aspecto más acogedor.

Cuando llego a la puerta, una sensación de inquietud me recorre. Siempre intento evitar los pueblos grandes porque hay demasiada gente.

Sacudiendo la cabeza, me obligo a salir y sonrío cuando Eva me saluda con la mano. “Hola, gracias por recogerme”, digo mientras me subo al asiento del copiloto.

“No hay problema, de todas formas iba camino de Buffalo”, responde.

Conducimos unos minutos en silencio antes de que Eva por fin hable. “Y bien, ¿qué te parece Fordhurst hasta ahora?”, pregunta, mirándome de reojo.

Respiro hondo y lo suelto despacio. Es una pregunta difícil de responder, pues no llevo aquí el tiempo suficiente. A menudo evito encariñarme demasiado con un lugar porque me veo obligada a estar en continuo movimiento, huyendo sin parar.

“Está bien”, respondo. “Todavía me estoy acostumbrando”.

Eva asiente con la cabeza en señal de comprensión. “Siempre cuesta al principio cuando te mudas a un sitio nuevo”, dice antes de carraspear y cambiar un poco de tema. “He oído que el padre Jensen te ha conseguido trabajo en la librería. Suele ayudar a los recién llegados, sobre todo porque es dueño de muchos negocios locales”.

Al oír el nombre de Dante, el corazón se me acelera en el pecho y aparto rápidamente la mirada para que no vea mi expresión. No puedo evitar pensar en lo de anoche y lo que hicimos en la iglesia. Fue completamente pecaminoso, y me avergüenza lo mucho que disfruté. Y luego le supliqué que me follara, algo a lo que se negó.

“Sí, me ha ayudado”, balbuceo, esperando que no note lo mucho que la mención de su nombre me descoloca.

Eva no se da cuenta y sigue hablando de él.

“Es buena persona”, dice. “Estoy segura de que podría ayudarte con cualquier cosa que necesites”.

Se me encoge el corazón y asiento, esperando que la vergüenza no se refleje en mi cara. Nadie puede saber que dejé que el cura me comiera en su iglesia dos veces.

Seguimos el viaje, hablando de cosas sin importancia, hasta que por fin llegamos a la ferretería de Buffalo. Eva aparca en la acera y me mira. “¿Quieres que entre contigo?”.

Niego con la cabeza. “No hace falta, gracias”.

Ella sonríe. “Vale, tengo algunos recados que hacer. Nos vemos en media hora, ¿te parece?”.  
“Perfecto”.

Respiro hondo y abro la puerta del coche para bajar a la acera mientras Eva se aleja saludando con la mano.

Cuadro los hombros y me dirijo a la entrada de la tienda. Es la hora. Toca hacer que Fordhurst se sienta de verdad como un hogar. Es un paso atrevido, pero hay algo en este lugar que lo hace diferente. Espero que no sea por el cura que me comió en la iglesia dos veces.

Apenas me concentro al entrar en la ferretería y choco de frente con alguien. “Dios mío, lo sient...” Me callo cuando veo esos ojos oscuros y brillantes mirándome.

“¿Madison? ¿Qué haces aquí?”, pregunta Dante.

Trago saliva con dificultad. “Necesito pintura y otras cosas para la cabaña. Está muy deteriorada”. Frunzo el ceño. “¿Y tú qué haces aquí?”.

Un escalofrío me recorre la espalda y doy un paso atrás, apartando su contacto. “Estoy recogiendo algunos suministros para la iglesia”, responde Dante con una ligera sonrisa, pero sus ojos son intensos, casi depredadores. No puedo evitar sentir que está mintiendo.

“Qué casualidad”, replico. “No sabía que la iglesia necesitara... ¿qué es eso?”. Señalo el artículo que sostiene en la mano. “¿Un rollo de cinta adhesiva?”.

Él se ríe entre dientes. “Bueno, incluso la casa de Dios tiene necesidades prácticas”.

“¿De veras?”, pregunto, arqueando una ceja. “Yo creía que para todo le pedíais ayuda rezando”.

Su risa resuena en la tranquila tienda. “Oh, no, es un error común. También confiamos en la cinta adhesiva para hacer nuestros milagros”.

“¿Ah, sí?”, respondo con voz temblorosa. Hay una extraña tensión en el ambiente, espesa y electrificante.

“Sí”, contesta sin dejar de mirarme. “Te sorprendería la de usos que puedo darle a la cinta adhesiva”.

Hay un tono sugerente en sus palabras que despierta en mí tanto deseo como inquietud. La imagen de la cinta adhesiva en sus manos se transforma en algo completamente inapropiado. En mi mente lo veo usando la cinta para atarme las muñecas mientras estoy desnuda, dejándome a su merced.

“Será mejor que encuentre mi pintura”, digo apartando la mirada de la suya y apresurándome por un pasillo.

El eco de su risa, el recuerdo de su voz cargada de deseo y la imagen que ha evocado en mi mente hacen imposible librarme de la incomodidad.

No llego muy lejos antes de oír sus pasos detrás de mí. “¿Necesitas ayuda para elegir la pintura?”.

“No sabía que los curas también fueran expertos en decoración de interiores”.

“Hay muchas cosas que no sabes de mí”, dice bajando la voz. Está demasiado cerca, su presencia me abruma. “No siempre he sido cura, ¿sabes?”.

Trago saliva con fuerza. “Me lo imaginaba”. Miro los tatuajes visibles por encima del cuello de su sotana. “¿A qué te dedicabas antes?”.

Se inclina muy cerca, su cálido aliento me hace cosquillas en la oreja mientras susurra: “Era un hombre malo, Madison. Un hombre que no dudaría en hacer pedazos a una chica como tú”.

Sus palabras deberían asustarme, pero no lo hacen.

Sus ojos oscuros me engullen por completo, y siento de nuevo esa atracción que me aterra y emociona a partes iguales. Sé que está mal, pero hay algo en Dante completamente cautivador. Lucho contra el revoloteo en mi estómago y respondo a su pregunta: “Bueno, supongo que podría necesitar algún consejo”.

“¿Consejo?”, los ojos de Dante brillan con diversión. “Bueno, déjame darte un consejo. Elige siempre el color que te hable a ti, no la moda. A menos que, claro, te gusten el verde aguacate y el amarillo mostaza de los 70”.

Me río. “¿Qué, crees que no me quedaría bien rodeada de amarillo mostaza?”.

Su sonrisa se ensancha, haciendo su cara aún más atractiva de lo que creía posible. “Te quedarías bien rodeada de cualquier cosa”.

Los halagos no son algo a lo que esté acostumbrada. Se me acelera el corazón y niego con la cabeza, intentando librarme de la sensación. “No creo que eso sea algo que un cura deba decirle a una mujer”.

“¿Por qué no?”, replica Dante sin dejar de mirarme fijamente. El tono divertido de antes ha desaparecido, reemplazado por algo más oscuro. Noto que se me acelera el corazón, el revoloteo de mi estómago se intensifica. “¿Un cura no puede hacer un cumplido a una mujer?”.

“No a una mujer a la que comió anoche en medio de la iglesia”, susurro.

Sus ojos se oscurecen y da un paso hacia mí, cerniéndose. “Ten cuidado, Madison. No querrás que nadie te escuche, ¿verdad?”.

Me estremezco al oír el tono amenazador de su voz.

Casi sin aliento, respondo: “Perdón, no pensé...”.

Me interrumpe acercándose más, sin dejar de mirarme a los ojos. “Piensas demasiado”, declara en un susurro. “A veces es mejor sentir”.

La intensidad de su mirada y la carga eléctrica entre nosotros es abrumadora. Trago saliva con fuerza, intentando no pensar en lo mucho que lo deseo. “Quería que anoche me hicieras sentir, pero te negaste”.

Se tensa la mandíbula. “Porque no era el lugar ni el momento adecuados, pequeña cierva”. Se acerca tanto que apenas queda un centímetro entre nosotros. “No te preocupes. Tengo intención de hacerte mía cuando llegue el momento”.

Niego con la cabeza. “Te está prohibido estar con una mujer”.

Sus labios se tuercen, como si debatiera entre reír o fruncir el ceño. “Es cierto”, admite, y veo la lucha en sus ojos. “Pero no diré nada si tú no dices nada”.

Se me corta la respiración. “No diré nada”, prometo con voz temblorosa.

Los labios de Dante se curvan en una sonrisa y se inclina aún más, su aliento cálido rozándome la mejilla. “Bien”, murmura.

Su mano se alza y sus dedos me colocan con suavidad un rizo suelto detrás de la oreja. Su contacto hace que el corazón se me desboque en el pecho.

Miro a mi alrededor, dolorosamente consciente de que estamos en un lugar público, pero la tienda está bastante vacía.

“Tengo intención de hacerte sentir, pequeña cierva”, susurra cerca de mi oído. “De verdad sentir. Y cuando lo haga, no habrá vuelta atrás”. Sus palabras encienden un revoloteo de emoción en mi estómago. Prohibido o no, sé que estoy jugando con fuego. Pero con Dante no puedo evitar querer quemarme.

Su mirada no se aparta de la mía. “¿Te gustaría cenar esta noche en mi casa?”.

Parpadeo. “¿Se permite a los curas invitar a mujeres a cenar a sus casas?”, bromeo,

intentando aligerar la espesa tensión en el ambiente.

“Creo que hace tiempo que dejé de hacer lo que se me permite, ¿no te parece, pequeña cierva?”, se acerca aún más, su calor corporal me calienta a través de la ropa. Quiero besarlo, tocarlo, pero me contengo. “No se permite a los curas comerse a sus feligresas en la sagrada iglesia, y sin embargo, eso hice dos veces, ¿verdad?”.

Sé lo que significaría esa cena. Dante no quería cruzar la línea en la iglesia y quitarme la virginidad, pero la cena llevaría al sexo. Y es lo que quiero. Sé que es arriesgado y jugar con fuego, pero ¿no hemos saltado ya a las llamas? “Está bien”, digo, con la voz apenas por encima de un susurro. “Me gustaría”.

Sus ojos se iluminan y, por un momento, toda la oscuridad que suele nublar su mirada se desvanece. Caminamos por una senda peligrosa, pero es un camino que elegimos libremente.

10  
DANTE

MI PRECIOSA CIERVA NO TIENE NI IDEA DE LO QUE HA ACORDADO.

Ha acordado cenar con un hombre tan obsesionado con ella que se coló en su casa y se masturbó en su maldito armario. Soy corrupto. No tengo límites cuando se trata de mí. Y quiero corromper a Madison. Romperla, doblarla y volver a armarla, solo que diferente.

Su luz es como un maldito imán para mi oscuridad. Una oscuridad de la que he estado tratando de huir, tratando de enterrarla profundamente.

Ella juguetea nerviosamente con la manga de su camisa. “¿Cómo has estado?”, pregunta.

Sonríó con suficiencia. “¿Desde esta mañana? Bien”. Me gusta verla incómoda en mi presencia. Mi lado sacerdotal está completamente aniquilado. Quiero controlar su miedo y deseo de formas en las que no he pensado en cuatro años.

“Pareces un poco diferente”, observa.

Es poco decir.

“Quizás porque no estoy con mi atuendo de cura en este momento”.

Ella se muerde el labio inferior con inocencia, pero me pone más duro que una roca. Será un milagro si logramos pasar esta cena sin que la devore primero.

Ella intenta aligerar la atmósfera, con voz temblorosa: “¿Cuál es tu color favorito?”.

La miro fijamente. Es una pregunta simple, sin embargo, hace una eternidad que no pienso en mí mismo en términos tan inocuos. “Negro”, respondo con voz grave.

Ella arquea las cejas, pero no comenta nada.

“¿Y el tuyo?”.

Se sonroja, y la veo tragar saliva con dificultad: “Rosa”. El contraste entre nosotros no podría ser más marcado. Su respuesta demuestra que ella es una princesa de hadas y yo soy el monstruo esperando festejarla.

Asiento en respuesta, y nos quedamos en silencio por un momento. “Me temo que no soy muy buen cocinero, así que pedí comida para llevar de la cafetería”. Señalo hacia la pequeña mesa del comedor.

“Está bien. ¿Es de tu cafetería?”, pregunta.

Asiento. “Privilegios de ser el dueño”.

“Cierto, iba a preguntarte cómo tienes tantos negocios en Fordhurst”.

Una pregunta difícil de responder. Porque soy un hombre malo que hizo cosas malas y luego le robé una gran cantidad de dinero al mafioso para el que trabajaba y me largué. No puedo

decirle nada de eso. Nadie sabe sobre mi pasado, y se quedará así.

“Herencia”, respondo, siendo breve. La facilidad con la que sale la mentira es inquietante.

Ella no necesita saber la verdad. La verdad es una bestia, un perro rabioso que muerde y nunca suelta. Es una melodía de oscuridad y arrepentimiento. Una sinfonía de pecados demasiado imperdonables para expresar con palabras. Mi pasado es una cadena alrededor de mi cuello, recordándome para siempre lo que alguna vez fui.

“Oh”, dice ella, luciendo decepcionada con mi respuesta de una palabra. “Nunca te pregunté cuántos años tienes”.

Sonrío con suficiencia porque nuestra diferencia de edad es una capa adicional de pecado en esto. Tengo treinta y nueve años. Y Madison tiene veintitrés según su identificación falsa. Si esa parte es verdad o no es otra pregunta. “Treinta y nueve”, digo.

Sus ojos se abren un poco. “Oh, pensé que eras más joven”.

“¿Cuántos años tienes?”, exijo.

“Veintitrés”.

“Diferencia de dieciséis años. ¿Eso es demasiado pecaminoso para ti?”, pregunto en tono de broma.

Ella niega con la cabeza. “No, creo que lo hace más ardiente”.

Me río de su desvergüenza. “¿Quieres una copa, cierva?”.

Asiente. “Sí, agua, por favor”.

“¿No vino?”, señalo la botella abierta en la mesa de centro.

Ella frunce los labios. “Tomaré una copa”. Quizás necesite algunas más para sobrevivir una noche conmigo.

Mientras vierto el vino, observo cómo el líquido carmesí oscuro se arremolina en su copa, contrastando fuertemente con la delicadeza pálida de sus manos.

“Brindemos por una noche memorable”, hago un brindis, y sus ojos se encuentran con los míos. En ellos veo el baile de la inocencia atraída por la llama de lo desconocido. Deseo protegerla de la oscuridad de nuestro mundo, pero esta noche no se trata de protección. Se trata de reclamarla como mía.

Ella asiente, dando un sorbo a su vino. “Mis padres rara vez me dejan beber”.

Arqueo una ceja. “¿Por qué no les pediste ayuda a tus padres?”.

Mastica su labio. “Porque fueron ellos los que me obligaron a casarme con mi esposo”.

Las palabras se deslizan de su boca como veneno, envenenando el aire entre nosotros. Una ira fría y cortante se enciende en mis venas, más caliente y potente que cualquier whisky. Mi mano se aprieta alrededor del cuello de la botella. “¿Ellos hicieron qué?”, rugo, mi voz es un retumbo bajo de truenos en la habitación silenciosa. “Esos malditos bastardos”, siseo por lo bajo. Se supone que sus padres deben protegerla, no entregarla a un hombre que la lastimaría.

La furia es tan palpable que casi puedo saborearla.

Ella se estremece ante mis palabras, con los ojos muy abiertos y temerosos. Ha visto un atisbo del monstruo dentro de mí, y solo puedo preguntarme cuánto tiempo pasará antes de que salga corriendo gritando hacia la noche. “No son buenas personas”, susurra.

Me reclino en el mullido sofá, el cuero cruje bajo mi peso. “Pero tú eres una buena persona. Atrapada en una situación de mierda”.

Ella asiente, sus ojos brillando tenuemente a la luz. Su vulnerabilidad me llama y provoca a la bestia que acecha dentro de mí, pero me contengo. Me contengo porque esto no se trata de mí. Se trata de ella.

“Nadie se merece eso”, digo. “Te mereces algo mejor”.

Ella parpadea hacia mí, una sola lágrima se desliza por su mejilla. “¿Por qué...?” Su voz falla, su mirada se dirige a sus manos. “¿Por qué eres tan amable?”.

Me encojo de hombros. “Quizás hay una parte de mí que no está tan jodida. Una parte que reconoce algo hermoso cuando lo ve. Y quiero protegerlo y atesorarlo”. Y tal vez, solo tal vez, esa parte de mí es más fuerte de lo que me gustaría admitir. No agrego eso porque ella necesita ver al verdadero hombre debajo de la sotana esta noche. Tenemos que ver los verdaderos colores del otro y descubrir si podemos aceptarnos tal como somos.

“Suficiente de eso, vamos a comer”, digo, aliviando la tensión.

Me levanto del sofá y me dirijo a la cocina. El tintineo de los cubiertos y platos es una bienvenida distracción de nuestra conversación. Coloco dos platos en la pequeña mesa del comedor, saco el bistec y las papas fritas de la cafetería del horno y sirvo la comida.

“Ven y siéntate”, ordeno.

Ella se levanta reluciente del sofá y se sienta, colocando su vino en la mesa. “Se ve delicioso, aunque no lo hayas cocinado tú”.

Me siento frente a ella. “No sabía qué comida te gusta”.

“El bistec es perfecto”.

Le sonrío mientras se produce un lapso en la conversación. Pero no es incómodo; ambos estamos demasiado enfocados en la comida.

Mientras comemos, el silencio está cargado de cosas no dichas. El aire está electrizado con esa tensión eléctrica que nos sigue. “Entonces, Madison”, comienzo, mi voz cortando el silencio, “¿cuáles son tus sueños?”.

Ella levanta la vista, sorprendida por la pregunta. “¿Sueños?”.

“Sí, ¿qué quieres de la vida? ¿Cuál es tu mayor aspiración?”, pregunto.

Mastica, tomándose un momento antes de responder. “Supongo que no lo he pensado mucho porque he estado huyendo, pero quiero ser feliz”. Su voz es suave. “¿Y tú?”.

Hago una pausa porque nadie me había preguntado eso antes. Sueños. La mayor parte de mi vida ha sido una maldita pesadilla, así que nunca me he permitido tener sueños. En cambio, convertirme en sacerdote fue lo más cercano que llegué a algún tipo de paz, y sin embargo, estoy jodiendo eso con esta chica. “Paz”, respondo.

Su ceño se frunce. “¿Qué quieres decir?”.

La miro a los ojos y suspiro. “Antes de convertirme en sacerdote, no era un buen hombre. La paz era todo lo que podía esperar, y creo que la había encontrado hasta...” No quiero culparla por lo que está pasando entre nosotros. Soy tan culpable como ella.

“¿Hasta?”, presiona.

“Hasta ti”. No puedo mentir. Ella es la razón por la que mi mundo se ha inclinado sobre su eje. La razón por la que he vuelto al lado oscuro y me he convertido en un maldito acosador, entrando a su casa. Y sin embargo, no es su culpa. Estas tendencias perversas son parte de mí. Una parte que he estado tratando de enterrar profundamente.

“¿Yo?”, los ojos de Madison se ensanchan. “¿Qué he...?”, hace una pausa, el aire de repente se vuelve pesado a nuestro alrededor.

“No eres como las demás chicas. Eres una tormenta, Madison. Y yo soy un barco perdido en el mar”.

Ella se mofa, poniendo los ojos en blanco. “Esa es una metáfora bastante dramática, ¿no crees?”.

“Quizás”, admito. “Pero es la verdad. Llegaste a mi vida como un torbellino, poniendo todo patas arriba. Y ahora, no puedo... no volveré a cómo eran las cosas”.

Ella entiende. Veo el destello de fuego en sus ojos ante mi declaración. Rompí mis votos dos veces en la maldita iglesia, lamiendo y metiendo mis dedos en su dulce coñito. Y ahora que he probado, no hay forma de detener esto.

“Pero no puedes...”

Gruño, interrumpiéndola. “Te advertiré solo una vez. No me gusta que me digan que no puedo hacer algo”.

Sus ojos se ensanchan una fracción mientras traga su último pedazo de bistec. La observo terminar sus papas, lavándolas con un gran trago de vino.

El silencio cargado llena el aire. “Ve y siéntate en el sofá”, ordeno.

Me mira y luego asiente, levantándose y caminando hacia el sofá. Mi polla palpita en mis pantalones mientras observo sus caderas balancearse de lado a lado. La quiero follar tan mal, pero sé que no podré ser gentil. Seguramente, eso es lo que ella se merece para su primera vez, pero no hay un solo hueso gentil en mi cuerpo. Y no estoy seguro de estar listo para que esta danza prohibida de pasión termine esta noche. Puedo jugar con ella, pero reclamarla necesita ser pensado y planeado adecuadamente.

Ella juguetea con sus dedos y pulgares mientras me siento a su lado.

“¿Quieres divertirme un poco, cierva?”, pregunto.

“¿Qué tipo de diversión?”.

Ladeo la cabeza. “¿Disfrutaste el juego de cera?”.

Sus mejillas se enrojecen y asiente. “Sí, el dolor fue...” Se detiene, como si no pudiera encontrar una forma de describirlo.

“Placentero?”, termino por ella.

“Sí”.

Here is the text rewritten in Spanish from Spain:

—Bien, porque quiero mostrarte más formas de usar el dolor para que te corras con fuerza —dice.

Ella se muerde el carrillo por dentro—. ¿Vas a follarme? —pregunta.

Sonrí ante su impaciencia—. No esta noche —respondo.

Su mandíbula se tensa—. ¿Por qué no?

Me río, profunda y oscuramente—. Dulce cierva, cuando te folle estarás tan desesperada por ello. Tan necesitada. Tan hambrienta. Me suplicarás, me rogarás que esté dentro de ti —dejo escapar un gruñido grave, mi voz bajando una octava—. No solo te tomaré. Te poseeré. Cada parte de ti. Tu cuerpo conocerá mi tacto como si fuera una segunda piel. Anhelarás mis dedos, mis labios, mi polla. Cada centímetro de ti gritará por mí, y solo por mí. Por eso no esta noche. Porque cuando te reclame, no habrá vuelta atrás. Serás total y absolutamente mía.

Su respiración se entrecorta, los ojos muy abiertos y los labios ligeramente separados, y sé que he dejado clara mi postura.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —pregunta.

Sonrí ante la pregunta—. ¿Confías en mí?

Su mandíbula se tensa y asiente—. No debería, pero confío —admite.

No puedo evitar reírme ante su confesión—. Eso es suficiente para mí —digo. Me levanto y le extendo la mano—. Ven conmigo, pequeña cierva —ordeno, y ella pone su mano en la mía.

Caminamos en un silencio cargado de tensión mientras la guío hacia mi dormitorio.

La siento tensarse cuando abro la puerta, revelando la habitación donde planeo explorar y expandir sus límites. Donde planeo provocarla y tentarla hasta que no pueda recordar su propio nombre, solo el mío.

—Siéntate en la cama —ordeno mientras cierro la puerta.

Ella mira la cama y luego a mí. Con una mirada nerviosa hacia mí, se sienta en la cama. La visión de ella esperando a que le haga cosas indecibles la pone más dura que las uñas.

—Buena chica —murmuro—. Lo estás haciendo muy bien.

Su pecho sube y baja con más fuerza cuando se da cuenta de la cinta adhesiva—. ¿Qué vas a hacer con eso? —pregunta.

—Usarla para inmovilizarte —admito—. ¿Eso te asusta?

Se lame los labios y niega con la cabeza—. No —dice.

Me sorprende su respuesta—. Si algo se vuelve demasiado, debes decir "confesional". Será nuestra palabra de seguridad, ¿entendido?

Asiente—. Sí, creo que sí —dice.

Me sorprende que mi pequeña cierva no esté más reacia a ser atada. Quiero poner a prueba los límites de Madison, así que me acerco a ella—. Y voy a quitarte la vista, ¿de acuerdo? —Cojo un antifaz y se lo pongo sobre los ojos.

Se estremece visiblemente—. De acuerdo —suspira.

—Y voy a hacerte cosas que podrían sorprenderte —advierto.

—¿Cómo cuáles?

—Espera y verás, pequeña cierva.

—Sin previo aviso, presiono el vibrador contra su clítoris, y ella se arquea y grita sorprendida. —¡Dante! —dice mi nombre mientras sigo presionando el vibrador contra su clítoris, disfrutando de cómo se retuerce.

—La vibración es implacable y persistente mientras la provoco. Se retuerce, gimiendo, el sonido primigenio. No puedo resistirme a agacharme, mi boca dejando un rastro de besos ardientes a lo largo de su muslo interior, arrancándole un sollozo amortiguado—. Te gusta eso, ¿eh? —Ahora la estoy provocando, prolongando su deseo hasta que es un lío tembloroso debajo de mí.

—Sí —Su respuesta es forzada.

Detengo todo movimiento, dejándola jadeando.

Aquí viene la parte que podría doler, pequeña cierva —mi mano se envuelve alrededor del látigo que había colocado debajo de mi cama, mis dedos recorren las tiras de cuero—. Ella se muerde el labio en anticipación, miedo y emoción. Entonces, sin previo aviso, lo azoto contra su estómago. Ella grita, el sonido resuena en las paredes.

Una y otra vez, descargo el látigo, cada latigazo arranca de ella un grito que es mitad placer, mitad dolor. La veo retorcerse, su cuerpo se arquea bajo el látigo. Hay algo adictivo en la forma en que soporta el dolor, en cómo sus labios se separan en un grito silencioso con cada golpe.

Me sorprende cuando jadea: «Más...» Su voz es un susurro, apenas audible.

Me detengo, mirándola fijamente.

—¿Más dolor? —confirmo.

Ella asiente en respuesta. Una parte de mí desea poder mirar en sus ojos y ver qué demonios la atormentan. No puedo evitar preguntarme por qué anhela y necesita esto. El recuerdo de ella hablando de su ex abusivo destella en mi mente.

*¿Es esta su forma de sobrellevarlo?*

Desecho el pensamiento, enfocándome en la mujer ante mí, su cuerpo maduro y enrojecido y pidiendo más. Y se lo doy. Porque una chica tan adicta al dolor es mi igual perfecta. Me encanta dárselo.

—Oh joder, Dante. Voy a...

Dejo de azotarla y envuelvo mi mano alrededor de su garganta, bloqueando su exclamación, y luego empujo tres dedos dentro de su coño para sentir su liberación. —Pequeña cierva sucia, viniendo solo del dolor. —Presiono mis labios contra su cuello mientras se estremece contra mí, sus músculos apretando con fuerza mis dedos—. Tan jodidamente perfecta —murmuro.

La respiración de Madison es errática cuando libero su garganta, sabiendo que la falta de oxígeno habría hecho su orgasmo mucho mejor. —¿Cómo te sientes?

Ella no habla por un tiempo, enfocándose en recuperar un patrón normal de respiración. —Increíble —finalmente logra susurrar—. ¿Vas a desatarme?

Sonríó ante su ingenuidad. —Estamos lejos de terminar. Me toca sentir algo bueno —respiro.

Se estremece cuando la levanto y la coloco boca arriba para que quede acostada con la cabeza fuera de la cama, el cuello apoyado en la esquina del colchón. —¿Qué estás...?

La silencio colocando la cabeza de mi polla contra sus labios. —Voy a follarte la garganta —digo—. Y dado que no hay forma de que puedas decir una palabra de seguridad, tendrás que chasquear los dedos si necesitas que me detenga. ¿Puedes intentarlo?

Ella logra chasquearlos a pesar de estar atada.

—Buena chica. Ahora abre para mí.

Gime y abre la boca voluntariamente, permitiendo que mi polla se deslice dentro.

Sus labios se cierran alrededor de mí, el terciopelo cálido de su boca enviando descargas de placer por mi columna vertebral. Agarro un puñado de su cabello, guiando mi polla más profundamente en su garganta, la estrecha constricción me hace gemir. Comienzo a embestir, despacio al principio, dejándola acostumbrarse a la profundidad. Cada empujón la hace atragantarse, lágrimas corriendo por sus mejillas, empapando la venda. —Hermosa —gruño, bombeando en ella más rápido, más fuerte. Los sonidos de ella ahogándose, esforzándose por respirar, me excitan como nada más.

Sus manos se contraen, sus dedos chasquean, y al instante saco mi polla, permitiéndole recuperar el aliento. —¿Estás bien? —le pregunto, acariciando su cabello.

Su pecho sube y baja mientras traga aire a bocanadas. —Sí, solo necesitaba un segundo. —Abre la boca—. Sigue.

Sonríó y vuelvo a alinearme con sus labios. —Intenta respirar por la nariz, pequeña cierva.

Empujo mi polla de nuevo en su boca, mis manos aferrando su cabello. El control y el poder que me da son embriagadores. Embisto duro y rápido, disfrutando los sonidos de arcadas que vienen de ella cada vez que golpeo la parte posterior de su garganta.

Cada embestida se acompaña de un esfuerzo concentrado para respirar por la nariz. Se está adaptando y aprendiendo, y la parte sumisa de ella parece amarlo.

—Joder, me estás tomando tan bien —gruño, mi agarre en su cabello se tensa mientras follo su garganta—. Te gusta eso, ¿no es así, chica sucia? Ahogándote con mi polla, dejándome follar esta linda boquita —empujo con más fuerza, un gruñido bajo escapa de mi pecho al ver sus mejillas surcadas de lágrimas y la humedad que mancha su antifaz—. Me pones tan jodidamente duro, ¿lo sabías? Cada arcada, cada lágrima, es como el puto cielo —puedo sentirla luchando por respirar por la nariz, sus dedos se estremecen pero no chasquean—. Así es, sigue. Tómallo todo, justo así.

Su cuerpo tiembla con una necesidad primal, cruda. Está tan perdida en la sensación que llega al clímax, gritando alrededor de mi polla mientras su cuerpo se estremece.

—Dios, eres una cosita tan codiciosa, ¿no? —gruño, mi mano agarra su cabello aún más fuerte, el ritmo de mis embestidas se vuelve más errático—. Viniéndote solo de chupar mi polla,

chica sucia. Te encanta tanto eso, ¿no es verdad? —las palabras se derraman de mis labios en un gruñido ronco, un oscuro escalofrío me recorre al oír su gemido amortiguado alrededor de mi longitud—. Joder, al verte así... Que me tomes así, es demasiado —con un rugido primal, la tensión estalla, el placer me recorre mientras me vengo en su boca. La vista de ella, la sensación de ella, me empuja al límite, mi cuerpo tiembla mientras cabalgo las olas de mi liberación.

Ella traga hasta la última gota de semen, su respiración se entrecorta mientras sobrelleva las réplicas de su orgasmo.

Cuando finalmente salgo, su pecho sube y baja, sus labios brillan con mi semen y su saliva. La venda sigue en su lugar pero empapada en lágrimas. Al verla así, es la imagen más hermosa del mundo. Y sé que no hay vuelta atrás. Esto es lo que somos ahora. Crudos, primales y absolutamente irremediabilmente entrelazados. No importa lo peligroso que pueda ser.

## MADISON

UNA SEMANA DESPUÉS, NO HE TENIDO NOTICIAS DE DANTE. NI SIQUIERA HA IDO A LA LIBRERÍA, lo cual es inusual. Normalmente, pasaría al menos una vez al día. Lo he visto a lo lejos pasando, pero nunca ha estado cerca.

Me pregunto si mi disposición a estar tan jodida por él lo asustó. Quizás pensó que yo era esta dulce e inocente cosita que él pretendía corromper. Una vez se dio cuenta de que mi vida de mierda ya me había hecho eso, decidió que ya no estaba interesado.

—¡Madison! Me alegra tanto que hayas podido venir —Eva me envuelve en un abrazo.

Sonríó y se lo devuelvo—. ¡Gracias por invitarme! —grito sobre la música fuerte—. Es bueno salir de esa cabaña.

Ella sonríe—. ¡Tessa quería mucho que vinieras! Dijo que tenemos que llegar a conocerte mejor. —Me toma de la mano y me arrastra a través de la multitud en su sala de estar. Harper acaba de cumplir veinticinco, así que le organizó una fiesta.

Me caen bien Eva y sus amigas, pero no quiero encariñarme demasiado con ella. Al final, él me encontrará. Siempre lo hace. Espero que no se lo tomen personal cuando desaparezca sin decir palabra.

—Eva, ¿quiénes son todas estas personas? —pregunto, mirando a mi alrededor.

—Amigos de la escuela. Esos son Darren y Tom allá —señala a dos chicos junto a la mesa de bebidas—, y conoces a Jack, por supuesto.

—¡Eh, Madison! —Darren saluda con una amplia sonrisa. Tom, alto y atlético a su lado, simplemente alza su vaso en mi dirección.

Jack se acerca, con una cerveza en la mano—. ¡Madison, estás aquí! —Su amigable sonrisa me hace relajarme un poco.

—No me perdería el cumpleaños de Harper, ¿no? —respondo, sonriendo.

—¿Quién se perdería una fiesta como esta? —interviene Harper, apareciendo de entre la multitud—. Madison, me alegra mucho que hayas venido.

—Gracias —digo, sonriendo—. Feliz cumpleaños, Harper.

—Gracias —dice ella.

De repente, Tessa aparece del mar de fiesteros con una copa de champán—. ¡Madison, ahí estás! —irradia, pasando un brazo por mis hombros—. Empezaba a pensar que nos habías dejado plantados. No podemos permitir que te conviertas en una ermitaña ahora, ¿no? —Se ríe, y el sonido resuena en la ruidosa habitación.

Riley, la callada, simplemente me da un asentimiento desde donde está sentada—. Me alegra verte, Madison —dice, y casi no se escucha su voz sobre la música.

—Eva, ¿alguna vez nos presentarás a tu nueva amiga? —bromea Darren, acercándose a nosotras—. ¿O estás planeando quedártela para ti sola?

—¡Darren, cállate! —replica Eva, y sus mejillas se ruborizan ligeramente—. Madison no es un objeto para pasar de mano en mano.

—¡Oye, no lo decía así! —protesta Darren, riendo.

—Claro, Darren —interviene Tom, sorbiendo su bebida—. Igual que no lo decías la última vez, ¿verdad?

Las chicas comparten una risa—. Darren es todo palabras —me asegura Harper, poniendo los ojos en blanco—. Es inofensivo.

—¿Todo palabras, eh? —Darren finge sentirse ofendido, llevándose una mano al corazón—. Eso duele, Harper.

—Ah, supéralo —murmura Riley, haciéndole un gesto despreocupado con la mano—. Sobrevivirás.

—¿Sobrevivir? ¿Yo? —Darren finge un dramático jadeo—. Estoy herido. Sé buena conmigo.

—¿Ser buena contigo? —replica Riley, y una rara sonrisa se asoma a su rostro—. Ni en esta vida.

—¡Riley, eres tan fría como el hielo! —exclama Darren, agarrándose el pecho—. ¿Alguien más siente este frío?

—Solo contigo —interviene Jack, riendo—. Solo contigo.

Las risas y bromas continúan, haciéndome sentir cómoda y bienvenida. Jack se acerca más a mí.

Le sonrío. Es guapo a la manera de un chico de fraternidad, con el pelo rubio corto y bien afeitado. Supongo que ha estado bastante coqueto últimamente en nuestro camino al pueblo, pero inofensivamente. Es el tipo de hombre al que debería sentirme atraída, considerando mi experiencia con mi tipo habitual. Los chicos malos son precisamente eso. Malas noticias.

—¿Cómo lo estás pasando en la fiesta? —pregunta Jack, con la voz baja.

Me encojo de hombros—. Es divertido. Son geniales.

—Por supuesto que lo somos —sonríe Jack, inclinándose más cerca, sus ojos azules centelleando—. ¿Quieres saber qué pienso de ti, Madison?

Trago saliva con dificultad, sin que se me escape el tono coqueto de su voz—. Claro —respiro.

—Misteriosa, hermosa y un poco enigmática —sonríe, mostrando unos dientes blancos y rectos perfectos que combinan con su aspecto de buen chico estadounidense—. Definitivamente intrigante.

Me río, negando con la cabeza ante su descarado intento de adularme, y trato de quitárselo de encima—. Bueno, puedo asegurarte que no soy para nada misteriosa. Lo de enigmática es definitivamente una exageración —Doy un sorbo a mi bebida.

Jack me estudia, su mirada se demora demasiado para ser solo amistosa—. Quizás, pero estoy dispuesto a descubrir la verdad. ¿Qué te parece si te llevo a cenar en algún momento? —Su proposición queda en el aire, pero todo en lo que puedo pensar es en el hombre al que he estado tratando de olvidar. Dante.

Inhalo profundamente, con el corazón desbocado en el pecho—. Quizás —digo, sonriendo.

Jack parece sorprendido. No estoy de acuerdo inmediatamente, pero asiente con una pequeña sonrisa. Puedo decir que no está acostumbrado a que lo rechacen. No es que lo haya rechazado

exactamente. No puedo tener citas ahora, no cuando todo en lo que puedo pensar es en el sacerdote con el que he estado cruzando la línea. —¿Cómo va el trabajo?

Trago saliva con fuerza—. Va muy bien. Me encanta trabajar en la librería. ¿Cómo va el trabajo en el periódico?

—Va bien. Soy el redactor jefe y el jefe, lo cual es divertido.

Guau. No esperaba que Jack tuviera un puesto así, incluso si esto es solo un pueblo pequeño —. Eso es impresionante a tu edad.

Él sonríe—. Bueno, mi abuelo era el redactor jefe antes que yo, pero se estaba haciendo demasiado viejo.

Asiento. Política de pueblo pequeño. A Jack le garantizaron el trabajo porque su abuelo se lo consiguió, no porque obtuviera el puesto por habilidad o mérito—. Ya veo. Debe ser divertido, sin embargo, ser periodista.

Parece pensativo por un momento—. Es divertido, pero puede ser aburrido en un pueblo como este. No hay mucho que escribir.

Asiento en respuesta, echando un vistazo por encima del hombro porque siento que alguien me está mirando. Nadie destaca. Así que debo estar paranoica. Eric es bueno encontrándome, pero me sorprendería que me hubiera encontrado tan rápido. Normalmente le lleva un mes o dos. Espero que esta vez le lleve más tiempo ya que este pueblo es más pequeño que cualquier otro que haya elegido.

—¿Estás bien? —pregunta Jack.

Vuelvo mi atención a él—. Sí, perdona. Estaba distraída.

Eva me toma del brazo—. Vamos, Madison. Tienes que tomar unos chupitos conmigo.

Soy una borracha terrible. Una vez, cuando tenía diecinueve años, bebí demasiado en un evento elegante de mis padres y me hice el ridículo. Nunca más me dejaron beber hasta el día de mi boda. Esa fue la última vez que los vi. Y sé que si pudieran, me arrastrarían de vuelta con Eric y mirarían mientras me colgaba y torturaba. Mis padres son malas personas, al igual que el hombre al que me vendieron.

—Te advierto, soy torpe cuando estoy borracha.

Eva se ríe—. ¿Y quién no? No te preocupes, solo no rompas el jarrón de premio de mis padres. —Asiente hacia un jarrón de aspecto feo sobre un aparador.

Mi ceño se frunce—. Si es la posesión más preciada de tus padres, ¿por qué no lo escondiste?

Ella se ríe—. Estaba bromeando. A los dos les desagrada, pero mi abuela se los regaló, así que se sienten obligados a exhibirlo —Se encoge de hombros—. Si lo rompieras, les harías un favor. —Me arrastra hacia una mesa preparada con ponche y licores.

—¿Vodka? —pregunta.

Hago una mueca—. Si debo.

Ella se ríe—. Vamos, necesitas soltarte un poco. Estás demasiado tensa.

Es cierto. Estoy demasiado tensa. Pero tengo una buena razón para estarlo. Mi vida ha estado llena de peligro, y siempre espero lo peor. Aun así, mientras las risas y las charlas llenan el aire, no puedo evitar sentir una sensación de seguridad temporal en este pequeño pueblo. Como si tal vez finalmente hubiera encontrado un lugar al que pertenecer.

Lo cual es un sentimiento peligroso, ya que solo puede llevar a la desilusión. Es por eso que normalmente me mantengo para mí misma.

—Voy a ir a saludar a algunos de los otros invitados. ¿Nos vemos más tarde? —pregunta Eva.

Asiento, aunque la idea de mezclarme sola revuelve mi estómago. Sin embargo, esbozo una

sonrisa—. Claro, ¡hasta luego!

Ella se aleja para saludar a un grupo de chicos cerca de la esquina. De repente, siento una mano en mi cintura y me doy la vuelta para encontrar a Jack detrás de mí.

—¿Qué te parece si nos vamos de aquí y vamos a un lugar más tranquilo? —pregunta, claramente más borracho que antes.

Sonríó—. Lo siento, no tengo ganas ahora mismo.

Sus ojos se oscurecen—. Vamos, no seas mojigata —Me arrastra de la muñeca e intenta sacarme de la habitación.

Me suelto de un tirón—. Dije que no, Jack.

Me mira con odio y está a punto de agarrarme de nuevo cuando una enorme figura emerge de una esquina oscura. Mi corazón se acelera en la caja torácica cuando el hombre lleva una máscara—. Ella dijo que no, imbécil —gruñe.

Esa voz.

*Dante.*

Trago saliva con fuerza, dándome cuenta de que es por eso que lleva una máscara.

*¿Qué coño está haciendo en una fiesta como esta?*

Si alguien lo reconociera, habría un escándalo. Un sacerdote no puede estar de fiesta con adultos jóvenes bebiendo alcohol.

—Sí, ¿y a ti qué te importa? —pregunta Jack, pero cuando se da la vuelta, palidece.

El tamaño de Dante impone, incluso más cuando lleva una maldita máscara de esquí como algún criminal—. Aléjate o te arrepentirás —advierde, tronándose los nudillos.

Jack se aleja tan rápido que desaparece entre la multitud.

Los oscuros ojos de Dante me traspasan a través de los agujeros de la máscara, ardiendo de rabia—. Vendrás conmigo —dice, y por primera vez temo al hombre que lleva el hábito.

El agarre de Dante en mi brazo es firme. Me está arrastrando a través de la multitud, y los cuerpos se apartan ante la imponente figura. Estoy demasiado atónita para resistirme, mi mente es un torbellino de preguntas, miedo y una inexplicable curiosidad incipiente. Abro la boca para protestar, pero ya me está guiando fuera de la fiesta, al frío aire nocturno.

—Dante, ¿qué está pasando? —finalmente logro articular, mirándolo. Su rostro sigue oculto por la máscara, pero sus ojos, esos familiares e intensos ojos, se clavan en mí. No responde; sigue caminando, llevándome lejos de la casa de Eva y hacia una motocicleta.

Me estremezco al verla porque la reconozco. Ha estado estacionada afuera de mi cabaña numerosas veces por las noches. Siempre me pregunté de quién era. Y de repente, el peligro de la situación me golpea.

*¿Me ha estado acechando?*

—Me has estado acosando —lo acuso.

Su única respuesta es un gruñido no comprometedor mientras me lanza un casco. Lo atrapo por reflejo, mirándolo en mis manos. Se pone su casco sobre la máscara de esquí. Puedo decir que me está observando, esperando protesta o desafío. Pero por alguna razón, no puedo convocar ninguno de los dos.

En cambio, me pongo el casco.

La risa de Dante es baja y áspera, como grava. Se sube a la moto, dando una palmada al espacio detrás de él. Dudo un instante antes de unirme a él, rodeando su cintura con mis brazos. Está caliente, y a pesar del miedo zumbando en mis venas, no puedo evitar inclinarme hacia él.

La motocicleta ruge a la vida y desaparecemos en la noche, dejando atrás la música pulsante y las carcajadas estridentes. Su acecho y obsesión se sienten como mi salvavidas, un extraño faro

en este mundo que alguna vez me resultó ajeno. Mi vida se ha convertido en un torbellino de miedo, amenazas veladas y miradas furtivas. Y en el ojo de esa tormenta está Dante Jensen. El sacerdote. Mi acosador. ¿Mi salvador?

Mientras nos alejamos a toda velocidad, entierro la cara en su espalda.

—¿Qué está pasando? —me pregunto. Pero, mientras el viento me azota el pelo y el motor ruge en mis oídos, me doy cuenta de que aún no tengo las respuestas. Todavía no.

## DANTE

LOS TERRENOS DE LA IGLESIA ESTÁN EN SILENCIO. ESTOY AGRADECIDO DE QUE MI CASA EN LOS terrenos esté lo suficientemente lejos del pueblo para que nadie nos vea. Presiono el botón del mando a distancia para que se levante la puerta del garaje y espero a que se eleve mientras Madison se aferra fuertemente a mí. Su aroma a lirios y lavanda me acerca peligrosamente al límite.

Está loca. ¿Por qué demonios fue a esa fiesta? ¿Y por qué coqueteaba con Jack? Cuando lo vi ponerle las manos encima, supe que no podría detener mi carnicería. La gente me miraba raro, por llevar esa máscara, pero no podían verme. Nadie puede conocer la verdadera naturaleza de mi obsesión con esta chica.

Aparco la moto en su lugar habitual y me bajo, quitándome el casco y la pasamontañas. Madison permanece como una estatua, con el casco todavía puesto. —Bájate —exijo.

Ella no se mueve. Frustrado y ligeramente preocupado, le arranco el casco de la cabeza. Su pelo cae como una cascada sobre sus hombros, y sus ojos están tan llenos de miedo que casi me duele físicamente.

—Entra —ordeno, intentando mantener la voz firme. Mis manos tiemblan. No puedo dejar que mi pequeña cierva vea cuánto la deseo. Cuánto la anhele.

Ella se mueve lentamente, sus temblorosas manos se aferran para bajarse de la moto. El miedo en sus ojos no disminuye, pero sigue mi orden. Siempre sigue mis órdenes.

La sigo, incapaz de apartar la mirada de ella. Camina despacio, casi con miedo a hacer un movimiento erróneo. Cuando llega a la puerta principal, se vuelve para mirarme. El miedo sigue ahí, pero también hay algo más. ¿Confusión? ¿Curiosidad? No puedo saberlo.

La rodeo y abro la puerta principal. Se estremece cuando mi cuerpo roza el suyo.

Un escalofrío me recorre la espalda, pero lo ignoro. —Entra —susurro con voz ronca.

Ella se tensa pero da un paso adentro, mirando la oscura casa.

Cierro la puerta tras de mí, atrapándola dentro conmigo. Esa idea me hace estremecer. Soy un monstruo. Pero no me importa. Ella está aquí. Es mía. La oscuridad en mi interior ruge de satisfacción.

La observo un momento, contemplando la visión de ella de pie en mi vestíbulo. El miedo persistente en sus ojos hace que algo se retuerza dentro de mí con un enfermizo placer.

—Te he estado observando, Madison —confieso, y mi voz resuena en la silenciosa casa.

Ella se muerde el labio inferior. —Lo sé, sentí que me observabas en la fiesta, y...

—No —la interrumpo—. No solo esta noche.

Contiene la respiración. —¿En mi cabaña? He visto tu moto aparcada allí —confirma.

Asiento. —Desde nuestro primer encuentro, te he estado vigilando fuera de tu cabaña mientras vas de un lado a otro. —Mis ojos se estrechan—. Mientras te vistes en tu dormitorio, observándote desde el bosque de detrás.

Su garganta se mueve al tragar. —¿Por qué?

—Estoy obsesionado contigo —confieso.

Ella se estremece.

—Incluso he entrado en tu cabaña, pequeña cierva, mientras tú estabas allí también.

Su ceño se frunce. —¿Qué?

—Me colé para echar un vistazo, y te manchaste la camiseta y fuiste al dormitorio. No tuve más remedio que meterme en tu armario y luego... —Inhalo profundamente mientras las imágenes tan calientes inundan mi mente—. Y luego te desnudaste y te complaciste para mí. Y me masturbé viéndote. Me corrí sobre tu ropa.

La comprensión aparece en sus ojos. Quizás se ha estado preguntando qué causó ese desastre.

—Estás loco —murmura, con un atisbo de miedo y disgusto en la mirada. Pero también hay intriga. Está repelida pero curiosa.

Doy un paso hacia ella. —Quizás. Quiero arruinarte —le digo, con la voz apenas por encima de un susurro—. Quiero follarte hasta que grites, suplicando que pare. —Mis ojos no se apartan de los suyos—. Quiero tenerte atada, indefensa, gritando por mí.

Su respiración se acelera, su pecho sube y baja con cada jadeo.

—Sí, estoy retorcido de formas que incluso me asustan —admito, con la voz áspera—. Pero eres tú, Madison, la que me ha hecho esto. Has despertado la oscuridad. Y ahora no puedo parar. No quiero parar. —Le acaricio la mejilla con los dedos.

Ella se estremece pero no se aparta. Una pequeña victoria.

Sus labios se separan, una pregunta se demora allí. Pero no la expresa. En cambio, me mira con los ojos muy abiertos, el miedo y la curiosidad luchando en su interior. Puedo ver los engranajes girando en su cabeza, luchando con la verdad de lo que he revelado. De lo que soy. De lo que quiero. De lo que tengo la intención de hacer.

—¿Mi oscuridad te excita? —pregunto.

Su garganta se mueve y asiente levemente.

Gruño, agarrándola del cuello y besándola con fuerza. —Buena chica —murmuro contra sus labios—. Porque si pensabas que lo que te hice la semana pasada estaba jodido, estás a punto de vivir una experiencia aún más intensa esta noche.

Cuando nos separamos, parte de su confianza ha regresado. —¿Puedes ponerte la máscara?

Arqueo una ceja, ladeando la cabeza. —¿Mi pequeña cierva también alberga oscuridad?

Su garganta se mueve y asiente. —Sí, pensé que te habrías dado cuenta después de la semana pasada. —Frunce los labios—. ¿Por qué te has mantenido alejado desde entonces?

Sonrío. Madison me ha echado de menos. Qué buena chica. Me mantuve alejado porque sabía que no podría contener la oscuridad. Que vendría a consumirnos a ambos. Resulta que ella lo desea. Ansía lo oscuro y retorcido.

—Porque me preocupaba lo que habías desatado —confieso, con la voz apenas un susurro, mientras le acaricio la mejilla—. Tenía miedo de que mi oscuridad te tragara por completo. De que te ahogaras en el caos que prospera dentro de mí —admito, sin apartar mis ojos de los suyos.

Ella sostiene mi mirada y un entendimiento silencioso pasa entre nosotros. No tiene miedo. Está intrigada. Quizás incluso emocionada. Esta revelación no la aterroriza; la enciende.

—Mi pequeña cierva es más loba de lo que pensaba.

—Quizás. —Se muerde el labio inferior—. ¿Vas a hacerme daño?

Odio ansiar su dolor. Ansío sus gritos. —Sí. —Es una respuesta simple, y un destello de miedo entra en sus ojos.

—¿Cómo mi esposo me hizo daño? —pregunta.

Gruño y niego con la cabeza, agarrando un mechón de su pelo y tirando de su cabeza hacia atrás. —¿Cómo te hizo daño?

—Solía golpearme hasta que tenía moretones por todo el cuerpo, pero nunca donde alguien pudiera verlos —su garganta se mueve—. Solía golpearme hasta que quedaba casi inconsciente por el dolor. Y luego me decía que no podía esperar para quitarme la virginidad una vez casados. —Inhala temblorosa, con lágrimas sin derramar inundando sus ojos—. Es por eso que huí. No podía enfrentarme a tener relaciones sexuales con él.

—Lo mataré por lo que te hizo —afirmo.

La declaración le arranca un jadeo, y sus ojos se agrandan. —Eres un sacerdote, Dante. No un asesino.

Me río, ya que no tiene ni idea de cuántas vidas he tomado. —No sabes qué clase de hombre soy. El hombre que era antes de hacer de Fordhurst mi hogar. —Ladeo la cabeza—. Nunca te haría daño a menos que lo disfrutes —respiro.

Se muerde el labio inferior. —¿Como con la cera y el látigo?

—Sí. No te haré daño a menos que lo disfrutes, pequeña cierva. —La beso en el cuello antes de hundir mis dientes. —Como esto.

Jadea sorprendida, pero su cuerpo se arquea hacia mí. —Dante —suspira mi nombre.

—¿Te gusta eso? —pregunto.

Su mano agarra el cuello de mi camisa, acercándose más. —Sí —admite, con la voz temblorosa pero teñida de una valentía recién descubierta. Luego añade, susurrando—: Hazlo otra vez.

Mis labios se curvan en una sonrisa. —Como deseas, pequeña cierva. —Hundo mis dientes con más fuerza en su clavícula, haciendo que se arquee aún más hacia mí.

—Más —gime.

Esta vez, agarro su nuca y la beso en los labios. Antes de morder su labio lo suficientemente fuerte como para hacerla sangrar y luego chupar su sangre como un maldito animal. Eso es lo que soy. Eso es lo que ella ha desatado. Una bestia.

—Fóllame —murmura.

Sonrí contra sus labios. —¿Quieres que tome tu virginidad, pequeña cierva?

Sus ojos se encuentran con los míos. —Dante, por favor —gime, sus manos aferrándose a mi camisa con más fuerza, su cuerpo temblando bajo mi contacto—. Tómalas... Tóname. Hazme tuya —suplica, su voz apenas un susurro, su súplica una oración desesperada.

—¿Estás segura, pequeña cierva? —pregunto con la voz ronca.

Ella asiente, sus ojos nunca dejan los míos, su resolución inequívoca.

Me inclino más, mi aliento acariciando sus labios. —¿Entiendes lo que estás pidiendo?

Traga saliva con fuerza, sus ojos muy abiertos, su pulso visible en la columna de su cuello. Pero no aparta la mirada.

—Una vez que te haya reclamado, no habrá vuelta atrás. Me pertenecerás. Solo a mí. Para siempre.

Su respiración se entrecorta, y la resolución en sus ojos me sacude hasta lo más profundo.

—Está bien —susurro, inclinándome para besarla—. Tú lo has pedido.

Su voz tiembla inesperadamente. —Ponte la máscara otra vez, Dante.

No puedo evitar la risa grave y gutural que se me escapa, alcanzando la pasamontañas que había descartado. —Lo que desees. —Me pongo la máscara de nuevo, mirando fijamente a mi presa mientras la oscuridad cobra vida—. ¿Qué te parece si nos divertimos un poco?

Su ceja se arquea. —¿Qué clase de diversión?

—Escondite, pero una versión más terrorífica y sexual.

Sus ojos se iluminan. —Continúa.

—Tienes veinte segundos de ventaja para escapar de mí, y te perseguiré y te atraparé. Y cuando lo haga... —dejo la frase en el aire, permitiendo que el silencio hable por sí mismo.

—¿Harás lo que quieras conmigo? —confirma.

Asiento en respuesta.

—Sí, por favor —murmura.

Sonrío. —Si se vuelve demasiado, puedes retirarte diciendo nuestra palabra de seguridad.

Su mandíbula se tensa. —De acuerdo, pero no creo que la necesite.

—Y si no puedes hablar, chasquea los dedos.

Su ceño se frunce. —¿Por qué no podría...?

—Sin preguntas, arruinaría la diversión. ¿Estás lista?

Su garganta se mueve al tragar antes de asentir. —Sí.

—Veinte segundos empezando ahora.

Ella chilla y se apresura dentro del edificio. Mi polla está latiendo y dura mientras la veo escapar. El deseo de perseguirla me araña las entrañas, pero tengo que darle la ventaja que le prometí. Contando hacia atrás en mi cabeza, parecen los veinte segundos más largos de mi vida.

—Veinte —murmuro, sonriendo mientras la adrenalina aumenta un nivel—. Espero que hayas encontrado un buen escondite por tu bien —grito—. ¡Porque el lobo viene a por ti, pequeña cierva!

Una sonrisa se extiende por debajo de la máscara. —Reza por piedad, Madison. —Comienzo a avanzar, sabiendo que la encontraré fácilmente. Y una vez que lo haga, finalmente reclamaré a la dulce virgen que ha sacado mi oscuridad a la superficie.

## MADISON

YO ME ABALANZO HACIA LA OSCURIDAD DEL GARAJE, EL OLOR A ACEITE Y METAL LLENÁNDOME las fosas nasales. Mi corazón es un tambor salvaje en mi pecho, su ritmo errático. Trago aire, intentando calmar la adrenalina que corre por mis venas. El remolque, cubierto por una vieja lona, se esconde en un rincón. Mi único refugio.

Me lanzo hacia él, mis zapatillas chirriando contra el suelo de cemento. La lona roza la punta de mis dedos antes de que me zambulla debajo. El remolque es húmedo y claustrofóbico, pero es mi único escudo. Mientras me agazapo, mi mano roza algo frío y metálico. Látigos. Cadenas. Un escalofrío de temor se enrosca en mis entrañas, reemplazando la emoción del juego.

Parecen tan fuera de lugar, tan oscuros. Parpadeo, obligándome a acostumbrarme a la escasa luz. Más objetos entran en foco. Objetos pensados para el placer y el dolor. El remolque de un sacerdote, lleno de tal incongruencia.

Mi corazón martillea contra mi caja torácica. Es demasiado, demasiado equivocado. Y entonces, lo oigo. El bajo y rítmico golpeteo de pasos que se acercan. El pánico me agarra, arañándome los sentidos. Y corro, abandonando el santuario de mi escondite y las semillas del oscuro pasado de Dante por una puerta lateral.

Oigo su risa persiguiéndome, un escalofriante recordatorio del lobo cazando a su cierva. — ¡Esto no pretende ser una persecución, pero gustosamente te perseguiré, niña! —me grita.

Trago saliva con dificultad, dándome cuenta de mi error. La emoción y el miedo se retuercen en mi corazón.

Me lanzo al bosque. El seco crujir de las hojas bajo mis pies es mi única compañía. La emoción de la persecución envía escalofríos estremecedores sobre mi piel. Cada ramita crujendo bajo mis zapatillas, cada susurrante rumor en los árboles por encima, aumenta la tensión.

Es una sinfonía exhilarante y aterradora de sonidos nocturnos. Oigo los pasos de Dante, el siniestro crujir de hojas en la oscuridad haciendo eco a los míos. Su risa ondea a través del bosque, un depredador disfrutando la emoción de la caza.

—No tiene sentido correr, pequeña cierva —se burla—. Este lobo siempre atrapa a su presa al final.

Ignoro sus provocaciones y sigo adelante, mis respiraciones volviéndose jadeos frenéticos. Casi saboreo la libertad cuando un chasquido repentino está tan cerca detrás de mí que sé que casi me tiene. En lugar de seguir, me lanzo detrás de un árbol. Mi respiración se entrecorta al oír a Dante acercarse. Está demasiado cerca, y entonces pasa por mi lado, su silueta apenas

discernible bajo la luz de la luna.

—¡Pensé que serías mejor en este juego, pequeña cierva! —grita—. Pero voy a atraparte tan fácilmente.

Y entonces desaparece, tragado por la oscuridad.

Mi ceño se frunce mientras una mezcla de alivio y decepción se entremezclan. Estaba segura de que me atraparía. Espero, mi latido cardíaco volviendo lentamente a un ritmo constante. Entonces, salgo de mi escondite, lanzándome a lo abierto. Solo para encontrarme con Dante con su pasamontañas. —Te pillé —dice.

Antes de que pueda reaccionar, agarra mis muñecas y las asegura juntas con cinta adhesiva. —No hagamos esto más difícil de lo que tiene que ser, niña —murmura. Y soy izada sobre su hombro, mis forcejeos insignificantes contra su agarre de hierro.

Siento que la emoción ominosa de la caza termina mientras nos movemos hacia la casa, la emoción haciendo que mi corazón lata rápidamente. Este sacerdote acosador desquiciado me va a follar, y no puedo esperar.

Una vez dentro, Dante patea la puerta principal para cerrarla. Sin una palabra, me carga por las escaleras, mi cuerpo rebotando en su hombro con cada paso. Se abre paso hasta su habitación y me arroja sobre la cama.

Dejo escapar un pequeño jadeo cuando me lanza sobre el colchón, mirándolo con los ojos muy abiertos. Dante se cierne sobre mí, sus ojos brillando con triunfo.

—Parece que gané, pequeña cierva.

Alcanza y me quita la cinta adhesiva de las muñecas, sus dedos ágilmente desabotonando mi blusa, su tacto ardiente contra mi piel. La tela cae, formando un charco a mi alrededor mientras yazco expuesta. Y luego me quita la falda y las bragas, así que estoy desnuda. Me ata las muñecas a los postes de su cama con dosel con cuerda. Y luego me ata los tobillos a los otros dos postes. Estoy abierta e inmovilizada para él.

—Ahí estás —ronronea Dante, su mirada bebiéndome—. Todo para mí. Me retuerzo bajo su mirada, un escalofrío de anticipación me recorre.

—Dante —respiro su nombre, arqueando mi espalda—. Por favor, necesito...

—Me agarra la garganta, apretando y cortándome la súplica. —Estoy al mando, pequeña cierva. Eres mi presa, y te trataré como me dé la puta gana.

El dominio en su voz me pone más húmeda.

—Pero me encanta oírte suplicar —murmura Dante, soltándome la garganta, sus dedos recorriendo mi cuerpo en susurros electrizantes. Un escalofrío me recorre, mi cuerpo respondiendo a él de una forma que me aterroriza y emociona—. Suplícame, pequeña cierva.

—Por favor —me sorprende susurrando, con la voz ronca—. Por favor, Dante. Necesito sentirte dentro de mí.

Un gruñido grave retumba en su pecho, sus dedos deslizándose entre mis muslos—. Esa es mi chica —me alaba, su tacto enviándome ondas de placer. Me romperá, y me encantará cada segundo.

Su tacto deja un rastro de piel de gallina a su paso. Es como si tuviera esta carga eléctrica que chisporrotea al menor contacto. Empieza en mi ombligo, su lengua trazando un camino hacia abajo, su barba arañándome la piel sensible.

Se detiene en la unión de mis muslos, su cálido aliento haciéndome retorcerme de anticipación. Y entonces su lengua encuentra mi coño, lamiéndome de abajo a arriba. Es una exploración lenta y suave que me hace morderme el labio para no gemir. Su lengua lame mi clítoris y me estremezco, mis manos apretándose en puños.

—Dante —gimoteo, creciendo el placer.

Él zumba su aprobación contra mí, su lengua haciéndome cosas que me enrollan los dedos de los pies. Sus manos sujetan mis caderas, manteniéndome quieta. Me lame hasta que soy un lío tembloroso, suplicando por más.

—Por favor, Dante. Te necesito para que me folles. Necesito que me quites la virginidad. Por favor.

—Detecto su sonrisa burlona detrás de la máscara. —Ya que lo pide tan amablemente, ¿quiere ver mi polla, pequeña cierva?

Asiento desesperada. He querido verla desde que Dante me folló la boca mientras me mantenía con los ojos vendados. Mi mente ha estado corriendo desenfrenada, fantaseando sobre cómo se vería desnudo este Dios de hombre. —Déjame verte.

Un destello diabólico se enciende en sus ojos. Da un paso atrás de la cama, quedándose al pie. —¿Está segura? —pregunta burlonamente.

Trago saliva, mi garganta repentinamente seca. —Sí.

Lentamente, se desabrocha la camisa, sus movimientos calculados y deliberados. Cada botón revela más de su torso cincelado y el lienzo de tinta sobre toda su piel. Su pecho es ancho y tonificado, cada músculo perfectamente definido, tal como me lo había imaginado. Arroja a un lado la camisa, ahora de pie con el torso desnudo frente a mí.

No es suficiente. Dante lo sabe. Puedo ver la alegría en sus ojos mientras ladea la cabeza. —Quiere más, ¿verdad?

Asiento mientras mueve los dedos hacia su cinturón, desabrochándose los pantalones y dejándolos caer con sus calzoncillos en un rápido movimiento.

Jadeo, mi corazón latiendo frenéticamente. —Eres... eres...

Da un paso hacia mí. —Soy qué, nena? —provoca, su voz baja y ronca. Sus dedos trazan un camino por mi pierna atada, la anticipación me hace temblar. —Dímelo.

—Enorme. Demasiado grande —respiro, mi coño palpitando ante la vista de la polla masiva de Dante, dura y lista para partirme en dos.

Se ríe socarronamente, un sonido oscuro que me envía escalofríos por la columna vertebral. —Va a encajar perfectamente en tu coño.

Niego con la cabeza.

—Porque estoy hecho para ti, y tú estás hecha para mí —trepa a la cama, su máscara de esquí todavía puesta—. Dime lo que quieres, Madison.

Tiro de mi labio inferior entre los dientes, preguntándome si pensaré que estoy loca por lo que quiero—. Quiero que me hagas daño como antes.

Inclina la cabeza—. ¿Quieres que me deje puesta la máscara?

Asiento en respuesta.

—¿Por qué? —exige.

—Porque me asusta. Y eso me excita —logro tartamudear. Hay una pausa, un momento en que ambos nos observamos. Detecto la sonrisa de Dante detrás de la tela, la maldad en sus ojos alcanzando su punto máximo.

—¿Quieres suplicar? —pregunta, con la voz más grave ahora, más cargada de deseo.

—Sí. —La palabra sale de mi boca antes de que pueda detenerla.

Vuelve a reírse entre dientes—. Entonces suplica —ordena.

—Por favor —empiezo, con la voz temblorosa—. Por favor, te necesito. Quiero que me hagas sentir como nunca antes. Quiero que me llenes tanto que apenas pueda respirar. Quiero que me lles al límite y luego me empujes. Te quiero a ti.

—Eso sí que es suplicar —dice, con la voz convertida en un gruñido grave—. Y ya que has sido una buena chica... —Su voz se apaga mientras mueve los dedos entre mis piernas, acariciando mi clítoris—. Creo que puedo complacerte.

Se coloca entre mis muslos, con su enorme y musculoso cuerpo elevándose sobre mí. Y entonces siento la gruesa cabeza de su miembro en mi entrada. Estoy entregando mi virginidad a un sacerdote desequilibrado con un pasado envuelto en misterio. Mirando a los ojos de este hombre retorcido, sé que no querría que fuese de otra manera.

—Dime cómo lo quieres.

Aprieto los dientes—. Fuerte y brusco. Haz que duela —respiro.

Gruñe y luego se hunde en mí, arrancándome la virginidad con tal rudeza que se me escapa todo el oxígeno de los pulmones. El dolor es tremendo. Apenas puedo pensar más allá de la sensación.

—Has desatado a una bestia, niña. Espero que sepas lo que estás haciendo. —Me agarra de la garganta y me bloquea la respiración, intensificando la vertiginosa sensación que ya me desgarran —.

Siento como si mi alma abandonara mi cuerpo mientras miro esos ojos oscuros y peligrosos, llenos de un hambre brutal.

Se queda quieto, con la mandíbula apretada mientras respira profundamente. El dolor es increíble, pero también lo es el placer. Una mezcla que no tiene ningún sentido lógico. Dante me está estirando de una forma que nunca hubiera podido imaginar.

Se mueve, deslizando su grueso miembro fuera de mí—. Oh, joder —gruñe, mirando su miembro—. Tienes tu sangre virginal por toda mi polla, pequeña cierva.

Me quedo un poco paralizada, preguntándome si eso es normal.

—Lo que pasa con las bestias es que ansiamos la sangre —me folla con más rudeza, mirándome a través de los agujeros de su máscara de esquí—. Verte sangrar en mi polla me pone tan jodidamente duro.

Gimo. La mirada salvaje en sus ojos me excita aún más. Con cada embestida brusca y fuerte, el dolor da paso a un placer increíble. Nunca antes había estado tan excitada.

—Una mano se aprieta alrededor de mi garganta, la otra se mueve entre mis piernas, frotando mi clítoris con un ritmo brusco que coincide con sus embestidas brutales.

—Eres una pequeña cierva retorcida, ¿verdad? —Su voz es un gruñido grave que me causa escalofríos—. Pidiendo dolor, ansiando miedo. Estás adicta al peligro, ¿verdad, nena?

Su mano recorre mi cuerpo, avivando aún más mi deseo—. Tú lo quieres tanto como yo, ¿verdad? Lo necesitas. El dolor, el miedo y el placer. Eres una chica sucia, ¿no?

—Sí —jadeo, arqueando la espalda porque el placer es abrumador—. Más fuerte.

—Joder —gruñe—. Eres una tormenta de fuego —dice Dante, sus palabras marcando cada embestida—. Nunca te imaginé como una pequeña golfa tan sucia, deseando que sea tan duro y brusco —intenta mantener la compostura, pero el timbre gutural de su voz traiciona su creciente excitación—. Eres jodidamente insaciable, ¿verdad?

Sus dedos se hunden más en mis caderas, la dura sensación mezcla dolor y placer en un cóctel embriagador—. Veremos qué tan arraigado está tu deseo de dolor.

Se inclina hacia la mesita de noche y agarra un cuchillo del cajón—. Veamos qué tan oscura y depravada es mi pequeña cierva.

Debería asustarme al ver un cuchillo en la mano del hombre dentro de mí. Un hombre en quien confié mi virginidad, pero aumenta mi emoción y el miedo embriagador al que soy adicta.

—Joder, nena. Eres perfecta.

Pasa el cuchillo afilado por mi cuerpo, apenas rozando mi piel.

Sus embestidas son más deliberadas, intensificando el placer que recorre mi cuerpo.

El cuchillo en su mano provoca mi piel, deslizándose peligrosamente cerca pero nunca rompiendo la superficie.

El miedo es embriagador, cada amenaza susurrada y roce con el cuchillo amplifica el placer que me atraviesa. Este hombre es un atormentador experto. Un hombre que se supone debe ser un hombre de Dios, es un Dios él mismo. Considerando su ocupación, conoce el cuerpo de una mujer de una forma que nunca debería.

Me congelo cuando siento que arrastra la hoja hasta el punto álgido de mis muslos. La afilada punta presiona contra mi clítoris, robando todo el oxígeno de mis pulmones. Sus embestidas se han ralentizado mientras mira fijamente el cuchillo—. ¿Tienes miedo ahora, pequeña cierva? —pregunta.

Trago saliva, luchando por encontrar las palabras—. Sí —respiro.

—¿Y excitada? —Sus oscuros ojos se dirigen a los míos y asiento—. Puedo decir que tu coño está tan jodidamente mojado ahora mismo.

Lentamente arrastra la punta del cuchillo alrededor de mi clítoris, haciéndome estremecer—. Pero, ¿y si corto tu hermosa piel? ¿Seguirías excitada? —pregunta, sosteniendo mi mirada.

Es enfermizo que tengo la sensación de que lo estaría. Que el dolor intensificaría el placer entre nosotros. En lugar de responder, me muerdo el labio.

—Respóndeme —exige Dante. Su tono es tan afilado como el cuchillo que sostiene contra mí.

Siento mi pulso retumbando en mis oídos. —Sí —susurro.

Aleja el cuchillo de mi zona íntima, arrastrándolo hacia arriba. El frío metal se desliza sobre mi vientre, haciéndome estremecer. De repente, siento un agudo pinchazo. Bajo la mirada, mi respiración se engancha ante la vista de la delgada línea roja que aparece en mi estómago. Es un corte superficial, no profundo, pero lo suficiente para que un hilillo de sangre se embadurne sobre mi piel. El dolor intensifica el placer, haciéndome jadear.

La sonrisa de Dante se ensancha mientras mi cuerpo reacciona, y no puedo evitar sentir un escalofrío de satisfacción ante su aprobación. —Tan jodidamente hermosa cuando sangras para mí, nena. —Se retira y se hunde en mí con fuerza, llevándome al precipicio del éxtasis. Y luego se inclina y lame la sangre de mi estómago como una bestia, gimiendo por el sabor—. Podría beber cada parte de ti por el resto de mi puta vida y morir feliz.

—Dante, por favor. Necesito...

Corta mi súplica con un firme agarre alrededor de mi garganta—. Yo digo cuándo puedes correrte en mi polla, pequeña cierva, ¿entendido? Y ninguna cantidad de súplicas cambiará eso.

Su dominio me acerca más al clímax—. Dante —gimo, mis dedos se tensan al estar restringida e impotente.

Ruge como un animal. Su brutal ritmo es implacable mientras va profundo y fuerte—. ¿Eso es lo que querías, nena? —gruñe con la voz ronca de lujuria—. ¿Querías que te follara duro y sucio como la puta que eres?

No puedo hacer nada más que gemir, cada uno parece espolearlo. A medida que aumenta el placer, se inclina y me muerde el pezón, haciéndome gritar.

Se ríe entre dientes—. Así es, grita para mí. Deja que el puto mundo sepa que el sacerdote de Fordhurst es dueño de esta coño.

—Sí, Dante —gimo, arqueando la espalda—. Es tuyo. Siempre.

Su expresión se vuelve salvaje, los ojos centelleantes—. Así es. Mío. Su agarre alrededor de

mi garganta se aprieta, haciendo que los bordes de mi visión se desdibujen.

Es una locura la confianza que tengo en que no me hará daño. Un hombre que no conozco desde hace mucho tiempo.

Se quita la pasamontañas y me besa profundamente. Y cuando se endereza, su siniestra sonrisa es la única advertencia antes de que se detenga abruptamente, dejándome al borde. —Vas a correrte tan jodidamente fuerte para mí —susurra—. Pero quiero que veas mi cara cuando lo hagas. Quiero asegurarme de que mi cara sea la única puta cosa que veas cada vez que tengas un orgasmo de nuevo.

Gimo ante el pensamiento, pero no creo que sea difícil. Dante vuelve a su brutal ritmo, penetrándome tan fuerte que la cama tiembla. Su mano se aprieta alrededor de mi garganta, cortando mi suministro de oxígeno, y mi mundo se reduce solo a Dante.

Su otra mano se mueve entre nosotros, los dedos encuentran mi clítoris. Lo frota sin piedad, empujándome a un frenesí—. ¿Te vas a correr para mí, nena? —gruñe—. ¿Te vas a correr mientras te quito la vida? ¿Te gusta eso, no? El peligro. El poder que tengo sobre ti.

No puedo hablar, no puedo pensar, no puedo respirar. Todo lo que puedo hacer es sentir. Sentir a Dante poseyéndome, destruyéndome, reconstruyéndome. Puedo sentir mi orgasmo acumulándose, espiralándose fuera de control—. ¡Dante! —grito su nombre.

—Eso es —gruñe—. Explota para mí. Déjame sentir tu coño apretándose alrededor de mi polla mientras te corres. Déjame escucharte gritar mi nombre mientras te robo el oxígeno.

El mundo da vueltas, y todo se vuelve negro cuando mi clímax me golpea, arrancándome como un huracán. Grito el nombre de Dante, el sonido amortiguado por la falta de oxígeno. Mi coño se aprieta a su alrededor, ordeñando su polla mientras me deshago.

Pero incluso mientras bajo de mi éxtasis, Dante no se detiene. Su ritmo continúa, implacable e implacable. —Esa es mi buena chica —gruñe—. Te corriste tan duro para mí, ¿no? Justo como sabía que lo harías. — Su agarre en mi garganta se afloja, permitiendo que el aire vuelva a entrar en mis pulmones, arrojando mis sentidos a la sobrecarga cuando otra ola de placer se estrella sobre mí.

Y con un último empujón, me sigue con su liberación, su cuerpo se tensa sobre mí mientras ruge su liberación. Se derrumba sobre mí, ambos jadeando para respirar.

Después de un tiempo, se mueve en silencio para desatar las ataduras de mis muñecas y tobillos. Y luego me levanta y me abraza con fuerza, frotando suavemente las marcas de mi muñeca. —¿Cómo te sientes, pequeña cierva? —pregunta.

Miro sus oscuros ojos. —Feliz por primera vez en mucho tiempo.

Se ríe entre dientes. —Eres una maravilla, niña. La mayoría de las chicas en su primera vez no soportarían las cosas que tú hiciste, y sin embargo te recuperas tan fácilmente. Está bien sentirse emocional después de lo que hicimos.

—La felicidad es una emoción —señalo.

Sacude la cabeza. —Sí, lo es. —Me besa tiernamente, contrastando drásticamente con la forma en que me folló.

Mientras Dante me acuna en sus fuertes brazos, no puedo evitar pensar que encajo en él, en su mundo, de formas que nunca esperé. Su dominio y necesidad de control no me asustan. Me dan una sensación de seguridad que nunca antes había conocido.

A pesar de que no lo conozco bien, no hubiera querido a nadie más para ser mi primera vez. Tenía que ser él. Mi sacerdote. Mi secreto prohibido. Mi mundo.

Espero que mi pasado nunca me alcance porque si lo hace, nuestro mundo podría ser reducido a cenizas en segundos. Y si alguien en este pueblo se enterara de la verdad, arruinaría a

Dante. A pesar de esos pensamientos, sé que se necesitaría que la tierra se abriera y me tragara para mantenerme alejada de este hombre.

14  
DANTE

—LEÍ MI SERMÓN, PERO MI MENTE ESTÁ DISTRAÍDA. SOY COMO UN ZOMBI YENDO A TRAVÉS DE los movimientos. Y todo lo que puedo enfocarme es en la hermosa cierva en la parte trasera de la iglesia. Ella está tratando de no sostener mi mirada o distraerme, pero estaría distraído incluso si ella no estuviera aquí.

Destellos de recuerdos de anoche llenan mi mente. Su cuerpo estaba atado y doblado a mi voluntad. Su sangre virgen cubriendo mi pene. Nunca he visto nada más hermoso.

La arruiné, y ella amó cada segundo.

Mis pensamientos están consumidos por ella. Trato de enfocarme en las palabras que estoy diciendo y en los rostros de mi congregación, pero no puedo escapar del recuerdo de sus labios, su sabor. La forma en que se sometió a mí y se entregó por completo a mí. Ella es una

Ella dice que está bien y que lo disfrutó, pero la parte de mí todavía se aferra a los fragmentos de la frágil moralidad que construí aquí siente que la he mancillado. Profanado algo inocente.

Y sin embargo, otra parte de mí lo saborea. La parte que anhela a Madison y anhela su tacto y su sumisión. Sé que debería sentirme culpable, especialmente considerando que rompí mis votos y arranqué su inocencia. En cambio, todo lo que puedo pensar es en la próxima vez que la tendré debajo de mí, la próxima vez que escucharé que grita mi nombre.

Termino mi sermón, mi mirada se demora en ella mientras dejo el púlpito. La congregación comienza a irse, sus voces se desvanecen en un zumbido distante. Madison permanece atrás, sus pálidos ojos azules llenos de fuego que espero que nadie más vea.

Trato de no mirarla mientras el resto del pueblo se va porque no podemos levantar sospechas. Sin embargo, no hay vuelta atrás en lo que hemos hecho. En algún momento, tendré que renunciar a mi trabajo como sacerdote y declarar mi amor por ella, pero ahora mismo, no necesito pensar en eso.

Una vez que estamos solos, me acerco a ella. “Has sido traviesa, ¿no es así, pequeña cierva?” Pregunto, odiando que cuando me desperté esta mañana, se escabulló.

Ella se muerde el labio. “¿De qué estás...?”

La arrastro contra mí y envuelvo mis dedos alrededor de su garganta. “No te hagas la tonta conmigo. Te escabulliste, ¿por qué?”

“Tenía algunas cosas que necesitaba hacer en la cabaña y sin cambio de ropa, así que me fui cuando era menos probable que me vieran”. Masticaba su labio. “Después de todo, no podía

haber estado aquí cuando todos...” Se desvanece.

“¿Cuando todos se presentaron para la misa dominical?” Confirmo.

Ella asiente. “Sí”.

Me paso una mano por el pelo. “Esto está tan jodido, ¿no?” Pregunto, sentándome en un banco. “Tenemos que averiguar qué hacer después”.

Madison se para frente a mí con una mirada diabólica en los ojos antes de montarse a horcajadas sobre mí. “Puedo pensar en algunas cosas, Padre”.

“Joder”, echo un vistazo alrededor, asegurándome de que estamos solos. “Cualquiera podría entrar”.

“¿No hace eso más emocionante?”

“¿Qué importa ahora? De todos modos voy al infierno”, murmuro, tirando de sus labios contra los míos y besándola profundamente.

Ella gime en mi boca mientras mi lengua empuja contra la suya.

Tanteo los botones de su blusa. “Vamos a arder juntos”, gruño, arrancando la tela y enviando los botones dispersándose por el suelo de madera.

“Padre”, bromea, sus manos ya trabajando en el dobladillo de mi camisa clerical. La tela negra pronto se une a su blusa en el suelo. “¿Alguna vez has hecho esto antes en terreno sagrado?”

Una risa amarga se escapa de mis labios. “Además de lamer tu coño aquí dos veces. No, pequeña cierva”, confieso, levantando a Madison de mi regazo para trabajar en su falda y bajársela por las piernas. “Pero ya estamos condenados, ¿no es así?”

Madison sonrío, sus dedos ágilmente desabrochando mi cinturón. “Simplemente significa que no nos queda nada que perder”.

Una vez que el cinturón se ha ido, tira de mis vaqueros y calzoncillos en un movimiento, mirando mi polla como un lobo hambriento. Antes de que pueda decir una palabra, salta a mi regazo y desliza su coño resbaladizo sobre mi polla. Su espalda se arquea y gime. “Joder, sí”, respira.

“Chica traviesa”, respiro, agarrando un puñado de su cabello y tirando de su cabeza hacia atrás. “Yo estoy al mando”, gruño contra su oído.

Ella trata de moverse, pero la mantengo quieta en mi polla. “Mírame, Madison”, ordeno.

Abre los ojos, y el fuego en ellos me hace perder el control mientras agarro sus caderas con fuerza y la muevo arriba y abajo de mi polla. Los sonidos de sus gemidos resuenan en las paredes de la iglesia mientras la follo en el peor lugar posible, pero lo hace mucho más satisfactorio. Siempre he luchado con mi fe. Y he estado viviendo una mentira durante cuatro años. Finalmente, me siento libre de nuevo. Ella me ha permitido sentir eso.

“Eres tan jodidamente apretada”, grito, besando su cuello. Soy lento y suave a propósito, sabiendo que eso no es lo que ella quiere. Ella quiere que sea áspero y doloroso.

Es una prueba de fuerzas de voluntades, una batalla entre mi necesidad primitiva de reclamarla, de follarla duro y rápido, y el abrumador deseo de hacerla llorar de frustración.

“Joder”, respira, jugando con sus pezones. “Lo necesito más fuerte”.

Gruño, bajo y animal. “¿Quieres que sea duro, nena?” Taladro las palabras, mi voz bordeada de cruda necesidad. “¿Quieres que te folle como la pequeña puta que eres?”

Sus ojos se ensanchan ante mis palabras, un escalofrío la recorre y no puedo evitar la mueca que se curva en mis labios. Su reacción es intoxicante.

Sin otra palabra, la empujo sobre sus manos y rodillas en el banco de madera. Y luego me pongo de pie y me posiciono detrás de ella, empujando dentro de ella con fuerza. Mis manos

agarran sus caderas, tirando de ella hacia mí. “Eres tan sucia”, gruño.

Cada embestida de mi polla en ella es dura, áspera, tal como ella quiere, tal como ella jodidamente necesita. Ella gime, grita y ruega por más, y complazco, cediendo a la bestia dentro de mí, perdiéndome en ella.

Cualquier persona que pasara o que no se hubiera ido todavía podría escucharnos. Podrían escuchar al sacerdote de su ciudad follando a la chica más hermosa del mundo en la santidad de su edificio sagrado. Y no puedo evitar no dar una mierda. La bofetada de nuestra piel resuena con fuerza en el edificio cavernoso.

“Esa es mi buena chica”, jadeo, mi voz un gruñido bajo en su oído mientras aplasto mi pecho contra su espalda. “Tomando mi polla tan bien. Eres tan jodidamente apretada, tan perfecta”. Empujo más profundo, arrancando un dulce gemidito de sus labios. “Te gusta eso, ¿verdad?”

Un fuerte jadeo es su única respuesta mientras arquea la espalda. “Sí”, gime. “Sí, me encanta. Por favor, dame más”.

Sonríó. “Así es, nena”, gruño, “Gime para mí. Deja que este lugar sagrado escuche lo bien que se siente, cuánto amas mi polla dentro de ti”. Embisto en ella repetidamente, sus gemidos y súplicas me impulsan más lejos. “Eres tan buena chica. Tan perfecta para mí”.

Ella me mira por encima del hombro con la expresión más embriagadora. “Más fuerte”.

Su súplica de que sea más fuerte me deja asombrado de nuevo. Es inexperta pero tan insaciable. Embisto en ella con tanta fuerza que, por un momento, me preocupa que se rompa. Pero lo toma, cada centímetro, cada embestida, con una fuerza que iguala a la mía. “Eres increíble”, gruño, mi voz áspera por la intensidad de mi pasión. “Mi perfecta pequeña cierva”.

Sus músculos se contraen alrededor de mi polla. Llego abajo para frotar su clítoris, ganando un jadeo de sorpresa. “¡Sí!” grita, su voz se pierde en los techos altos de la iglesia mientras su cuerpo se convulsiona de éxtasis.

Sus jugos chorrean sobre mi polla, la sensación tan intensa que me vuelve loco. Sus músculos se contraen a mi alrededor, ordeñándome mientras continuo empujando dentro de ella. Con un empujón final y profundo, me vengo dentro de ella.

“Toma cada gota”, gruño, llenándola con mi semen. Empujo en ella mucho después de que se gasta cada gota.

“Mierda”. Me derrumbo contra ella, mi peso corporal aplastándola contra el banco.

“¿Qué está mal?” ella pregunta, removiéndose incómoda bajo mi peso. Salgo y envuelvo mi sotana de sacerdote a su alrededor, levantándola sobre mi regazo mientras me siento en el banco y presiono mis labios contra su cuello.

“He estado tan jodidamente envuelto en ti, tan loco de necesidad que no usamos protección anoche o ahora”. Una parte estúpida de mí me gusta la idea de que se quede embarazada de mi bebé.

Ella niega con la cabeza. “Está bien. Estoy limpia y tomando la píldora”.

Una mezcla de decepción y alivio se enroscan a través de mí, y asiento. “Bien”. Tiro de su rostro hacia mí y beso sus labios, empujando mi lengua en su boca. “Eres perfecta”.

Ella sonríe, acurrucándose más cerca. “Tú también”.

No soy nada perfecto. Soy oscuro y dañado, y rompí mi voto sagrado en la maldita iglesia por tercera vez. Porque ese es el tipo de hombre que soy. Malo hasta la médula.

Permanecemos envueltos el uno en el otro en silencio, ninguno quiere que este momento termine. Lo que está sucediendo entre nosotros es demasiado complicado para pensarlo. Ahora que he tenido a Madison, no podré detenerme, pero un sacerdote no puede tener una relación... Estoy bien y verdaderamente jodido.

Sin mencionar, Madison no tiene idea de quién soy y las cosas que he hecho en el pasado. Si esos secretos salieran a la luz, probablemente correría. Y el problema es que, al igual que su marido, la cazaría y la traería de vuelta a mí pateando y gritando. Porque ahora me pertenece.

## MADISON

LA CAMPANILLA DE LA PUERTA DE LA CAFETERÍA TINTINEA CUANDO ENTRO EN LA LIBRERÍA UNA hora antes de mi turno. Me invade el dulce aroma del café recién hecho. Es un lugar acogedor con sillas dispares y sofás desgastados, donde el barista conoce a todos por su nombre.

Me pongo en la fila, esperando para pedir mi latte. Luego, le paso la tarjeta al barista, sonriendo.

—Hola, Madison —dice Eva detrás de mí, haciendo que me gire para mirarla—. No pude despedirme de ti la otra noche. ¿Adónde desapareciste?

Trago saliva, sintiéndome culpable por tener que mentirle a la que ha sido lo más cercano a una amiga que he tenido en años.

—Lo siento, no me sentía bien, así que me fui temprano. No pude encontrarte.

Ella frunce el ceño.

—Qué extraño. Jack dijo que un tipo escalofriante con una máscara te hizo irte. Si estás en problemas, puedes hablar conmigo. Te ayudaré.

Me río, pero suena nervioso.

—El tipo de la máscara estaba bromeando. No me fui con él.

Ella parece poco convencida.

—Está bien, pero solo sé que estoy aquí si alguna vez necesitas hablar.

Sonrío.

—Gracias, significa mucho.

—Tu café está listo —dice el barista, pasándome la taza y la tarjeta.

Se da cuenta de que no he optado por llevarlo para tomar afuera.

—¿Qué tal si tomamos un café juntas? —pregunta, echando un vistazo a su reloj—. Tengo media hora libre si te apetece.

—Claro —digo, a pesar de no tener ganas de hablar ahora. Estoy demasiado distraída pensando en el sacerdote del pueblo. — apartaré una mesa mientras pedís.

Ella me sonríe radiante y me llevo mi taza para buscar una mesa cerca de la ventana, esperando ansiosa. Eva y sus amigas son agradables, pero no estoy acostumbrada a tener amigas, ni siquiera en el colegio. Mis padres y sus conexiones con el crimen se aseguraron de que tuviera que seguir siendo una solitaria la mayor parte de mi vida.

No es como si pudiera invitar amigas a casa cuando, más a menudo de lo normal, hombres armados que trabajaban para mi padre estaban rondando la mansión. O tenían a alguien colgado

en la sala de estar medio muerto a golpes.

Eva solo tarda unos minutos y luego se une a mí con un moca y dos muffins de chocolate en la mano.

—Compré uno para cada una —dice, colocando uno frente a mí.

—Gracias, es muy amable de tu parte.

Ella se sienta enfrente.

—Entonces, ¿qué piensas de Jack?

Frunzo el ceño.

—Jack se emborrachó un poco y se puso pesado en la fiesta. Pero en general es agradable cuando me lleva al trabajo. ¿Por qué?

Ella se ríe.

—A Jack le gustas, Madison.

Carraspeo.

—Oh, bueno, no estoy buscando salir con nadie ahora. Salí de una relación difícil antes de mudarme aquí.

—Es mentira porque aunque tal vez salí de una relación de mierda, me estoy enamorando de un hombre con el que no debería enamorarme.

Eva asiente. —Está bien, se lo haré saber.

Me muerdo el labio. —¿Estás saliendo con alguien?

Ella se ríe. —No desde hace unos años. El problema es que nunca hay nadie nuevo en este pueblo. Eres la primera persona nueva desde que el Padre Jenson se mudó aquí hace cuatro años. Y desafortunadamente, a pesar de estar bueno, ¡está un poco atado a Dios! —se ríe—. Debo admitir que a menudo pienso que nunca encontraré a nadie a menos que me mude.

—Genial, y yo me he mudado —bromeo.

—Es diferente para ti. No fuiste a la escuela secundaria con todos los hombres en edad apropiada del pueblo. —Se encoge de hombros—. Nunca se sabe; podrías encontrar a tu alma gemela.

Temo que ya la he encontrado. El único problema es que Dante es el sacerdote de este pueblo. Es un gran problema. Trago saliva con dificultad, dando un mordisco a mi muffin para distraerme. —Está delicioso —digo.

Eva se recuesta en su silla. —Sí, es el mejor pastel del pueblo. Sabes qué, creo que nos hemos enfocado demasiado en los hombres. Hablemos de algo diferente —dice, con un brillo en los ojos—. ¿Has explorado el bosque todavía? Vale la pena una visita, especialmente en esta época del año. Los colores son impresionantes, y hay una cascada no muy adentro del bosque. Podríamos hacer un picnic allí. Ya sabes, hacer un día de chicas. ¿Qué te parece?

Hago una pausa, sorprendida por la invitación. —¿Un día de chicas? —repito.

Suena perfecto, una distracción maravillosa del hombre que ocupa mis pensamientos. —Suena genial. Un picnic, una cascada, el bosque. Cuenta conmigo. —Suspiro—. Podría usar la distracción, para ser honesta.

Sus ojos se iluminan. —¡Perfecto! Haremos un día de esto. Llevaremos algunos bocadillos y nos perderemos en la naturaleza por un rato.

Me río, contagiada por su entusiasmo. Solo he conocido a Eva por poco tiempo, pero ya está demostrando ser una buena amiga. —Suena como un plan —digo, chocando mi taza de café con la de ella—. Por olvidarnos de todo por un día en el bosque.

—¿Cuándo es tu próximo día libre? —pregunta.

—Mañana —respondo.

—Vayamos mañana —sugiere.

—Mañana —repito—. Suena perfecto.

Ella termina su café antes de mirar su reloj. —Bueno, tengo que irme, pero pasaré por ti mañana. ¿A las diez?

Asiento con la cabeza. —Nos vemos entonces.

Ella se levanta y se va mientras la observo irse. Y entonces noto esa sensación familiar de sentirme observada. Una sensación que nunca entendí hasta que Dante admitió que me observaba como una especie de acosador posesivo.

Al levantar la vista, escaneo la cafetería para encontrarlo observándome desde una mesa cerca de la parte de atrás. Sus labios se curvan en una sonrisa astuta cuando nuestras miradas se bloquean. Hace que mi estómago se agite mientras me pongo de pie, con la intención de salir. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, lo último que necesitamos es encontrarnos en público.

Este pueblo es demasiado pequeño. Antes de salir por la puerta, una mano se posa alrededor de mi muñeca. —¿A dónde crees que vas, pequeña corza?

Me doy la vuelta para mirarlo, notando que nadie parece prestarnos atención. —A casa. No podemos hablar aquí.

Su sonrisa se ensancha. Está disfrutando esto un poco demasiado. —Simplemente estoy discutiendo los requisitos del trabajo con mi nueva empleada. Nada inapropiado. Camina conmigo. —Abre la puerta, soltando mi muñeca.

Dudo un latido, luego salgo a la acera junto a él. El sol es brillante y el día es cálido, contrastando fuertemente con la tensión dentro de mí.

Caminamos en silencio por un rato, nuestras pisadas resuenan en la acera.

—¿Me estabas siguiendo? —le pregunto, mirándolo.

Se encoge de hombros. —Quizás. Escuché su conversación.

Entorno los ojos. —¿Cómo? No estábamos exactamente cerca de tu mesa.

—Estaba sentado detrás de ti durante la mayor parte de la conversación. Me moví cuando escuché que Eva se iba —admite.

—Y eso no es espeluznante en absoluto.

Se inclina hacia mí. —Pensé que te gustaba lo espeluznante, pequeña corza.

Es cierto. Las tendencias obsesivas y acosadoras de Dante solo hacen que lo desee más.

—Ten cuidado en el bosque mañana.

Arqueo una ceja. —¿Cuidado con qué? ¿Osos?

Sus ojos se estrechan. —Hay osos, sí.

—¿Cómo sé que no me estarás siguiendo como hoy?

Sonríe con suficiencia. —No lo sabes.

Algo en su sonrisa hace que mi corazón lata como un tambor de guerra. —No puedes acecharme todo el tiempo.

Su sonrisa se desvanece en una expresión seria. —No puedo no está en mi vocabulario. No te estoy acechando, de todos modos.

—¿Cómo lo llamarías? —le pregunto.

—Estoy observando, observando. —Hace una pausa y luego agrega: —Protegiendo.

Siento un escalofrío a pesar del cálido sol. —¿Protegiendo? ¿De qué?

Se detiene y me mira, su mirada es intensa. —De cualquier cosa y cualquier persona que pudiera hacerte daño. —Su voz se vuelve más baja—. Especialmente de él. —No necesito preguntar a quién se refiere. Ambos sabemos que está hablando de mi esposo.

—Alguien se dará cuenta al final, ¿y qué pasa entonces? —exijo.

Su mandíbula se tensa. —Lidiamos con las consecuencias, pero por ahora, lo único que importa eres tú.

—No puedo dejar que arriesgues la vida que has construido aquí por mí. ¿Y si te pasa algo?

Da un paso más cerca, colocando un mechón suelto detrás de mi oreja. Su tacto es tierno. — Puedo cuidarme solo, Madison. Tú concéntrate en mantenerte a salvo. Eso es todo lo que quiero.

No puedo evitar sentir una oleada de seguridad que nunca había sentido. Incluso de pequeña creciendo, sentí que no pertenecía. Pero con él a mi lado, me atrevo a esperar. Tal vez, solo tal vez, pueda escapar de mi pasado y encontrar mi final feliz a pesar de todos los obstáculos en nuestro camino. —Me mantendré a salvo —confirmo.

Él sonrío, haciendo que las mariposas estallen en mi estómago. —Buena chica.

Continuamos nuestro paseo, el silencio lleno de una comprensión compartida. El camino por delante es sin duda desalentador, pero con Dante a mi lado, no puedo evitar sentir un poco menos de miedo. Por primera vez en mucho tiempo, me siento segura.

16  
DANTE

CONDUZCO LEJOS DEL COCHE DE EVA, ASEGURÁNDOME DE QUE NO ME VEN.

Me pongo las gafas de sol, dándome justo el anonimato necesario. Aparco a una buena distancia de sus miradas indiscretas. Los cinco están allí, pasándoselo en grande.

Un sabor amargo me llena la boca. Quería ser yo quien le mostrara este lugar a Madison. Pero me siento y observo, esperando mi momento.

Ríen, comen, hacen fotos. Todo es tan asquerosamente normal. Siento una ola de irritación que me invade. Pero entonces, Madison se levanta y les dice algo a los demás. No parecen interesados en lo que ella propone. La veo encogerse de hombros y alejarse.

*Sola.*

Mi corazón empieza a latir con fuerza en el pecho. Esta es mi oportunidad. Cojo la máscara del asiento de atrás y me la pongo. La sigo, integrándome cuidadosamente en el entorno. La cascada ruge cerca, su rocío empapa el aire.

Madison se adentra más, y el sonido de la cascada se hace más fuerte, ahogando las risas y las charlas del picnic detrás de nosotros. Está tan absorta en la belleza del bosque que no nota mi presencia.

Se detiene de vez en cuando, con los ojos muy abiertos de asombro, absorbiendo las vistas, los sonidos y los olores del bosque. No puedo evitar sonreír.

De repente, piso una rama. El fuerte crujido resuena en el aire quieto. Madison se vuelve rápidamente, escudriñando los árboles. Me quedo paralizado, con el corazón martilleándome contra las costillas, preguntándome si me verá.

Pero luego se encoge de hombros y sigue su camino. Respiro hondo y continúo siguiéndola. Cazándola. Luego, en un claro junto a la cascada, se detiene. Está tan cerca del borde, con los ojos fijos en el agua que cae en cascada por las rocas.

Este es el momento. La oportunidad perfecta. Inhalo profundamente, armándome de valor. Tan silencioso como una sombra, me deslizo sobre el suelo cubierto de hojas secas, con la mirada clavada en ella. Estoy tan cerca ahora que puedo ver las gotas de niebla de la cascada en su pelo.

Con un salto, estoy detrás de ella, mi mano tapándole la boca para ahogar cualquier grito. Su cuerpo se tensa entre mis brazos, sus ojos muy abiertos reflejan la sorpresa y la confusión. "Hola, pequeña cierva", susurro en su oído, con la voz amortiguada por la máscara.

Al instante, el sonido de mi voz la hace relajarse.

Le quito la mano, y se da la vuelta para mirarme.

La cascada ruge ajena a nuestro pequeño drama.

"¿Dante?" Su voz tiembla, sus ojos se ensanchan bajo la neblina de la cascada. "¿Qué estás haciendo?"

Me río bajo y profundo, mi diversión amortiguada por la tela de mi máscara. "Quería asustarte", confieso, ladeando la cabeza. "¿Te asusté?"

Ella asiente. "Sí". Se muerde el labio. "Sentí que me observabas", admite.

Sonríe con suficiencia. "Bien, apuesto a que te excitó, ¿verdad?"

"Sí", dice mientras acorto la distancia entre nosotros.

"¿Qué tan mojada está mi pequeña cierva?" pregunto.

"Yo... no lo sé", tartamudea con un rubor, desviando la mirada de la mía.

"¿No lo sabes?" La atraigo hacia mí, mi brazo se desliza alrededor de su cintura. "¿O demasiado tímida para admitirlo?" la provoco, mi aliento le hace cosquillas en la oreja.

"Dante, yo..." Parece que no encuentra las palabras adecuadas.

"¿Por qué no lo averiguamos?" sugiero.

"Dante, pero mis amigos..." Empieza a protestar pero la callo con un dedo en los labios.

"Ssshhh... está bien", la tranquilizo. "Sólo déjate llevar". Mis dedos se sumergen en la seda de sus bragas, sintiendo su coño empapado. La resbaladiza humedad que recibe mi dedo explorador casi me hace gruñir de satisfacción. "Dios, estás empapada", raspo.

Mi agarre alrededor de su cintura se aprieta, mi respiración se entrecorta al ritmo de su gemido. "No sabías lo mojado que tienes el coño?" la provoco, con la voz espesa de lujuria. "¿O no querías admitir lo mucho que te excita que te acechen?" Saco los dedos, metiéndomelos en la boca y saboreándola. "Quieres más, ¿verdad?" la provoco, con la voz ronca susurrada en su oído.

"Sí", admite.

"Pero no aquí". Me echo atrás, dejándola jadeando de sorpresa. "Corre".

"¿Qué?" Sus ojos se clavan en los míos, muy abiertos y confundidos.

"Corre", repito, con la voz más autoritaria. "Más adentro en el bosque".

"Pero..." Empieza a protestar pero la corto.

"Nada de peros, pequeña cierva. Corre". Le doy un pequeño empujón, y después de dudar, sale disparada, desapareciendo en el denso bosque lejos de sus amigos.

La veo irse, con el corazón latiendo de anticipación. La caza ha comenzado.

Mientras desaparece entre la maleza, la emoción de la persecución me invade. Mi corazón late al ritmo de mi excitación. Mis vaqueros se sienten apretados, mi erección es un latido palpitante que parece hacer eco en cada fibra de mi cuerpo. Hay una satisfacción primal en el cazador persiguiendo a la presa. Un juego tan antiguo como el tiempo.

No puedo evitar sonreír con suficiencia, el sabor de la anticipación dulce en mi lengua. "Veamos hasta dónde puedes llegar, pequeña cierva", murmuro, empezando a trotar.

Los árboles se cierran a mi alrededor, sus ramas creando intrincados patrones de sombras a la luz del día. Mis sentidos se agudizan, cada crujido de hojas, cada rama rota reverbera en la quietud. El miedo de mi pequeña cierva es una presencia tangible en el aire, cada jadeante respiración que da resuena a través del bosque como un faro que me llama.

"No puedes esconder tu miedo, ¿verdad?" grito.

Acelero el paso, mis botas crujen contra las hojas caídas. Los latidos de mi corazón son un ritmo staccato en mis oídos, su frenético tempo a juego con el ritmo errático de su respiración.

Y entonces la encuentro. Tal como esperaba, está ahí, con la espalda pegada a un retorcido árbol viejo, los ojos fuertemente cerrados mientras trata de recuperar el control de su respiración

agitada. Su pecho sube y baja con cada respiración entrecortada, un indicio revelador de su inútil intento de calmar su miedo.

No puedo evitar sonreír ante la vista, mi corazón golpeando contra mi caja torácica en un ritmo armónico que parece armonizar con su terror. "Esconderte no te salvará", murmuro, mi voz apenas más que un susurro mientras me acerco a ella, las hojas crujen bajo mi peso.

Se sobresalta, su cuerpo se sacude sorprendido cuando mi voz corta el silencio, pero no es lo suficientemente rápida. Mi pulso se dispara, la adrenalina recorre mis venas, alimentando mis movimientos. En un instante, estoy sobre ella. Mis manos se cierran alrededor de su cintura, agarrándola con fuerza. "Te tengo", murmuro, una sonrisa triunfal jugando en mis labios mientras jadea, su cuerpo se paraliza por la sorpresa bajo mi agarre.

"Ahora, ¿qué debo hacer contigo?" la provocho, soltándola sólo para empujarla suavemente hacia abajo de nuevo.

El suelo del bosque es una cama de hojas caídas debajo de ella, la alfombra natural suaviza su caída. Tiembla bajo mi tacto, su cuerpo tembloroso traiciona su miedo. Mi mano se desliza por su muslo y debajo de su vestido, trazando un camino con mis dedos a lo largo de su piel hasta encontrar su coño.

Está mojada, incluso más que antes. La realización envía una descarga de satisfacción a través de mí. "Oh, mira eso", murmuro, mi voz un ronroneo bajo, "Parece que lo estás disfrutando, ¿no?" Mi sonrisa se ensancha ante su jadeo, el sonido se pierde en el denso follaje que nos rodea. Ahora estoy perdido en mis deseos oscuros, retorcidos y completos. Le meto tres dedos de golpe, y gime, arqueando la espalda del suelo.

El aire que nos rodea se siente espeso de deseo crudo. "Dime cuánto disfrutas esto", exijo. Mis embestidas se vuelven más insistentes, acompasadas al ritmo de sus jadeos. "Dime qué putita sucia eres para mí". Su cuerpo se tensa, un gemido se le escapa. Pero permanece en silencio. Me echo hacia atrás, mi mirada la clava bajo su intensidad. "Dilo", ordeno, las palabras un gruñido bajo que resuena a través del tranquilo bosque.

"Yo... lo soy", tartamudea, su voz temblorosa. "Soy tu putita sucia". Las palabras resuenan a nuestro alrededor, tragadas por el silencio del bosque.

La confesión hace que mi corazón se acelere, mi polla palpita contra mis pantalones con anticipación. No puedo evitar soltar una risa baja. "Buena chica", murmuro, mis dedos se curvan alrededor de su garganta, el pulso bajo mi tacto late frenéticamente. "Ahora es el momento de reclamar mi premio".

Bajándome la cremallera, libero mi polla palpitante de su confinamiento. No hay hesitación cuando me deslizo dentro de Madison, su estrecho coño se estira para acomodarme. Un gruñido bajo escapa de lo más profundo de mi pecho mientras la follo con desenfreno salvaje, perdiéndome en la sensación de ella a mi alrededor. Sus gemidos sólo sirven para espolearme más, cada sonido un testimonio del placer que le estoy dando.

"Me tomas tan bien", grito, mi voz áspera por el deseo descontrolado. Me inclino hacia adelante, mi aliento caliente contra su oído. "¿Te gusta cómo te lleno?" Cada palabra está puntuada con una embestida profunda, mi polla penetrándola una y otra vez. Puedo sentir sus paredes apretándome, su cuerpo respondiendo instintivamente a mi necesidad primitiva.

"Sí...sí..." jadea, sus uñas clavándose en mi espalda mientras se arquea contra mí. "Me encanta cómo me llenas...tan profundo..." Su voz está cargada de deseo crudo. Cada palabra que pronuncia está teñida con la intoxicante inmundicia que ansío. "Más fuerte. Fóllame más fuerte", ruega.

En el silencio del bosque, su voz es el sonido más sexy que uno puede imaginar. El mundo se

reduce a la sensación de ella debajo de mí, los sonidos de nuestra respiración entrecortada y el golpe de nuestros cuerpos uniéndose. No hay ternura aquí, sólo necesidad cruda, la clase que hace que un hombre se pierda por completo. Y mientras la follo contra el suelo, sé sin lugar a dudas que no lo querría de ninguna otra manera.

De repente, salgo, dejándola jadeando y gimiendo. Con un agarre firme en sus caderas, la doy vuelta boca abajo. Apenas tiene tiempo de ajustarse antes de que vuelva a penetrarla, tomándola por detrás. Mi ritmo es brutal, implacable, la clase de cogida que raya en la locura. Ella gime salvajemente, incitándome más. El nuevo ángulo me permite penetrar más profundo. Puedo decir que le encanta por cómo su cuerpo se sacude.

"¡Oh, Dios!" grita, su voz resonando a través de los árboles. Sus dedos arañan el suelo, buscando desesperadamente un apoyo mientras la golpeo sin piedad.

Me inclino sobre ella, mis manos encuentran sus pechos, amasándolos con rudeza mientras continúo mi implacable asalto a su cuerpo. "Córrete para mí", le gruño al oído.

Las palabras son una orden clara, una a la que es incapaz de resistirse. Siento que su cuerpo se tensa, su clímax se construye. La igualo, y las poderosas olas de placer comienzan a ondular a través de mí. Su orgasmo provoca el mío, y con una embestida final y desesperada, me vacío dentro de ella, nuestros gritos de placer se funden en un solo sonido primario. El bosque es testigo silencioso de nuestra lujuria cruda y desenfrenada.

La doy vuelta de nuevo y beso sus labios, con mi polla palpitando contra su clítoris. Nuestros cuerpos todavía tiemblan por las réplicas cuando lo oímos. Una llamada distante corta el aire. Su nombre, gritado en tonos preocupados, repetido por varias voces. Sus amigos. El miedo se dispara en sus ojos, y la calmo suavemente, presionando un dedo contra sus labios.

"Será mejor que me vaya, pequeña cierva", susurro. "Pero vendré esta noche. Estoy harto de mantenerme alejado. Estaré en tu casa todas las noches a partir de ahora".

Ella tiembla, con los ojos dilatados. Espero alguna resistencia, pero simplemente asiente.

Me pongo de pie y la ayudo a levantarse, metiéndome la polla en los pantalones. Antes de que pueda decir otra palabra, desaparezco entre los árboles. Oigo la charla distante cuando Eva llama que la encontró.

Eso estuvo demasiado jodidamente cerca. Y sin embargo, sólo hace que se me ponga dura de nuevo. La emoción de ser atrapado se suma a la necesidad primitiva de tener a Madison. No puedo esperar hasta esta noche para tenerla de nuevo.

## MADISON

LA NOCHE SE ENVUELVE A MI ALREDEDOR, LA OSCURIDAD SE CUELA EN CADA RINCÓN DE LA habitación. Odio estar aquí sola sin Dante ahora, lo cual es una locura. Él está desequilibrado. Hay una oscuridad que corre profunda por sus venas. Y sin embargo, no es como Eric. Nunca me haría daño de la forma en que Eric lo hizo. Cuanto más tiempo pasa sin que Eric y mi pasado me alcancen, más inquieta me siento.

Han pasado poco más de una semana desde nuestro loco polvo en el bosque con mis nuevos amigos no muy lejos. Y como prometió, ha estado aquí todas las noches, pero esta noche se retrasa. Se siente espeluznante y frío en la cabaña, posiblemente porque todavía no he encendido el fuego, pero eso es porque Dante lo ha estado haciendo. Miro el reloj de la pared, preguntándome dónde está.

Al mirar por la ventana, tengo esta inquietante sensación de que alguien me está observando, haciendo que se me pongan de punta los pelos de la nuca. Y estoy segura de que Dante no volvería a hacer eso. A menos que planeé divertirse, me habría enviado un mensaje. Lo hizo la última vez que probamos eso, interpretando que él era un invasor.

Acercándome a la ventana, arrastro las pesadas cortinas para juntarlas, oscureciendo el tenue resplandor de la luna. Con un suspiro, trato de descartar mis miedos. Sé que probablemente estoy paranoica, esperando que Eric me encuentre. Desplomándome en el desgastado sofá, tomo el control remoto de la televisión mientras el silencio me vuelve loca.

De repente, unos golpes bruscos en la puerta hacen añicos la calma. Me congelo, el sonido retumbando a través de mí. Los golpes vuelven a sonar, esta vez más fuerte, más urgentes. El miedo se enrosca alrededor de mi corazón, constriñendo mi respiración.

Dante tiene llave, así que no llamaría.

Aprieto los puños y camino hacia la puerta. Mi corazón late con fuerza en mi pecho. Inhalando profundamente, abro la puerta y encuentro a Eric de pie al otro lado.

-¡Joder! -Intento cerrarle la puerta en la cara, pero atranca el pie entre medio.

Escabulléndome, me dirijo a la cocina y tomo un cuchillo.

-¡Aléjate de mí, hijo de puta!

Eric simplemente entra y cierra la puerta, sonriéndome con suficiencia. -Hola, Madison.

Trago saliva ante el tono de su voz. -En serio. No dudaré en apuñalarte.

La risa de Eric resuena por toda la habitación, un sonido escalofriante y hueco. -Oh, Madison -arrastra las palabras, tirando su abrigo descuidadamente sobre la silla-. ¿Crees que un cuchillo

me asusta? -Su mirada se posa en el cuchillo de mi mano, y sus ojos centellean con oscura diversión-. Siempre fuiste una luchadora, ¿no? -Da un paso más cerca, crujiendo las tablas del suelo bajo su peso.

Aprieto el cuchillo con más fuerza, hasta que los nudillos se me ponen blancos por el esfuerzo. -No te acerques, Eric. -Mi voz tiembla.

Pero él no hace caso a mi advertencia. En su lugar, sigue avanzando, sus botas golpeando pesadamente contra el suelo de madera, un ritmo implacable y aterrador que coincide con los latidos de mi corazón. -¿O qué? -me desafía, con un filo peligroso en la voz-. ¿Me apuñalarás? - No espera mi respuesta mientras echa un vistazo a la habitación, clavando los ojos en la chaqueta de cuero de Dante en el perchero.

-Pequeña puta asquerosa -gruñe, volviendo a mirarme-. ¿Con quién te has acostado aquí? - Avanza los últimos pasos y luego me abofetea con el dorso de la mano.

-Put. No quisiste tomar mi polla, y sin embargo aquí estás, revolcándote con algún palurdo, montando su polla. -Me arrastra hacia él-. Creo que ahora mismo tomaré lo que se me debe.

Trato de soltarme de él, pero es demasiado fuerte. Mi corazón late con fuerza en mis oídos cuando me doy cuenta de que esto es todo; finalmente va a tomar lo que quiere de mí, y no hay nada que pueda hacer al respecto.

-Eric, por favor, no -le suplico, intentando apartarlo de mí.

-Jódete, Madison -gruñe, su aliento caliente contra mi piel-. Te he estado buscando durante nueve largos meses. Es hora de consumir nuestro matrimonio.

Sus manos están por todas partes, desgarrando mi ropa. Me empuja al suelo, montándose a horcajadas sobre mis caderas, moviendo las manos contra mi carne. La forma en que me toca me da náuseas. Grito cuando me abofetea, su mano cerrándose alrededor de mi garganta, sus dedos clavándose en mi cuello.

-Vas a pagar por esto. Todas esas noches, deberías haber estado calentando mi cama; ahora vas a tomarlo de cualquier manera que pueda dártelo -sisea.

-Eric, por favor, no -le suplico, intentando retorcerme para soltarme de su agarre.

-¡Cállate o te mataré! -me grita al oído.

Dejo de moverme, con lágrimas corriendo por mi cara. -Eric, se supone que soy tu esposa. Así no es como deberías tratar a tu esposa.

-Se suponía que eras mi esposa, pero huiste -gruñe-. Ahora, vas a ser mi puta.

La puerta de la cabaña se abre de golpe y el alivio me inunda cuando veo a Dante allí, con los ojos muy abiertos por la rabia.

-¡Eric! -gruñe.

Frunzo el ceño al oírle decir el nombre de mi marido.

*¿Cómo sabe su nombre?*

Eric me suelta el tiempo suficiente para que pueda alejarme de él, poniendo cierta distancia entre nosotros.

-¿Dante? -Niega con la cabeza-. ¿Qué coño? Creíamos que estabas muerto.

La mandíbula de Dante se tensa mientras sus ojos se mueven entre Eric y yo. -¿Este es el hombre del que has estado huyendo?

Trago saliva con fuerza y asiento. -¿Cómo me encontraste? -le pregunto, ya que esto es récord para él.

Eric me mira con desprecio. -No has tenido mucho cuidado con tu presencia en las redes sociales esta vez. Una chica llamada Harper publicó algunas fotos tuyas y de otras chicas haciendo un puto picnic. Mis hombres tenían sistemas escaneando cualquier coincidencia, y saltó

al instante.

-Ve y espera en el dormitorio, pequeña cierva -dice Dante.

-¿Por qué coño estás llamando a mi esposa pequeña cierva? -gruñe Eric.

-Porque es mía -da un paso adelante. Su enorme cuerpo ensombrece a Eric, a pesar de que Eric no es pequeño con sus seis pies y dos pulgadas-. Y voy a terminar lo que debería haber hecho hace años.

La mandíbula de Eric se tensa. -Me gustaría verte intentarlo.

Los puños de Dante se aprietan. -Sabes que no eres rival para mí.

Niego con la cabeza. -¿Cómo se conocen?

Los dos me miran con el ceño fruncido, pero Eric habla. -Este hijo de puta abandonó nuestro grupo hace cuatro años. Se largó con mucho de nuestro dinero y desapareció sin dejar rastro. Un poco como tú. -Sus ojos se estrechan mientras mira a Dante y su collar de sacerdote-. No me digas que ahora eres un puto sacerdote.

Dante ladea la cabeza. -Estoy en el buen camino.

Eric se ríe, echando la cabeza hacia atrás. -No puedes borrar todas las cosas terribles que hiciste. ¿Estás loco?

Dante da un paso adelante, y me pregunto si conozco a este hombre. Creí que era seguro porque era un sacerdote. Luego me mostró su lado oscuro, pero nunca creí que estuviera envuelto en el mismo mundo del que he estado huyendo. El mundo en el que nací. Creía que estaba escapando del mundo del crimen que me ha tenido cautiva durante demasiados años, solo para descubrir que el hombre con el que he estado follando y enamorándome es uno de ellos.

-Y qué es una vida más en mis manos? -pregunta, acercándose más a Eric-. Si no le das una anulación, simplemente anularé tu vida.

La mandíbula de Eric se tensa, y niega con la cabeza. -Nunca anularé mi matrimonio con ella. Es mía.

Dante se ríe oscuramente. -No es tuya. Yo fui el que le quité la virginidad.

Eric gruñe, lanzándose contra Dante.

Me quedo de pie en un aturdido silencio mientras los dos forcejean en el suelo, volando puños y desgarrándose la ropa. Los sonidos de sus gruñidos y rugidos resuenan en mi pequeña cabaña.

Me encuentro clavada en el sitio, con la mente gritándome que huya, pero con los pies anclándome al suelo.

De repente, un grito agudo llena la habitación, seguido del golpe sordo de una pesada caída. El pavor me invade, con el corazón martilleando contra las costillas. Me acerco poco a poco, mis ojos yendo de un hombre a otro. Eric yace en el suelo, extendiéndose una mancha roja sangre por su impoluta camisa blanca. Sobre él se alza Dante, con el rostro retorcido en un espantoso gruñido, y en su mano un cuchillo cubierto de sangre.

Una onda de choque me recorre, seguida de una inesperada sensación de alivio. Suelto el aire, ralentizándose los latidos de mi corazón mientras miro el cuerpo sin vida de Eric en el suelo.

Hay una sensación de finalidad en la habitación. Un sombrío y sangriento final para la pesadilla que ha consumido mi vida desde que escapé. El hombre del que he estado huyendo, el hombre que me ha mantenido en vela por las noches, llenando mis sueños de terror y haciéndome mirar por encima del hombro a cada paso, se ha ido. Una sensación liberadora me invade, se me quita un peso de los hombros. Se acabó, al menos por ahora.

-Lo mataste -murmuro.

Dante deja caer el cuchillo y me mira, con sus oscuros ojos destellando en una tormentosa turbación. -Nunca quise que supieras la verdad sobre mi pasado -se pasa una mano por el pelo, olvidando la sangre que tiñe sus dedos. Se extiende por su pelo y su frente. Se me revuelve el estómago-. Los dos estamos huyendo de la misma vida, pequeña cierva.

-Trabajabas para la familia Mancini? -confirmo, ya que acaba de matar al maldito heredero del trono, mi marido.

Asiente. -Sí, yo era el ejecutor.

*Ejecutor.*

Eso significa que era el asesino a sueldo. El hombre que se cargaba a cualquiera que le pidieran, sin hacer preguntas.

-¿Por qué te fuiste?

Dante toma una profunda bocanada de aire, espeso entre nosotros. -Me fui porque me estaba matando. La oscuridad me estaba devorando, y si no me hubiera ido cuando lo hice, odio pensar en qué clase de monstruo sería ahora -su mandíbula se tensa-. Sigo siendo un monstruo, pero no toda mi alma se ha ido, pequeña cierva.

-¿Has oído hablar de la mafia Doyle? -pregunto en un susurro apenas audible.

El rostro de Dante se endurece. Su silencio se prolonga, engrosando la tensión en la habitación. Finalmente asiente, sin apartar los ojos de los míos. -Sí -confirma con voz baja y ronca-. Son despiadados, incluso para el inframundo. ¿Por qué lo preguntas?

Trago saliva con dificultad. Esta es la parte que más temo: desvelar mis propios esqueletos. - Soy Madison Doyle.

-Joder -se frota la cara con las manos-. Por eso no pude encontrar nada sobre ti cuando pasé ese nombre falso por el sistema.

-¿A través del sistema?

Asiente. -Tengo un contacto de mi pasado que hizo algunas comprobaciones de antecedentes sobre ti y no encontró nada.

De repente, caigo en la cuenta de algo. -Mierda, no hay forma de que Eric estuviera aquí solo. Sus hombres estarán...

-Me encargué de ellos -dice Dante-. Supuse que el cabrón estaba aquí por mí.

Un repentino escalofrío me recorre la espina dorsal y la piel se me pone de gallina de repugnancia. No puedo ignorar la implicación de las palabras de Dante. 'Encargarse de ellos' significa que esos hombres están muertos. He vivido en un mundo de dolor, mentiras, asesinatos y engaños durante años, pero es la realidad de la capacidad de Dante para matar lo que me sacude hasta la médula.

Puedo saborear la amarga verdad en la lengua. Soy Madison Doyle, hija de un temido jefe de la mafia. Estoy mirando a un hombre que ha segado vidas, un hombre con el que he entrelazado profundamente mi vida.

Los secretos han salido a la luz, los esqueletos del armario están al descubierto. La verdad es sobria, amenazando con hacer añicos la frágil paz que hemos disfrutado. Pero también hay un inquietante consuelo en la honestidad de este momento. Somos producto de nuestro pasado, y esta es nuestra realidad. Ya no hay escapatoria de la verdad. Debemos enfrentarla juntos.

Y ahora hay esperanza. Si Eric ya no anda por ahí, nadie me perseguirá. El problema es que una vez que su padre se dé cuenta de que ha desaparecido, vendrá a buscarlo. Puede que hayamos traído a la mafia Mancini a nuestra puerta, e incluso yo no soy lo suficientemente estúpida como para creer que Dante puede protegerme de ellos.

18  
DANTE

ESA NOCHE NO DUERMO. DESPUÉS DE PASAR UNAS HORAS DESHACIÉNDOME DEL CUERPO DE ERIC Mancini y de los cuerpos de cuatro de sus hombres, volví para encontrar a mi pequeña cierva profundamente dormida. La miro desde el escritorio donde he estado intentando trazar nuestros próximos pasos.

Mi mente es un torbellino de pensamientos, girando como un ciclón.

Es domingo. Lo que significa que debería leer un sermón esta mañana. En cambio, haré un anuncio de que renuncio.

—Buenos días —dice Madison, sentada en la cama y mirándome sentado en el escritorio de la esquina—. ¿Dormiste?

Niego con la cabeza—. No, no pude.

Ella suspira—. Necesitas dormir, Dante. —Mira el reloj—. Falta solo una hora para tu sermón.

Río—. No te preocupes por mí. Estoy bien.

—Pero nosotros no. ¿Te das cuenta de que anoche mataste al único heredero de la familia mafiosa Mancini?

—Sí, es por eso que no he dormido. Tuve que trabajar en un plan.

Ella arquea una ceja—. ¿Un plan?

—Sí, tengo que hacer parecer que Eric no pasó por Fordhurst. Hackeé sus cuentas bancarias y revisé sus mensajes. No hay mención de Fordhurst, así que podemos estar a salvo.

—¿Podemos estar? —dice Madison—. Y si no lo estamos, descargarán el infierno sobre nosotros.

Sonríó ante su falta de fe en mí—. Le envié un mensaje a su padre diciéndole que está siguiendo una pista sobre ti en México. —Me acerco a la cama y le muestro el teléfono—. Aquí está su respuesta.

**Está bien. Pero date prisa. ¿Realmente vale la pena toda esta molestia?**

—¿Se lo creyó? —confirma.

Asiento en respuesta—. Parece que sí.

Paso una mano por la parte posterior de mi cuello—. Un amigo en México aceptará el paquete y lo llevará a algún lugar, dejando un rastro celular en México. Un conocido de Billings lo recogerá hoy y se lo llevará de aquí. Y luego, lo enviará por correo mañana.

Ella suspira—. Parece que lo has pensado todo.

Sonrí con suficiencia—. Por supuesto. ¿Cómo crees que he permanecido bajo el radar durante cuatro años?

—No siendo un idiota y publicando tu foto en las redes sociales.

Me río—. Sí, eso también.

Se hace un silencio entre nosotros cuando Madison mira hacia abajo sus manos, jugueteando con los pulgares—. Pero, ¿qué pasa con nosotros? No podemos seguir así.

—No, no podemos. —Me deslizo sobre la cama y la obligo a montarse a horcajadas sobre mi regazo, inhalando su aroma a lirios y lavanda. Soy suave mientras paso los dedos por su cabello, recogiendo los mechones sueltos y colocándolos con ternura detrás de la oreja—. Voy a anunciar hoy mi renuncia y ya he solicitado que se me laicice.

—¿Qué? —Se le abren los ojos de par en par—. No puedes hacer eso.

—¿Qué te dije antes sobre la palabra no poder?

Se lame los labios—. Pero será un escándalo. Al pueblo no le gustará.

Arqueo una ceja—. Ya veremos cómo es. Si es malo, nos iremos a otro lugar. Empezar de cero en algún lugar donde nadie nos conozca, donde el pasado no pueda alcanzarnos.

Ella se mofa—. Creo que si lo de anoche es indicativo de algo, es que el pasado siempre te alcanza.

Tiene razón. Nunca pensé que Eric Mancini me encontraría después de cuatro años. Y sin embargo, ni siquiera estaba aquí por mí. Es un extraño giro del destino.

La beso suavemente en los labios—. Te amo, Madison. Quiero que esto funcione.

Sus ojos se llenan de lágrimas contenidas—. También te amo.

Sonrí, besándola de nuevo—. Bien, porque si no me amaras, encontraría la forma de hacerte —digo, bajando mi voz una octava.

Ella se ríe, un sonido que hace que mi polla palpite—. Será mejor que nos preparemos para tu anuncio, entonces.

Gruño y aprieto mi agarre sobre sus caderas—. Ojalá tuviera tiempo para follarte.

—Bueno, no lo tienes. Estoy nerviosa —murmura.

Arqueo una ceja—. ¿De qué tienes que estar nerviosa? No eres tú quien está rompiendo votos sagrados que algunos creen que no se pueden romper.

—Todos me odiarán.

—No, no lo harán. —Tomo sus mejillas entre mis manos—. Si alguien te trata mal, lo mataré.

—Espero que no lo digas en serio.

Gruño, el sonido retumbando profundamente en mi pecho mientras la acerco más, nuestros cuerpos pegados—. Madison —digo, mi voz intensa—, mataría por ti. Nunca lo olvides. —Aprieto la mandíbula—. Maté por ti anoche. Por nosotros.

Su mirada se clava en la mía—. Lo sé, Dante... lo sé —murmura, sus delicados dedos recorriendo los contornos de mi rostro en un movimiento relajante.

Presiono mi frente contra la suya, la íntima proximidad me tranquiliza—. Vamos a prepararnos.

Ella salta de mi regazo y va al baño a ducharse, y yo la sigo, lavándome y vistiéndome lo más rápido posible ya que no tenemos mucho tiempo.

Una vez listos, la llevo en el auto desde su cabaña hasta la iglesia. Llegamos a la iglesia, una figura imponente que se cierne sobre nosotros. Al entrar por las pesadas puertas de madera, se hace el silencio. Un murmullo recorre a la multitud, los ojos del congregación están cargados del juicio de que llegamos tarde y juntos. Pero Madison se mantiene erguida a mi lado, su mano

fuertemente asida a la mía.

—Tengo un anuncio —comienzo, mi voz haciendo eco en la grandeza del lugar sagrado. Los susurros se detienen. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, pero sigo adelante—. No habrá sermón hoy porque anoche renuncié al hábito y solicité que se me laicice.

Los ecos de jadeos resuenan por toda la iglesia, todos se ven conmocionados—. Porque estoy enamorado —dice, el silencio es ensordecedor, la conmoción palpable. Pero son las siguientes palabras las que causan el caos—. Estoy enamorado de Madison. —Le aprieto la mano.

El nombre queda suspendido en el aire, una tormenta a punto de desatarse. Las miradas recaen sobre Madison, pero me pongo delante de ella—. Nadie —agrego, la cruda emoción convirtiendo mi voz en un retumbo—, debería atreverse a culparla. Soy yo. Cúlpenme a mí. —Miro fijamente a varios de la multitud, incluyendo a Elaine, que parece furiosa—. Fui yo quien no pudo mantenerse alejado —digo, mirando a Madison con la mirada suavizada—. Porque la amo.

La reacción negativa comienza con murmullos tenues que crecen hasta convertirse en un crescendo de desaprobación. La voz de Elaine corta a través de la cacofonía, su tono santurrón impregnado de veneno—. ¡Ella es una pecadora! —escupe—. ¡Claramente lo ha atraído con una trampa!

Algunos otros están de acuerdo y gritan cosas similares.

Pero ya he tenido suficiente—. Que os den a todos. No me importa lo que penséis —digo, las palabras cortando la tensión.

Hay un jadeo colectivo. La sala se queda en silencio, sorprendida por el lenguaje vulgar de su anterior sacerdote educado y tranquilo. Recorro la sala con la mirada, desafiando a cualquiera a hablar. Pero permanecen en silencio, el zumbido de la conmoción se cierne pesadamente en el aire.

Acerco a Madison y me dispongo a salir—. Vámonos, nena. —La saco de la iglesia y las lágrimas inundan sus mejillas.

—Todos me odian.

Madison. La congregación. El escándalo. Todavía puedo oír los susurros y ver el asco en sus ojos. Y Madison no se merece nada de esto. Nada. Siento un nudo ardiente de culpa en las entrañas.

Tomo sus mejillas entre mis manos—. No, la congregación son principalmente los residentes mayores de Fordhurst. Estoy seguro de que a la mayoría de la gente del pueblo no le importará lo que pasó entre nosotros. —La beso—. Tengo que recoger mis cosas, y volveremos a tu lugar. Nuestro hogar.

Salimos de la iglesia, caminando hacia la casa en la que he vivido durante cuatro años. No tengo muchas cosas, las cuales empaco en unas pocas maletas. Y una vez hecho, Madison me ayuda a meterlas en el coche.

—¿Qué pasa con tu motocicleta? —pregunta.

—Volveré por ella más tarde. No hay prisa.

Ella asiente y, mientras nos metemos en el coche, algunos de la congregación todavía están merodeando, lanzándonos miradas sucias.

—Por su bien, espero que superen esto rápidamente, o podría tener muchos cadáveres que enterrar.

Madison jadea—. No puedes matar a la mitad del pueblo.

La miro—. ¿Qué te dije sobre esa palabra?

Ella me fulmina con la mirada—. Puede que no te guste la palabra, pero es la verdad.

Acabarías encerrado de por vida.

Cuánto subestima mi capacidad—. Tengo talento para salirme con la mía en un asesinato, Madison. ¿Eso te sorprende? —pregunto.

Se muerde el labio—. No, ahora que sé lo que hiciste antes de ser sacerdote, no. —Inclina la cabeza—. Olvidas que vengo del mismo mundo jodido que tú.

—Tus padres, ¿vendrán a buscarte? —le pregunto.

Aparece una tristeza en sus hermosos ojos azules—. No. No les importa lo que me pase.

—¿Estás segura? —Le aprieto la mano—. Eres su hija.

—El día de mi boda con Eric, ¿sabes lo que me dijo mi madre cuando le dije que no quería casarme con él?

—Me miró directamente a los ojos y dijo: "Bien. Ahora es tu problema". Como si no fuera más que una carga para ser transferida —responde Madison con la voz ahogada por el doloroso recuerdo—. No, Dante, no vendrán a buscarme. Les da igual una mierda. —Sus palabras pesan en el coche, un crudo recordatorio del mundo cruel del que ambos venimos.

El mundo criminal era un mundo que conocí desde una edad demasiado temprana después de ver cómo asesinaban a mis padres a los siete años solo porque mi padre estaba metido en ese mundo, para luego ser arrojado a un orfanato y escaparme para vivir en las calles. Al menos los dos hemos encontrado la fuerza para huir de esa vida. Juntos, se siente como si la libertad fuera posible para nosotros.

Le aprieto la mano con más fuerza, prometiendo en silencio protegerla de ese mundo tanto como sea posible—. Vamos a desayunar, ¿de acuerdo? —sugiero, encendiendo el motor y poniendo el auto en marcha. Nos alejamos de la iglesia, dejando atrás las miradas condenatorias.

Madison asiente levemente, secándose cualquier lágrima restante. Mientras la llevo hacia el corazón del pueblo, un nuevo día arroja una luz suave y cálida sobre el coche. Es un nuevo comienzo en nuestras caóticas vidas, un momento de calma en medio de la tormenta.

## MADISON

MANTENGO LA CABEZA GACHA MIENTRAS CAMINO POR LA CALLE PRINCIPAL DE FORDHURST, notando las duras miradas y los susurros que me siguen. He oído los rumores y los nombres que me llaman.

Putita, pecadora, ramera... Dante me dice que los ignore, y no le cuento ni la mitad de lo que oigo por miedo a que pierda los papeles y asesine a media ciudad. Ha pasado una semana desde el anuncio.

El amigo de Dante recibió el teléfono móvil de Eric y los teléfonos móviles de sus hombres en México y los está mandando en una persecución inútil, enviando algunas actualizaciones a su padre de vez en cuando para que parezca convincente. Planean enviar los teléfonos móviles a un contacto en una banda mexicana para hacer parecer que se metieron con la mafia equivocada allí.

—¡Eh, Madison! ¡Espérame! —Eva me llama mientras camino por la calle.

Me detengo y me vuelvo hacia ella, sintiéndome cohibida—. Hola, Eva. Lo siento, no he respondido a tus mensajes, he estado...

—No te preocupes por eso. Quería comprobar cómo estabas. ¿Cómo te encuentras?

Trago saliva, preguntándome por qué es tan amable cuando todo el mundo en este pueblo me trata como basura—. No muy bien. No estaba preparada para la reacción a lo que pasó.

Ella agita la mano—. Ignóralos. Son sobre todo la población anciana. Muchos de nosotros no somos religiosos y pensamos que mola que hayas conseguido atrapar al cura tatuado —Se ríe—. Tessa no para de decir lo legendario que eres.

—Oh —digo, con una ligera sonrisa torciendo mis labios—. Me alegro de que no penséis mal de mí.

—Por supuesto que no —inclina la cabeza—. Ahora tiene sentido por qué no estabas interesada en Jack.

—Sí, me siento mal por eso.

Ella niega con la cabeza—. No lo hagas, ya sabes que el hecho de que lo rechazaras hizo que finalmente me invitara a una cita.

Arqueo una ceja—. Pensé que no te interesaba ninguno de los chicos del pueblo.

Se ríe—. ¡Eso creía yo también! Pero siempre he tenido debilidad por Jack. ¿Qué estás haciendo ahora mismo? ¿Quieres tomar un café?

Me encojo de hombros—. Tengo el día libre. Iba a comprar algunos comestibles. Me encantaría tomar un café, siempre y cuando no te importen todos los susurros y las miradas

divertidas que recibo.

Eva pone los ojos en blanco, enlazando su brazo con el mío—. Oh, por favor. Si tienen un problema, que se las vean conmigo. Vamos.

Nos dirigimos hacia la cafetería al final de la calle. Eva no parece notar las duras miradas que recibimos, ignorándonos por completo.

Se inclina hacia mí cuando llegamos a la puerta—. Después de vivir en un pueblo así, he aprendido que los escándalos siempre se apagan con el tiempo. Lo superarán. Y, mientras tanto, todavía nos tienes a nosotras.

Echo un vistazo a la cafetería y encuentro a Harper, Tessa y Riley sentadas en una mesa. Nos saludan con la mano al entrar.

—No dijiste que ellas se unirían a nosotras —murmuro, de repente nerviosa.

—Todas ellas te apoyan, Madison, al igual que yo —me empuja juguetonamente—. Vamos.

Mientras pedimos nuestras bebidas y nos acomodamos en la cabina, siento que se extiende por mí una calidez. Estas chicas solo me han conocido brevemente, pero se han convertido en mis amigas más cercanas. No me juzgan ni les importan mis errores pasados. Me aceptan tal como soy, con mis defectos y virtudes.

Después de que nos traigan las bebidas, Harper me codea con una sonrisa pícaro—. Así que, Madison, saliendo con un ex cura, ¿eh? Tengo que decir que esa es nueva.

Me sonrojo, pero es difícil molestarme demasiado cuando todas se ríen.

—Oye, Dante es un buen hombre —dice Tessa, defendiéndome—. Y no es como si Madison le hubiera hecho dejar los hábitos. Él tomó esa decisión por su cuenta.

Riley añade, con los ojos centelleantes—: Además, ¿no tiene algo de romántico renunciar a todo por amor? Es como algo sacado de una novela.

Eva interviene—: Diablos, si tuviera que escribir un libro, definitivamente incluiría una trama así. Éxito asegurado, ¿no crees?

Todas nos reímos, y siento que los últimos nervios se desvanecen. Sí, este es un extraño giro en mi vida, pero al menos no lo estoy pasando sola.

Harper sonríe con picardía—. Cuéntanos más sobre el cura.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar la pequeña sonrisa que tira de mis labios—. Dante ya no es cura, como todas sabéis. Y definitivamente no es tan santo como solía ser.

Las chicas se ríen, y me doy cuenta de la suerte que tengo de tenerlas en mi vida. A pesar de todo lo que ha pasado, siguen aquí para mí.

—En serio, Madison —dice Tessa con tono serio—. ¿Eres feliz?

Me tomo un momento para pensar antes de responder con sinceridad—. Sí, lo soy.

Todas sonríen y alzan sus tazas en un brindis—. Por la felicidad y el amor —declara Riley.

Chocamos nuestras tazas y no puedo evitar sentirme agradecida por estas increíbles mujeres en mi vida. Puede que no me hayan conocido durante mucho tiempo, pero ya han tenido un gran impacto en mí, y sé que nuestra amistad seguirá fortaleciéndose.

Mientras charlamos y ponemos al día nuestras vidas, no puedo evitar sentir una sensación de satisfacción y pertenencia. Es un sentimiento extraño; nunca he sentido que pertenecía a ningún lugar. Mis padres se encargaron de eso. Y, aunque su distancia y frialdad siempre me perseguirán, siento que aquí en Fordhurst realmente puedo sanar y dejar atrás el pasado.

Mi corazón da un salto cuando oigo el tintineo de la puerta al abrirse, y ni siquiera antes de mirar, sé quién ha entrado. Dante está en la entrada, con vaqueros desgastados y una polo ajustada que muestra sus abultados músculos y tatuajes.

—Hablando del rey de Roma —dice Eva, riendo.

Camina directamente hacia la mesa—. Señoritas. ¿Les importa si me llevo a Madison?

Todas se ríen un poco.

Tessa mira a Dante, con un brillo travieso en los ojos, y da un suspiro dramático—. Bueno, supongo que podemos prescindir de ella... por un precio —bromea, echándose hacia atrás en la silla. Cruza los brazos y lo mira con fingida seriedad—. Prométenos que la dejarás venir a una fiesta el sábado por la noche.

Los ojos de Dante se oscurecen—. Siempre y cuando se me permita ir con ella.

Eva le dirige una brillante sonrisa a Dante, con los ojos centelleantes de diversión—. Por supuesto, eres bienvenido a unirse a nosotras, Dante.

—Está bien, nos vemos el sábado —reconoce Dante con brusquedad.

Sin otra palabra, me toma de la mano, con un tacto firme pero suave—. Madison, tengo algo que mostrarte —murmura, alejándome de la mesa.

Mis nuevas amigas observan con diversión y sorpresa cómo Dante me lleva y me saca de la cafetería.

Lo miro—. ¿Era eso necesario? ¿No podrías haberme mandado un mensaje para quedar más tarde?

Dante niega con la cabeza, sin apartar los ojos de los míos—. Podría haberte mandado un mensaje, pero ¿dónde está la diversión en eso? —Sonríe, elevando los bordes de la boca en una mueca diabólica.

Se regodea en mi malestar, en la forma en que mi pulso se acelera cuando está cerca. Lo veo en el brillo oscuro de sus ojos, el temblor de sus labios mientras reprime las ganas de reírse.

Dante de repente dirige su atención hacia la calle, donde su motocicleta está aparcada, con la luz del sol reflejándose en sus detalles cromados—. Vamos, Madison —dice, lanzándome un casco—. Sube. Vamos a dar una vuelta.

Su tono no deja lugar a discusión. Hay una mirada en sus ojos, un destello de travesura casi invitante.

Miro el casco en mis manos y luego a Dante.

Me pongo el casco, asegurando la correa bajo la barbilla y montando en la parte de atrás de la motocicleta. Envuelvo mis brazos alrededor de su cintura. Dante pateo el soporte y el motor cobra vida.

Con un rugido grave, la motocicleta salta en movimiento. Dante se abre paso entre el tráfico con una confianza relajada que evita que el corazón se me suba a la garganta. Dejamos atrás el ajetreo y el bullicio del pueblo, y el paisaje cambia a medida que los edificios se aclaran. La carretera se convierte en una estrecha y sinuosa franja de asfalto, serpenteando a través de frondosos bosques verdes a ambos lados.

—¿Adónde vamos? —grito por encima del motor.

—Es un secreto, pequeña cierva —me grita.

La respuesta de Dante no hace nada para aplacar la incertidumbre en mi estómago, pero elijo confiar en él. Se desvía hacia el bosque, sumiéndonos en la oscuridad. Después de adentrarnos en el bosque durante unos minutos, se detiene en una cabaña de troncos aislada entre los árboles.

Los dos nos bajamos de la moto.

El hogar es una estructura moderna, casi fuera de lugar, yuxtapuesta contra los densos y antiguos bosques. Es extrañamente hermosa—. Bienvenida a nuestro pequeño pedazo de paraíso —dice Dante.

—¿Qué quieres decir?

Sostiene un juego de llaves—. Quiero decir que es nuestra. Nuestro nuevo hogar.

Mis ojos se ensanchan, ya que es preciosa—. ¿En serio?

—En serio —repite Dante.

—¿Cómo encontraste este lugar?

—Lo encargué construir hace unos años. Lo quería como un pequeño retiro de la iglesia por si las cosas se ponían demasiado difíciles —sus ojos se oscurecen—. Está aislado, perfecto para que nos divirtamos.

Trago saliva con fuerza y asiento—. Bien.

Dante sonríe, un atisbo de malicia jugando en sus ojos mientras abre la puerta de la cabaña —. Creo que te va a gustar este lugar —dice mientras empuja la puerta, revelando un interior rústico y moderno.

Troncos desnudos forman las paredes y el techo, y los pulidos suelos de madera brillan con la suave iluminación. Una chimenea de piedra se asienta contra una pared, y las ventanas revelan los bosques circundantes en toda su gloria intacta. Los muebles están hechos de madera, desde la mesa de café hasta el mullido sofá, cubierto con una tela de cuadros rústicos.

—Me encanta —suspiro, absorbiendo la sensación cálida y acogedora del lugar.

Dante me rodea la cintura con el brazo, acercándose más a él—. Sabía que te gustaría —dice, sus labios rozando mi oído.

Y allí, rodeados de nuestro nuevo hogar y la serenidad de la naturaleza, me siento en paz. Todas las dudas y preocupaciones se desvanecen mientras nos abrazamos, disfrutando de nuestro amor. Este es nuestro santuario, nuestro perfecto pequeño escondite donde realmente podemos ser nosotros mismos.

Lo miro, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas—. Gracias —susurro.

—Iría hasta el fin del mundo por ti —dice, apenas por encima de un susurro.

Presiono mi cuerpo más cerca del suyo, saboreando el calor de su abrazo.

Sus ojos se posan en mis labios, y veo el hambre familiar en ellos. Pero esta noche es diferente. No se trata solo de nuestros "juegos"; se trata de nosotros, de nuestro amor.

—Lo sé —respondo, con el corazón acelerado—. Y yo haría lo mismo por ti.

Nos quedamos así durante un rato, sosteniéndonos en el reconfortante silencio de nuestra cabaña.

El resplandor de la chimenea que debe haber encendido antes de recogerme arroja danzantes sombras en las paredes, creando una atmósfera de calidez e intimidad.

Descanso la cabeza en su pecho, escuchando el ritmo constante de su corazón, un sonido que me trae una inexplicable sensación de paz. Dante finalmente rompe el silencio—: Te amo —susurra.

Cierro los ojos, satisfecha y segura en sus brazos, lista para enfrentar lo que traiga el futuro. Porque pase lo que pase, estoy segura de una cosa. Soy suya, y él es mío. Para siempre.

20  
EPÍLOGO

MADISON

*Un año después...*

—MADISON, ¿ME PASAS LOS MALVAVISCOS? —PREGUNTA EVA.

Cojo la bolsa y se la lanzo.

—¿Qué es un viaje de acampada sin bombones? —pregunta.

—Sin bombones, esto sería solo un montón de adultos raros apiñados alrededor de una hoguera en el bosque —bromea Tessa, ganándose un coro de risas del grupo.

Tom, su novio, niega con la cabeza—. Eso no es cierto. Llevamos horas haciendo barbacoas.

—Una barbacoa no es una barbacoa sin bombones —replica Tessa.

Él pone los ojos en blanco—. Tonterías, he hecho muchas barbacoas y no hubo bombones —.

—Entonces lo has estado haciendo mal —dice ella.

Darren, apoyado contra un árbol con una cerveza en la mano, se ríe—. Vosotros dos discutís como un matrimonio viejo —.

Tessa y Tom le miran con el ceño fruncido—. No, no lo hacemos —.

Riley, acurrucada junto a Darren, se ríe—. Sí que lo hacéis. Creo que es por eso que os lleváis tan bien —.

La expresión de Tessa se suaviza—. Gracias, Riley —.

El brazo de Dante se tensa alrededor de mis hombros—. ¿Te gustan los bombones, pequeña cierva?

Asiento—. Cualquier cosa dulce. Ya sabes que tengo debilidad por lo dulce —.

Él arquea una ceja—. Lo sé —.

Tessa me da un codazo juguetón—. Madison, tienes que contárnoslo. ¿Cómo captaste la atención de Dante cuando todavía era sacerdote?

Noto la risa de Dante vibrar a través de su cuerpo, su brazo se tensa a mi alrededor—. ¿Qué, crees que mi voto de celibato me dejó ciego? —bromea, rompiendo su acostumbrada actitud severa.

Estalla la risa alrededor de la hoguera—. ¡No, pero te hacía inalcanzable! —señala Harper, con los ojos centelleantes de travesura—. ¡Eso es lo que lo hace tan intrigante!

Me encojo de hombros, con una tímida sonrisa en los labios—. No hice nada especial. Simplemente congeniamos, supongo —.

La risa de Dante retumba profundamente en su pecho—. Esa es una forma de decirlo —.

Jack sonríe por encima de su lata de cerveza—. Teniendo en cuenta su antigua profesión, fue intervención divina —.

—¡Yo lo llamaría un milagro! —añade Eva, con los ojos brillando bajo la suave luz de la hoguera.

Los ojos de Dante encuentran los míos, el resplandor del fuego reflejado en sus profundidades—. Un milagro, sin duda —murmura, con la voz apenas audible sobre el crepitar de las llamas.

Me río, enterrando la cara en su pecho, sintiendo la calidez de su risa tanto como oyéndola. A la temblorosa luz del fuego, las risas del grupo se apagan en suaves conversaciones y el ocasional tintineo de latas de cerveza. El aire se llena de paz, salpicado por el zumbido distante de la cascada.

Los dedos de Dante trazan patrones ociosos en mi brazo, el tacto familiar pero siempre enviándome un escalofrío. Se pone de pie, levantándose con él—. ¿Qué tal una carrera, pequeña cierva? —Su voz es suave, pero la invitación cuelga en el aire, un tentador eco de recuerdos pasados.

Arqueo una ceja, un desafío juguetón—. ¿Crees que puedes atraparme?

Una lenta sonrisa se extiende por el rostro de Dante, sus ojos brillando con travesura y algo más oscuro, más excitante—. Solo hay una forma de averiguarlo —.

—Vamos a dar un paseo —anuncio, con la mano de Dante en la mía.

Tessa se ríe—. Un paseo, ¿eh?

Harper arquea una ceja con complicidad mientras nos alejamos de la luz del fuego—. Tomad todo el tiempo que necesitéis para vuestro... paseo —dice, con la voz teñida de diversión.

El grupo se ríe, y Madison grita un juguetón: —¡No hagáis nada que nosotros no haríamos! —amplificando la risa del grupo.

—Creo que si supieran las cosas que hacemos, les daría un ataque al corazón —murmura Dante, haciéndome reír.

Tiene razón. No somos precisamente vanilla en lo que respecta al sexo.

Mientras Dante y yo desaparecemos en la noche, el calor de sus risas se desvanece, reemplazado por el fresco crujir de las hojas y los sonidos distantes de la cascada.

—¿Debo contarte, pequeña cierva? —

Me vuelvo para mirarle—. Sí, pero quiero añadir algo esta vez —.

Saca su pasamontañas—. No te preocupes, tengo la máscara —.

—Bien —murmuro—. Pero, ¿qué tal si cuando me atrapes, actúo como cuando finges allanar la casa? Grito que no mientras continúas —.

—Joder —gruñe, pasándose una mano por el pelo—. Suena jodidamente caliente. Juego primario y consentimiento no consentido al mismo tiempo. ¿Estás intentando matarme?

Me muerdo el labio—. No estaba segura de si pensarías que era enfermizo —.

Él sonríe con suficiencia—. Es enfermizo, pero me gusta—. Mete la mano en el bolsillo—. Compré esto—. Sostiene un bote de lubricante anal—. Creo que estás lista para recibirlo—. Se acerca, gruñendo suavemente—. Y me encantaría tomar tu virginidad anal mientras gritas pidiéndome que pare en mitad del bosque —.

Le miro, sorprendida por un segundo—. ¿De verdad? —pregunto, con la voz apenas por encima de un susurro.

Asiente, con una sonrisa perversa jugando en sus labios—. ¿Estás lista, pequeña cierva?

Trago saliva, mi corazón latiendo frenéticamente en mi pecho. Asiento y luego, sin otra

palabra, salgo disparada hacia la noche. La adrenalina fluye por mis venas, la emoción de la persecución actúa como un afrodisíaco.

Le oigo contar hacia atrás detrás de mí, su voz resonando a través de la tranquila noche. Mi corazón late al ritmo de su cuenta atrás, mi respiración se entrecorta mientras me esfuerzo por correr más rápido.

Cuando llega a cero, puedo oír las hojas crujir bajo sus botas mientras se lanza tras de mí. Sé que me atraparé. Siempre lo hace. Pero la emoción está en la persecución, en la sensación de ser perseguida.

El bosque se cierra a mi alrededor, las sombras de los árboles bailando a la tenue luz de la luna. Echo un vistazo por encima del hombro, vislumbrando la silueta de Dante acercándose. Mi corazón se acelera, latiendo frenéticamente en mi pecho como un tambor salvaje. El sabor del miedo es embriagador, mezclándose con la euforia vertiginosa de la anticipación.

—¡Dante! —grito, fingiendo terror en mi voz. Le oigo reírse, un sonido profundo y rico que me eriza la piel—. ¡Atrápame si puedes! —grito, y mi voz resuena en la noche. Tropezco con una raíz, recuperando el equilibrio justo a tiempo.

El tropiezo me ha ralentizado, permitiendo a Dante acortar la distancia entre nosotros. Su mano se cierra alrededor de mi brazo, deteniéndome en seco. Me doy la vuelta, jadeando para recuperar el aliento, mis ojos se encuentran con los suyos a través de la máscara de esquí. Su mirada es intensa, llena de un deseo salvaje y depredador.

La persecución ha terminado. El verdadero juego está a punto de comenzar.

Empujo contra él, gritando "¡No!" como acordamos.

Gruñe en mi oído, interpretando su papel, el filo del peligro intensificando todo—. Te tengo, pequeña cierva. No hay escapatoria ahora. Estás en las fauces del lobo —.

Nuestro juego se vuelve físico, su agarre se tensa mientras me derriba al suelo. Caigo con un golpe seco, las hojas crujen bajo mí. Él está pesado encima de mí, su cuerpo aplastando el mío, su aliento saliendo en rápidos jadeos contra mi cuello.

—¡No! —grito, pero no demasiado fuerte, asegurándome de que los demás no me oigan y piensen que estoy en problemas. Me revuelvo debajo de él, luchando, mis manos empujando contra su pecho. Le encanta, su risa es una sinfonía oscura en la noche. Desgarra mi ropa, la tela se rasga bajo sus fuertes manos.

—Deja de luchar. Vas a recibir mi polla en ambos agujeros y te va a encantar —.

Mantener el papel de víctima no es fácil, especialmente cuando cada parte de mí arde, gritando para que me tome.

—¿No conoces el significado de la palabra "para"? —le pregunto, mi voz una mezcla de miedo fingido y frustración genuina.

Se detiene, sus oscuros ojos se encuentran con los míos a través de la máscara.

Empujo contra su pecho de nuevo, mis forcejeos más pronunciados esta vez—. ¡Dije para, Dante! —repito, añadiendo un mordisco a mis palabras.

Su respuesta es una risa grave, un sonido que me eriza la piel y hace que mi corazón lata aún más rápido. Puedo notar que lo está disfrutando.

Los dos sabemos que tengo la palabra para hacerle parar, y no querría que lo hiciera de todos modos. Desgarra brutalmente mis bragas y luego introduce su polla profundamente dentro de mí de una embestida.

—Estás tan jodidamente húmeda para mí, ¿verdad? —Su voz es un gruñido ronco en mi oído, cada palabra puntuada por otra embestida profunda—. Te gusta esto, ¿verdad? Que te tomen contra tu voluntad—. Su mano se mueve entre nosotros, sus dedos acarician mi clítoris—.

Tan húmeda, tan preparada para mí. Estabas hecha para esto, ¿no es así, mi pequeña cierva? — Sus palabras avivan el fuego dentro de mí, acercándome más y más al borde.

Lanzo otro ahogado "¡No!" empujando contra su pecho, mis uñas se clavan en su piel a través de su camisa. Su única respuesta es un gruñido bestial, el sonido vibrando contra mi piel, un depredador saboreando a su presa.

Sus ojos brillan con picardía—. Mentirosa —me acusa con voz ronca—. Sus embestidas se vuelven más erráticas, más desesperadas. Está cerca, y sabe que yo también—. Dime que lo quieres; dime que me necesitas tanto como yo te necesito a ti—. Su voz es apenas un susurro, perdida en el aullido del viento y el sonido distante de la cascada.

—¡No! —jadeo, mi cuerpo se retuerce debajo del suyo mientras me empuja más y más cerca del borde. Puedo sentir mi clímax construyéndose, mi cuerpo se tensa más y más en anticipación. Siento que estoy a punto de hacerme añicos en mil pedazos.

Su mano sube por mi cuerpo, rozando mis endurecidos pezones antes de asentarse alrededor de mi garganta. Aplica la presión justa para hacerme jadear, mis ojos se encuentran con los suyos en una súplica silenciosa—. Dilo —ordena, su voz áspera y llena de necesidad.

—¡No! —jadeo. Pero no es una protesta, no realmente. No usaría la palabra de seguridad, y él lo sabe. Le quiero, todo él, el hombre y la bestia. Mientras la ola de mi orgasmo se estrella sobre mí, grito, el sonido haciendo eco contra el tranquilo bosque—. ¡Dante!

—Buena chica, grita mi nombre —me alaba—. Ahora, es hora de que me folle ese culito apretado—. Me obliga a ponerme a cuatro patas y me presiona bruscamente contra el suelo. Y entonces oigo el chasquido de la tapa del bote de lubricante al abrirse mientras me prepara. La frescura se desliza por mi piel mientras aplica el lubricante generosamente. Me estremezco, anticipando lo que viene a continuación. Desliza sus dedos sin esfuerzo, estirando mi agujero hasta que estoy jadeando y puedo sentir mi próximo orgasmo construyéndose.

—Creo que estás lista para recibir mi polla en ese agujerito —.

Niego con la cabeza, manteniendo el papel que estoy interpretando—. Por favor, no lo hag...

— La presión en mi entrada se vuelve insoportable, su longitud empujando hacia dentro. La mezcla de dolor y placer es abrumadora, haciéndome apretar a su alrededor involuntariamente.

Él gruñe, el sonido me envía un escalofrío por la espina dorsal.

—¡Para! No lo hagas. ¡Duele! —

Agarra un puñado de mi pelo—. Bien —gruñe—. Porque sé de primera mano que eres una masoquista. Mi masoquista. Estarás desmoronándote mientras mi polla parte tu culo en dos en nada—. Su voz suena salvaje ahora mientras deja de ser lento y empuja el resto de su polla hasta el fondo.

Con cada embestida, empuja más profundo, reclamando mi virginidad anal. Sus dedos se clavan en mis caderas, manteniéndome firme mientras se folla mi culo. No puedo evitar gemir.

Gimo mientras continúa penetrándome implacablemente. La intensidad es demasiado, muy por encima de cualquier cosa que haya experimentado antes.

—Dante... —gruño.

Su ritmo se acelera, el compás de sus embestidas áspero. Gruñe, sus dedos se hunden en mi carne.

Aquí está la traducción al español de España:

—Sí, di mi maldito nombre —gruñe. El sonido me hace olvidar mi papel y mi renuencia. Estoy perdido en las sensaciones que me recorren.

—Dios, sí, Dante —grito, y los sonidos resuenan por el tranquilo bosque. Sus embestidas se

vuelven implacables, la intensidad de su ritmo me hace jadear.

—¿Te gusta cuando te follo el culo así? —sisea en mi oído, su voz chorreando satisfacción. Estoy al límite, la espiral en mi estómago se tensa.

—Sí, Dante, ¡sí! —grito, el placer es demasiado para soportarlo.

Puedo sentir cómo mi clímax se construye, la presión se vuelve insoportable.

—Dante, yo... yo... —jadeo, pero me silencia con un gruñido.

—Voy a preñarte —gruñe con voz oscura y áspera—. Voy a llenar tu culo con mi semen.

Sus palabras envían un escalofrío por mi columna, una mezcla de miedo y anticipación. Puedo sentirlo latiendo dentro de mí, sentirlo al borde.

Sus palabras y la perspectiva de lo que está a punto de hacer me empujan por el borde una vez más. Gruñe, y siento cómo se derrama dentro de mí, marcándome como suyo de la manera más primitiva posible.

Me hace correrme de nuevo, pero esta vez lo hago con más fuerza que nunca. Mi visión se nubla. Mi corazón se acelera. Por un momento, creo que podría haber muerto. Grito su nombre una y otra vez. El sonido de mis súplicas y gemidos resuena a través de los árboles mientras me folla durante mi orgasmo, asegurándose de que cada gota de semen se derrame en mi culo.

Exhaustos, nos derrumbamos en el suelo del bosque, nuestros cuerpos viscosos por el sudor. El pecho de Dante se agita debajo de mí, su corazón latiendo al unísono con el mío. Me acerca más a él, sus fuertes brazos me envuelven en su calidez. Su aroma masculino y terrenal llena mis fosas nasales, un bálsamo tranquilizador para mis hipersensibles sentidos.

—Dante... —susurro, sintiendo cómo mi cuerpo se derrite en su abrazo.

Él responde estrechándome con más fuerza entre sus brazos, sus labios rozando mi oído mientras susurra—: Sabes, pequeña cierva, hace un año te perseguí por estos bosques y te atrapé. Pensé que era el depredador y tú mi presa. Pero estaba equivocado. He sido tuyo desde que nos conocimos. Tú me atrapaste, mi hermosa, salvaje y espiritual cierva. Has cautivado mi corazón, y no lo querría de ninguna otra manera. —Su voz es suave, llena de un afecto crudo y sin disfrazar que me hace estremecer.

Trago saliva con dificultad, con lágrimas picándome los ojos—. Nunca he amado a nadie como te amo a ti —respondo, acurrucándome en Dante, mi cabeza encontrando su lugar habitual sobre su pecho, escuchando el rítmico latido de su corazón.

El cielo nocturno sobre nosotros centellea con estrellas, la exhibición pirotécnica de la naturaleza, iluminando nuestro lecho improvisado. Y cuando cierro los ojos, dejándome llevar por el sueño en los brazos de Dante, sé que no hay otro lugar en el que prefiera estar. Este es nuestro pedazo de paraíso en medio de la naturaleza salvaje. Un testimonio de nuestro amor apasionado, salvaje y sin tapujos. El final perfecto para un día perfecto.

\* \* \*

¡GRACIAS POR LEER *SALVACIÓN*! ¿Te ha gustado? Si es así, echa un vistazo a *Secuestrada*.

*Secuestrada* es una oscura novela corta de autoestopistas con un atractivo y psicópata convicto fugado lleno de tatuajes que ve a una chica al borde de la carretera y le roba el coche, llevándosela con él. Ah, y tiene un piercing en su ya sabes dónde... ¿Hace falta decir más?

Reserva tu copia aquí: *Secuestrada*

Más libros míos:

El Fugitivo: Una oscura novela

Juego de Masacre: Una novela corta de terror para Halloween

## SOBRA DEL AUTORA

—Siempre me han atraído las historias oscuras. Mis relatos son una exploración de esa oscuridad, llenos de misteriosos hombres enmascarados, heroínas intrépidas y escenas ardientes que prenderán fuego a tus Kindles.

—Desde que tengo memoria, me ha fascinado el lado más oscuro del romance. Debo aclarar que no apruebo este tipo de relaciones en la vida real. Sin embargo, me encanta escribir sobre la intoxicante persecución, el baile mortal, el miedo que acelera el corazón y la irresistible atracción.

—Publico exclusivamente en Amazon, ofreciendo un escape emocionante para aquellos que se atreven a adentrarse en el lado oscuro del amor y el deseo. Si has leído mi libro y quieres más, sígueme en Amazon o en las redes sociales para enterarte de mis próximos lanzamientos de novelas oscuras. Tu aventura está a solo un click de distancia.

